

# Infinito



Beatriz Gómez  
Lorenzo

## Capítulo 1

—La tormenta es siempre buena compañera para este tipo de momentos — pensó mientras se dirigía hacia la pequeña ventana. Pegó su rostro a ella y dejó que el vaho lo empañara despacio. Antes de que este desapareciera acercó rápidamente su dedo índice y realizó un pequeño dibujo que se difuminó en el acto.

Sonrió brevemente y abrió la ventana. Sacó sus dos brazos al exterior y dejó que las gotas resbalasen sobre ella.

Respiró profundamente aspirando el aroma de la ciudad y giró sobre sí misma mientras mantenía sus sentidos puestos sobre la lluvia. Escucharla caer contra el suelo le hizo sonreír de nuevo.

Su mirada se posó sobre las paredes de su habitación, las contempló en silencio mientras dejaba que el viento le envolviera suavemente. Entrecerró los ojos y su rostro expresó un gesto de desprecio.

—Odio el color de estas paredes —se dijo a sí misma mientras salía de la habitación.

Su respiración comenzó a mostrarse agitada y se detuvo un momento para inspirar conscientemente y hacer que el aire llegase a sus pulmones. Sintió un alivio momentáneo antes de que la marca de la angustia le golpease el pecho.

Intentó calmarse y encendió un cigarro mientras se sentaba en el suelo. Cerró de nuevo los ojos con la primera calada y una risa nerviosa salió de su garganta junto con el humo.

Se levantó deprisa, algo en ella comenzó a agitarse a una velocidad que no podía controlar. De un pequeño salto se colocó en el centro del salón, la habitación permanecía vacía, sin muebles ni decorado. Contempló el espacio deslizando su mirada por cada una de las paredes que la escudaban hasta

localizar el envase que había dispuesto junto a la puerta.

Con un rápido movimiento alcanzó el bote de pintura, lo acarició despacio e introdujo uno de sus dedos en él sintiendo cómo este se empapaba de un líquido viscoso. Sumergió ambas manos y se lanzó contra el lienzo improvisado.

Las dos palmas llegaron a la pared y mancharon de rojo el blanco grisáceo de la estancia. Dio dos pasos hacia atrás y se volvió a lanzar esta vez acompañada de un alarido agónico que nacía de su interior. Tras ello la habitación permaneció en silencio.

Durante unos segundos se mantuvo calmada, con el gesto serio y la mirada perdida entre las manchas rojas y un punto indescriptible de su mente.

Volvió en sí y alcanzó de nuevo la pintura. Empapó sus dos manos y recorrió con ellas cada centímetro de sus brazos hasta que de ellos se desprendieron gotas de líquido rojizo que comenzaron a manchar el suelo. Se quitó las zapatillas y posó sus pies sobre ellas. Comenzó a desnudarse despacio sintiendo dentro de sí cómo un calambre nervioso le recorría todo el cuerpo. Alcanzó el bote de pintura y lo derramó sobre el piso. Respiró con fuerza y se tumbó boca arriba sobre el fluido. Sintió cómo su espalda quedaba impregnada de la viscosidad y una ligera sonrisa apareció en la comisura de sus labios. Se incorporó y se dirigió a una de las paredes que aún permanecía impoluta. Se apoyó con fuerza y al retirarse comprobó que la marca de su silueta había quedado grabada en ella.

Posó las rodillas frente a su contorno y manchó uno de sus dedos con la pintura que permanecía en el suelo, junto a la imagen en rojo escribió una L.

—Se hará tarde —se dijo en voz alta y se dirigió hacia el baño dando pequeños saltos sorprendida de su propio momento de alegría.

Abrió el grifo de la ducha y dejó que el agua comenzara a caer. El espejo le devolvió su imagen cubierta de rojo. Pensó que era el color más intenso que conocía y comenzó a recorrer en una suave caricia las zonas de su cuerpo manchadas de pintura. Al llegar al cuello hizo un gesto de dolor y tras sentir de dónde provenía una gran sonrisa se marcó en su rostro.

—Sin ti —dijo dirigiéndose a la tonalidad que permanecía en ella— el sentido desaparece. La vida sin intensidad pierde su esencia pero alcanzarte es un camino demasiado complejo. Es más fácil dejarse envolver por la desidia que romper la senda e inhalarte.

Un intenso calor la recibió al entrar en la ducha, dejó deslizarse el agua sobre su cuerpo y concentró todos sus sentidos en experimentar las sensaciones que le producía. Intentó descubrir si con ello su espalda le producía un placer similar al que le proporcionaban sus pies. Se descubrió indecisa y la tristeza se reflejó por unos segundos en su mirada, nunca se había dado el tiempo necesario para descubrirse a sí misma.

Un nuevo pensamiento le golpeó con fuerza:

«El rojo solo es alcanzable desde el conocimiento de uno mismo, sin descubrirte te puedes perder por colores demasiado apagados».

Cerró el grifo y se envolvió con una toalla frotándose con ella para retirar los restos de pintura mientras sentía cómo la sensación de bienestar que le había acompañado comenzaba a desaparecer.

Se puso los zapatos y se dirigió al salón. Centró su mirada en la silueta marcada en el gris y las lágrimas le recorrieron el rostro. Agachó la cabeza y cruzó sin mirar hacia ninguna de las paredes hasta llegar a su habitación.

Alcanzó un pequeño vestido negro y se vistió mientras, en silencio, el sollozo le acompañaba. Alzó la mirada y se quedó durante un instante sintiendo la

lluvia golpear el cristal.

En la pequeña mesilla le esperaba la invitación recibida el día anterior junto con un pequeño paquete que aún no había abierto. Lo cogió y leyó en voz alta:

—Calle de Luna, número veinticinco.

Alcanzó el paquete y se dispuso a abrirlo. Al rasgar el papel que lo envolvía sus ojos mostraron un gran gesto de sorpresa. Guardó el contenido en el bolso y comprobó la hora. Le quedaban unos minutos para llegar.

Se dirigió rápidamente a la calle y llamó al primer taxi que pasó junto a ella. El conductor intentó entablar un diálogo pero no le apetecía hablar, su mente en ese momento solo era capaz de mostrarle el desconocimiento del lugar al que se dirigía y comenzó a ponerse nerviosa.

Unos metros antes de llegar a la dirección marcada pidió parar un instante. Necesitaba respirar un momento antes de afrontar las horas posteriores, se acarició suavemente el pelo y observó cómo el hombre fijaba su mirada en el espejo retrovisor. Una sonrisa se desprendió de sus labios cuando comprobó la cara de sorpresa del taxista al sacar de su bolso la máscara.

El brillo del blanco impoluto apareció ante ella. Observó el objeto durante unos minutos sin hacer un solo gesto y leyó para sí misma lo escrito junto a él:

“Máscara Volto, del latín «fantasma». Puedes adornarla si consideras”.

—No —dijo en voz alta mientras examinaba el rostro ovalado y opaco —, es perfecta así. Soy un ente sin nombre.

El conductor comenzó a inquietarse y carraspeó para llamar la atención de la chica.

—Puede continuar —le dijo sin mirarlo mientras comenzaba a colocarse el rostro sin expresión.

Antes de llegar alcanzó a ver la entrada del edificio y quedó desconcertada durante un instante, esperaba que alguien la recibiera en la entrada pero la puerta de metal negro parecía cerrada. Bajó del coche y corrió hacia el lugar indicado.

Empujó el portón pero este no hizo ademán de moverse. Miró hacia los balcones del edificio esperando encontrar alguna presencia pero todo aparentaba permanecer en calma. Sacó la invitación del bolso y vio que solo aparecía escrito en ella el número del inmueble.

—¿Su nombre, por favor? —escuchó a través del interfono.

—Lucía Muñoz —contestó casi en un susurro a la voz metálica.

El sonido de la puerta al accionarse el mecanismo de apertura le acongojó, intentó respirar pero la máscara no le permitía inspirar con fuerza.

Le recibió su propia imagen reflejada en la multitud de espejos que se encontraban en el acceso del edificio, hasta ella llegaban todos los ángulos de su propia presencia. Se acercó despacio a uno de ellos y observó su imagen deslizando sus dedos por el contorno de sí misma.

Su vestido negro era el perfecto contrapunto a su rostro de porcelana. Limpio y sin expresión le pareció el reflejo perfecto de la melancolía. Se fijó detenidamente en los labios que llevaba sobre los suyos, permanecían cerrados y sin sonrisa e hizo una leve mueca al comprobar que lo único que se mostraba de ella misma eran sus ojos.

—Tampoco ellos sonríen.

—¿Señorita? —escuchó tras de sí. Al girarse vio a un hombre vestido con esmoquin y con un pequeño antifaz que apenas le cubría—, por

aquí.

Le acompañó hasta el ascensor y pulsó sobre el botón del tercer piso.

—Le esperan arriba.

Al deslizarse la puerta del elevador el sonido llegó hasta ella en forma de música que no consiguió reconocer.

—¿Me permite su invitación? —escuchó de un hombre vestido exactamente igual al que le había acompañado en el rellano.

Lucía asintió y comenzó a buscarla en el bolso, en ese instante fue consciente de que la máscara no le permitía hablar y se sintió reconfortada.

—Acompáñeme.

Su mente recorrió instintivamente el lugar y le ofreció el número de personas que se concentraban allí. En total contó veinticinco máscaras que deambulaban flotando en el ambiente del amplio salón.

Se adentró hacia lo que creía era el habitáculo principal y permaneció a una distancia prudente que le permitiera observar sin ser demasiado contemplada. Desde allí alcanzó a ver los movimientos sosegados y las risas calmadas, casi avergonzadas, de las mujeres que ofrecían un conjunto de solemnidad al acto.

—Incluso detrás del antifaz se interpreta un papel —pensó Lucía mientras sus ojos recorrían cada centímetro de la estancia.

En ese momento un hombre llegó hasta ella y le ofreció una reverencia como saludo. No sabía cómo responder al gesto e imitó su comportamiento esperando que no se quedase a su lado.

—¿Le apetece una copa de champán?

Lucía negó con la cabeza, tenía la necesidad de estar sola y la presencia del

desconocido la incomodaba.

—Si me permite la curiosidad, ¿por qué una máscara completa?

Ella no gesticuló mientras sus labios sonreían al pensar en la cara de su interlocutor si le respondiese: «Porque realmente soy un fantasma».

—Cierto, no puede hablar con ella, ¿verdad?

Lucía negó con la cabeza y en un intento de ahuyentar a su acompañante alzó los brazos y comenzó a girar sobre ella misma dejándose envolver por la música.

Él rompió en una sonora carcajada e hizo parar a Lucía cogiéndola de la mano y comenzando un baile de dos.

La mujer paró en el acto y le miró con dureza. Sus ojos eran lo único expresivo de su rostro y el hombre acogió la mirada con una nueva carcajada.

—Eres extraña —le dijo con el sonido de las risas aún presente.

Lucía sacó su móvil y escribió un mensaje de texto. La pantalla mostró un “¿puedes dejarme sola?”.

—Por supuesto, pero solo unos minutos.

Se apoyó sobre la pared y observó de nuevo a su alrededor. Comenzaba a sentirse incómoda en un lugar que no le pertenecía. Pensó en lo que le sedujo de la idea de llegar hasta allí y por un momento dudó de sus intenciones. En ese instante le apetecía más salir corriendo y no parar hasta quedarse sin aliento que volver a conversar con cualquiera de sus semejantes disfrazados.

Vio pasar a un camarero y alcanzó una copa de la bandeja. Sabía que la máscara no le permitía ingerir ningún líquido pero tener algo en la mano le calmaba.

Buscó un lugar alejado del centro del salón y el pensamiento recurrente de los



últimos días llegó de nuevo hasta ella, había decidido aceptar la invitación como un reto de observación. Suspiró profundamente y dirigió su mirada hacia la multitud. Contempló los bailes y las risas en una composición de farsa que le parecía iba más allá de un simple antifaz.

Hombres y mujeres esforzándose por mostrar simpatía, por escapar de la monotonía instaurada en sus vidas, por experimentar emociones que en algún momento de su existencia quedaron apagadas. Agudizó el oído intentando captar alguna conversación y hasta ella llegó la risa apagada de dos chicas que intentan dilucidar si el color negro era el más adecuado en su vestido para una fiesta como esa.

La máscara comenzó a agobiarle y decidió que era suficiente. Giró hacia la puerta y al llegar a ella dirigió una última mirada a su alrededor. Sonrió al pensar que tenía razón, era un lugar abnegado por una atmósfera de incapacidad personal, de sonrisas fingidas y de aleteos banales.

Alzó el rostro y sintió una mezcla de decepción con sus semejantes y de satisfacción en su diferencia.

Antes de llegar al ascensor alguien le cogió del brazo y se giró asustada.

—No puedes irte aún, no sin decirme tu nombre —escuchó del hombre que unos minutos antes había intentado dialogar con ella.

Lucía respiró pausadamente y revolvió en su bolso. Sacó un rotulador negro y comenzó a dibujar líneas sobre los labios de su máscara. Despacio, una tras otra su boca quedó sellada. No pudo reprimir una pequeña carcajada al ver el rostro estupefacto del hombre.

Salió a la calle y el frío de la noche comenzó a apoderarse de su cuerpo haciéndole temblar en la espera de un taxi que le llevase de nuevo a casa.

La mayor parte del trayecto lo pasó contemplando la ciudad a través de la

ventanilla y pensando que esa noche las luces le parecían más intensas. Sacó su móvil y marcó un número. El teléfono comenzó a emitir la llamada mientras deslizaba los dedos en una suave caricia por su cuello. Le respondió un contestador.

—Doble cero —dijo con firmeza.

Un semáforo en rojo le permitió bajar del coche unos metros antes de su casa, necesitaba el breve paseo antes de llegar a ella. Comenzó a caminar y sintió cómo sus extremidades perdían la consistencia para mantenerla en pie.

Cerró los ojos con fuerza y esperó a que el resto de su cuerpo reaccionase. Sabía lo que ocurriría en ese instante, un sudor frío comenzó a recorrerla y la angustia se apoderó de su pecho.

Intentó liberar la tensión abriendo sus manos para que la punta de sus dedos pudiera expulsarla, pateó el suelo en un intento de hacer desaparecer el hormigueo en sus piernas y se dirigió a casa.

Subió por las escaleras, necesitaba activar su cuerpo. Pasó frente a su puerta y se aproximó a ella, pasó sus dedos por la madera en una suave caricia y continuó hacia la azotea del edificio.

La tormenta le mostró los destellos de sus relámpagos en su horizonte. Se quitó la máscara y la dejó caer a su lado. Buscó mecánicamente en su bolso mientras su mirada permanecía fija en el resplandor.

Una mezcla de desasosiego y excitación se apoderó de ella. Dejó que le recorriera cada centímetro de su organismo y disfrutó experimentando las sensaciones que le ofrecía su cuerpo. Una gran sonrisa iluminó su rostro al descubrir que el miedo no estaba presente en ella.

Se situó en el centro del espacio abierto del edificio y alzó la cabeza y los brazos al cielo. Se quitó el vestido y dejó que la lluvia le mojase.

Sin dejar de sonreír dirigió su mano derecha a su muñeca izquierda y con decisión dejó que la cuchilla resbalase por ella.

—¿Lo sientes? —chilló al vacío.

Lucía tuvo la sensación de estar siendo observada mientras advertía su sangre deslizarse y descender hacia el suelo.

## **Capítulo 2**

—Si pudiera elegir, elegiría morir.

No recordaba el número de veces que había pronunciado esa frase pero sí reconoció la serena tristeza que llegó hasta él. Se dejó envolver y esta lo abrazó en una espiral de sosegado placer que había conseguido experimentar a través de ella a lo largo de los años.

Se acomodó en la almohada y decidió dormir un rato más. Con los ojos cerrados su mente le mostró las imágenes del día anterior. Una tras otra fue analizando y acotando lo sucedido. Era su forma de enfrentarse a un nuevo día, con ello conseguía revivir lo anterior y parcelarlo en recuerdos según las emociones que estos le transmitían.

Abrió los ojos al comprobar que el desasosiego era su evocación más común y decidió levantarse.

Pulsó el botón de encendido de la cafetera y fue a buscar el periódico. Tenía la costumbre de sumergirse en las noticias un día después de su publicación, para él era una manera de enfrentarse a ellas sin la urgencia del ahora.

Llegó hasta la tercera página y lo desechó mientras hacía un gesto de negación con la cabeza.

—No volveré a comprarlo —se dijo sabiendo que eso no era posible. Aún conservaba la esperanza de encontrar algo de bondad entre esas páginas.

Con la taza de café humeante se dirigió al salón, buscó su cámara de fotos y regresó a la ventana de su habitación. Dirigió el objetivo hacia el horizonte que le era visible y pulsó el botón. La fotografía se mostró en el acto revelando el tono gris del cielo por encima de los edificios.

—Este será el color del día.

Guardó la cámara y sacó su vieja Polaroid. Las fotografías instantáneas eran las que más le interesaban. Pensaba que solo ellas eran capaces de transmitir el momento preciso y hacer resaltar la verdad. Sesenta segundos para tener en las manos la imagen sin posibilidad de borrar o transformar.

—Al mundo no le interesa la realidad, solo pretende moldearla a su antojo y pulsar el botón de suprimir cuando lo que se ve en la fotografía

no le gusta.

Preparó con calma su bolsa de trabajo y regresó a la cocina, se sirvió un nuevo café para acompañar el sándwich de media tarde que acostumbraba a comer antes de salir de casa y acomodó lo que debería servirle de cena. Miró el reloj y comprobó que aún le quedaba tiempo para su pequeño gesto diario.

Se dirigió a la estantería que ocupaba el lateral de la estancia principal y buscó con la mirada el libro que había elegido para el trayecto en metro que le esperaba. Sabía que era un momento importante, necesitaba que la lectura le absorbiera y le hiciera estar solo evitando el contacto con la gente, encontrarse con miradas ajenas posándose en la suya nunca le había resultado cómodo.

Se encaminó a la puerta y antes de salir se giró hacia el espejo de la entrada y frente a su silueta se dirigió un pequeño guiño a modo de saludo.

La calle le recibió con estrépito, el tráfico de la tarde era intenso y consiguió despertar en él una sensación agónica, necesitaba la calma en sus oídos y el ruido incesante lo ofuscaba. Se acomodó su chaqueta buscando refugiarse en el cuello de esta y comenzó a caminar en dirección a la estación mientras alcanzaba a rozar con sigilo el libro que había guardado en el bolsillo. Se adentró en el metro y visualizó el lugar más solitario, no le gustaba permanecer en un asiento donde su brazo rozara el de otro pasajero. Se situó de pie en una de las esquinas y alcanzó el libro. Comenzó a leer sumergiéndose en una historia que le permitiera hacer invisible cuanto ocurría a su alrededor.

Accedió al edificio antes del comienzo de su jornada, el tiempo calculado le otorgaba la posibilidad de llegar al trabajo con intervalo suficiente para preparar con calma el día. Habían pasado doce años desde que comenzara a

trabajar en ese lugar pero a diario le seguía sorprendiendo la medida frialdad que le habían querido otorgar al espacio.

—Ginés —escuchó decir tras de sí.

Levantó la mirada del suelo y respondió con desgana.

—¿Sí?

—El expediente, hoy solo tienes una amiga —escuchó entre risas.

Recogió la carpeta y continuó su camino sin prestar atención a los comentarios que quedaban a su espalda, imaginando cómo María y sus amigas lo tenían como el elemento sobre el que divertirse.

Llegó hasta la habitación y esperó la intensidad del frío en ella, la temperatura apenas rozaba los diez grados y la sensación de gelidez aumentaba por el blanco impoluto de las paredes.

Alcanzó su bata y depositó su mochila en el lugar acostumbrado. En ese instante Ginés daba comienzo a su liturgia. Sobre el mostrador de metal fue depositando los instrumentos necesarios para el trabajo de las próximas horas. Pinceles, ceras, maquillajes, tijeras, quedaron colocados cuidadosamente por orden de uso.

Tras ello, se dirigió a la mesa donde esperaba encontrarse con un rostro sereno. En ella tumbada boca arriba encontró a una mujer joven. Observó su aspecto y le pareció intuir por un instante que sus labios mostraban una ligera sonrisa.

Se situó al lado del cadáver y buscó el expediente:

—Lucía Muñoz —leyó en voz alta—, treinta años.

Volvió a posar su mirada sobre el cuerpo que tenía delante y sus cejas se arquearon mostrando incredulidad.

—¿Suicidio?

Con un gesto rápido alzó sus muñecas y observó con detenimiento los cortes que aparecían en ambas manos. Las depositó sobre la mesa con cuidado y giró en busca de la cera a utilizar para dejar las lesiones invisibles ante los ojos de los familiares.

—Algún día se respetarán las heridas y no habrá que esconderlas.

En ese momento Ginés se descubrió dudando. En todos sus años de trabajo nunca había aparecido ante él la composición de una muerte por suicidio como la de Lucía.

—La persona que se quita la vida no cuida los detalles —susurró para sí—, no se muestra preocupado por su imagen. Algo en ti es diferente.

La chica que tenía ante él se mostraba limpia y serena. Las uñas permanecían pintadas de rojo intenso y a pesar del lavado previo en el anatómico sus pies parecían desprender algo parecido al brillo de unas partículas de colores.

—¿Conducta voluntaria de autodestrucción? —volvió a repetirse en un intento de convencerse a sí mismo mientras sus ojos se posaban en el cuello de Lucía.

Pasó sus dedos sobre él y comprobó que el dibujo aún mantenía el relieve y se mostraba enrojecido en su contorno.

—¿Quién se hace un tatuaje para después deslizar las cuchillas por sus muñecas?

Dejó que sus pensamientos flotaran en el ambiente y continuó con su trabajo. Al finalizar buscó en su mochila, acercó su asiento al lado de la mujer y se dispuso a concluir.

Ginés realizaba este gesto con cada persona que encontraba en esa habitación.

Era su manera de dar calidez a la insensibilidad con que la sociedad trataba ese instante. Siempre le pareció que morir no era dejar de ser persona y que la exposición pública a la que se enfrentaría después Lucía era un gesto que probablemente ella no desearía.

Se sentó, tosió un poco preparando su voz y abrió el libro:

—En uno de los cuatro mayores imperios que han existido en lo antiguo, reinó un monarca poderoso de la dinastía de los Sasanidas, que después de haber extendido sus dominios más allá del Ganges, en la India, y llegado hasta las fronteras de la China, murió, según refieren las crónicas del antiguo imperio persa, que es el grande imperio a que nos referimos, lleno de gloria y poderío, amado de sus vasallos y temido de sus enemigos, habiendo sido el monarca más admirable de su época, tanto por su valor como por su sabiduría... —frenó la lectura y sonrió al ver el rostro de Lucía.

—Seguro acerté con el cuento de las *Mil y una Noches* —pensó.

Tras concluir sacó su Polaroid y fotografió el rostro de la chica desde diferentes ángulos. Esperó a que las imágenes se secaran y las guardó en su bolsa.

Al salir de la habitación no pudo evitar mirarla de nuevo un breve instante y volvió a negar sobre sus propios pensamientos.

La madrugada lo esperaba en la calle y comenzaba a llover. Apenas sintió las gotas de agua que impregnaban su ropa y decidió regresar a casa caminando. Le gustaba el silencio de la noche, la ciudad dormida le parecía el mejor momento para transitarla. Vio desde la distancia cómo una figura se acercaba de prisa hacia él, la oscuridad no le dejaba entrever más allá de lo que le parecieron gestos de auxilio. Esperó intentando contener el aliento sin moverse del lugar. La figura pasó por su lado corriendo y en



lo que a él le pareció una huída le golpeó secamente el hombro. Intentó mitigar el dolor presionando con su mano derecha y se puso en cuclillas contrayendo el rostro.

Abrió los ojos al escuchar el motor de un coche que pasaba por su lado y respiró antes de incorporarse y ver cómo todo el contenido de su mochila había caído al suelo. Un gesto irónico se mezcló con la mueca de dolor al recordar que una vez más no había cerrado la cremallera antes de salir.

Recogió todo lo antes posible y continuó caminando, la imagen de Lucía volvió a su mente e intentó borrar el recuerdo cambiando el pensamiento al relato del cuento. Imaginó por un instante cómo sería haber vivido otra época, otros lugares, otras ensoñaciones y le invadió la tristeza de saberse un apátrida de su propia sociedad.

Llegó a casa sintiendo el frío helado del viento contra su cuerpo mojado y corrió a la ducha. El agua caliente era el mejor momento del día.

Alcanzó una toalla y se envolvió con ella mientras se dirigía a la cocina, vertió el resto de café en una taza y regresó al baño. Con las dos manos sobre el recipiente y sintiendo el calor que desprendía se giró hacia el espejo durante un largo instante y con ello descubrió el paso del tiempo.

—Ginés Martín, 55 años —dijo en voz alta—. Bebió un sorbo y miró el reloj que marcaba las seis de la mañana. A esa hora habituaba a acomodarse en su sillón con un bolígrafo y su bloc de notas para dejar impreso en las líneas sus percepciones diarias. Pero esa noche por primera vez en mucho tiempo no le apetecía. Recordó cómo habían sido sus anteriores cumpleaños y se esforzó porque a su memoria llegase el recuerdo de una sonrisa mientras recibía el regalo propio del día. Hasta él llegó la evocación de su quince cumpleaños cuando su madre entró a la pequeña cocina donde Ginés estaba bebiendo un vaso de leche y al

girarse vio la enorme tarta que culminaba en una vela encendida.

Aquel momento había sido el último que alguien le dedicó en un día como ese, su madre murió meses después aquejada de un virus que los médicos no habían podido diagnosticar y Ginés prefirió olvidar que esa vela existía una vez al año.

—Por mucho que te esfuerces en borrarlo siempre aparece, siempre recuerdas el día que sobre ti recae un año más —se dijo con tristeza mientras encendía un cigarro y se tumbaba sobre el sofá.

Dejó pasar los minutos fijando la mirada en el techo y aspirando despacio el humo gris del cigarro hasta que consumido lo apagó con rabia. Se incorporó y sacó las fotografías que había realizado al rostro de Lucía.

Hasta él regresaron las dudas que había experimentado durante las horas de trabajo pero se dijo a sí mismo que los forenses estaban más capacitados para establecer los motivos de la muerte que alguien como él.

Buscó el álbum donde almacenaba las instantáneas y lo rozó cauteloso, en ese pesado libro aparecían las fotografías de las personas que Ginés había ido seleccionando con los años.

Lo abrió y fue observando los rostros que aparecían ante él. Todos tenían el elemento en común que llevaba a Ginés a tomar la instantánea, la serenidad.

—La belleza de la muerte serena —pensó— no todos la poseen, ni es alcanzable para todas las personas. ¿Por qué?

Llegó hasta la última hoja del álbum y se quedó paralizado. Ante él apareció la imagen de la última persona que había fotografiado antes de esa noche. Durante un instante le costó reaccionar, las manos comenzaron a temblarle y algo parecido al miedo le recorrió en forma de espasmo el pecho.

La imagen mostró el rostro de un hombre y junto a él, en el mismo lugar de su

cuello el tatuaje de Lucía.

El símbolo iba agigantándose ante los ojos de Ginés hasta ocupar toda su visión. Era el único elemento de toda la composición que llegaba hasta sus pupilas.

—Infinito —dijo con voz temblorosa mientras buscaba la descripción de la muerte que acostumbraba a anotar junto a la fotografía—: Roberto Suárez, suicidio.

### **Capítulo 3**

El timbre de la puerta lo inmovilizó, fijó su mirada hacia el lugar desde donde procedía el sonido y contuvo la respiración esperando que no volviera a sonar.

El silencio regresó y lanzó un gran suspiro. Se giró sobre sí mismo y alcanzó a ver la hora que mostraba el pequeño reloj de mesilla. Exhaló con fuerza y se tumbó boca arriba en la cama.

Los pensamientos de la noche anterior permanecían inalterables en su mente y en un esfuerzo por contenerlos alcanzó la almohada y se presionó ambos

lados de la cabeza.

El timbre volvió a sonar.

Ginés agudizó el oído y escuchó que esta vez golpeaban pausadamente la madera con los nudillos.

Se levantó despacio y se dirigió hacia la puerta. Al abrir encontró a un hombre con uniforme de una agencia de transportes que le preguntaba si era Ginés Martín.

Confundido acertó a mover la cabeza con un gesto de afirmación. El joven le acercó una carpeta y le inquirió a que firmara en una pequeña casilla mientras le hacía entrega de un sobre acolchado con el membrete de la agencia.

—Gracias, señor, siento haberlo despertado —escuchó decir al hombre mientras le mostraba una sonrisa y giraba sobre sus pasos en dirección a las escaleras.

Cerró la puerta y observó detenidamente el paquete. Se sobresaltó al comprobar la fecha de entrega que aparecía en él.

—¿Lo has olvidado? —se gritó molesto consigo mismo.

Llegó hasta el salón y se desplomó en el sofá con el sobre aún en la mano. No necesitaba abrirlo para saber el contenido y lo dejó sobre la mesita. Allí permanecía aún el libro de fotografías que le había desorientado la noche anterior. Lo cogió y lo guardó con desgana en el lugar de la estantería que tenía adaptado para él, no tenía ánimo para elucubraciones.

—Siete de noviembre —dijo con tristeza mientras instintivamente se frotaba la frente—, hoy tienes el día libre.

Se sintió cansado, apenas había podido conciliar el sueño en la madrugada y

los párpados le pesaban. Cerró los ojos un instante y hasta él llegó el recuerdo de otros sietes de noviembre.

Ese mismo día, durante los últimos diez años, Ginés comenzaba su pequeño ritual. Se levantaba temprano y se preparaba una taza de chocolate caliente, se sentaba con el diario de la mañana anterior y durante media hora que calculaba al minuto permanecía leyendo y fumando tabaco en pipa. Después se dirigía a la ducha y pausadamente dejaba el agua correr sobre su cuerpo.

—Son las doce —se dijo con prisa mientras alcanzaba del armario la camisa roja y el pantalón negro que permanecían impolutos en la percha esperando la ocasión de ese día.

Se miró en el espejo y negó sobre sus propios pensamientos. Vestido con su uniforme del siete de noviembre esta vez no se sintió capaz de sonreír. Fue al salón y rasgó el sobre en busca de su contenido. Sacó el paquete de tabaco belga que cada año se hacía enviar en ese día y se lo guardó en uno de los bolsillos de la chaqueta.

Salió a la calle y esperó el autobús indicado que lo llevase al centro de la ciudad. Junto a él permanecían algunas personas que intentaban refugiarse del viento apoyándose en el interior de la marquesina mientras realizaban gestos involuntarios de impaciencia.

Cuando el autobús abrió sus puertas observó cómo a su alrededor se agitaba la urgencia por llegar a la entrada del vehículo, Ginés se incorporó despacio y se puso a la cola.

—Vivir esperando mientras te pierdes el instante en la espera —pensó mientras percibía las muecas de desesperación por acceder de la mujer que se había situado delante de él.

Se dirigió a uno de los asientos que permanecían disponibles y deslizó su

mirada hacia la ventana. Rozó con uno de sus dedos el paquete de tabaco y en ese momento sintió la necesidad de llorar pero se contuvo.

—Hace mal tiempo —escuchó decir a su lado.

Ginés miró a su derecha y se encontró con el rostro de una mujer que lo miraba con una sonrisa esperando la respuesta que la lanzara a una conversación. Se limitó a encogerse de hombros y a volver la cabeza de nuevo a la ventana.

El trayecto se le hizo más largo de lo que recordaba y al bajar en la parada pudo ver cómo la señora que tras su falta de respuesta se había cambiado de asiento lo miraba desde la distancia con desdén.

Se sentía afligido y el aire en la cara le permitió respirar profundamente y continuar camino de la librería.

Llegó hasta ella y permaneció frente a la puerta durante unos minutos. Por primera vez en diez años la evocación de este momento le entristecía y comenzaba a ponerle nervioso. Decidió saltarse ese paso e ir directamente al pequeño café de la plaza.

El crujir de la madera al caminar sobre ella le hizo sentirse un poco mejor, siempre le había gustado la sensación que le producía ese sonido, y se acomodó en una de las mesas mientras el camarero se situaba a su altura. Ginés pidió un café con leche y sacó el paquete de tabaco.

Lo dispuso en la esquina superior izquierda, sacó un cigarro y lo dejó sobre el paquete.

El camarero llegó con la bebida y Ginés pudo ver en él una expresión de curiosidad. Le agradeció mentalmente que no preguntase.

En ese momento a su mente regresó la imagen del cuerpo de Lucía y el tatuaje en su cuello. Comenzó instintivamente a dibujar con uno de sus dedos sobre la

mesa el símbolo de infinito y pensó en ello.

—Sin principio ni fin —se dijo a la vez que recordaba la fotografía del rostro de Roberto.

La preocupación que le había mantenido sin aliento la noche anterior había desaparecido, con la luz del día le parecía una casualidad que no era de su incumbencia.

—Dos suicidios y dos tatuajes en lugares similares con un mismo símbolo — pensó mientras lanzaba al aire una pregunta:

—¿Puede haber en dos seres humanos que no están conectados por ninguna relación un pensamiento idéntico?

Y miró hacia la silla que tenía frente a él. Sintió profundamente el vacío, le encogió el pecho e hizo que se deslizara una lágrima por su rostro.

Imaginó que ella alcanzaría el cigarro, se echaría hacia atrás moldeando su pelo y respondería con una sonrisa.

La imagen de Susana llegó poderosa hasta él por primera vez en el día. Desde su muerte Ginés dedicaba el siete de noviembre a realizar paso por paso todas las acciones que diez años antes le habían llevado a conocer a Susana.

Ella estaba en la librería Jazmín cuando él accedió buscando un poemario. Ginés apenas se percató de su presencia hasta que escuchó una voz que le aconsejaba no comprar el libro que tenía en sus manos.

—Si quieres puedes quedarte el mío.

Él le miró desconcertado y ella sonrió.

—Creo que la cultura debe compartirse, pero me debes un café —le dijo tendiéndole el libro que había sacado de su bolso.

A partir de ese momento Susana se convirtió en la única persona con la que él

había experimentado una intimidad basada en la confianza. Ginés nunca mostró grandes cualidades para la vida en sociedad, era una persona solitaria y tímida al que la gente a su alrededor le molestaba. Con ella era distinto, consiguió que él verbalizara sus pensamientos y reía ante la expresión de temor que aparecía en el rostro de Ginés cuando temeroso esperaba la respuesta de ella.

Acarició la cucharilla antes de dejarla en el plato y bebió un sorbo. Su muerte un año después lo había devuelto al inicio de su existencia, volvió a ser la persona solitaria al que desconcertaba la presencia de otro ser humano.

Una dolorosa mueca se marcó en la comisura de sus labios y bebió de nuevo un sorbo de café con la mirada fija en la silla que tenía enfrente.

—Por ti —dijo en un ademán de brindis con su taza.

En ese momento Ginés se sintió flaquear, las piernas le temblaban de manera imperceptible y necesitó una gran bocanada de aire para romper la sensación de angustia que comenzaba a apoderarse de él. Se llevó las dos manos a la cara y las deslizó con fuerza sobre sus ojos.

Se descubrió volviendo a sentir la rabia del momento de la muerte de Susana y apretó con fuerza los puños. Miró al camarero y le hizo un gesto para que cobrara la consumición. Necesitaba salir corriendo de ese lugar.

—Deja de hacerlo —se dijo a sí mismo—, no vuelvas a estos lugares.

El pequeño homenaje que realizaba a Susana siempre lo desorientaba, experimentaba las mismas emociones año tras año y continuaba sin saber gestionarlas. Se ahogaba en ellas y aún así cada siete de noviembre regresaba para sentir la amargura y la exasperación. Sabía que tras ese momento la melancolía envolvería sus horas para dejar paso a la triste serenidad del transitar de los días.



Se detuvo en un pequeño parque que encontró a su paso y se sentó en un banco.

—Pareces un jubilado, ahora vendrán las palomas a acompañarte —se dijo con ironía.

La imagen de Susana regresó a su mente, pudo ver cómo ella se echaba hacia delante sobre la mesa con las dos manos apoyadas en ella y le respondía: «Las casualidades no existen».

Ginés lanzó una gran risotada, había olvidado que ella nunca creyó que las cosas se dieran de forma casual, que siempre buscaba la lógica a todo suceso.

Recordó las horas que habían pasado debatiendo sobre el azar en los acontecimientos, cómo ella perdía la calma defendiendo sus argumentos y su tono de voz iba subiendo a la vez que intentaba rebatirlo.

En ese momento su mente dio un giro y hasta él llegó el símbolo de los tatuajes de Lucía y Roberto. Se levantó de un salto y comenzó a correr en dirección a su casa.

—¿Y si tienes razón? —se iba repitiendo una y otra vez mientras la ansiedad le comenzaba a recorrer el cuerpo.

Llegó jadeando y necesitó varios minutos sentado en el sofá para recomponerse. El sudor le cubría todo el cuerpo y hacía que la ropa y su piel no pudieran distinguirse. Se pasó la mano por la frente y alcanzó el álbum de la estantería. Lo dispuso sobre la mesa y fue pasando hoja por hoja.

No estaba seguro de qué buscar pero algo le empujaba a ver de nuevo esos rostros que permanecían inalterables en sus fotografías. Llegó al final y comprobó que el tatuaje solo aparecía en ellos dos.

Sacó las dos instantáneas y las dispuso sobre sus piernas, una a cada lado. Despacio fue recorriendo cada centímetro del rostro de uno y comparándolo

con el otro. Una sensación agónica comenzaba a aparecer en él pero no sabía distinguir a qué se debía. Los dos tatuajes aparecían ante él inmensos, retadores a sus pupilas. Los dos rostros marcaban una pequeña sonrisa en sus labios y su mirada transmitía un sosiego que contrastaba con el incipiente malestar en el estómago que Ginés comenzaba a sentir.

Lo dejó de lado y se dirigió a la cocina. Llenó un vaso de agua y lo bebió de un trago esperando calmar la sequedad de su boca. No fue suficiente y lo llenó de nuevo. El dolor en el estómago iba en aumento y posó una de sus manos sobre él esperando contenerlo.

Se encontraba desubicado, algo en esas imágenes le trasladaba una inquietud que no sabía explicar pero no podía establecer ninguna conexión.

Decidió acostarse un rato. Estaba demasiado tenso para conciliar el sueño pero pensó que de ese modo podría relajarse y pensar con un poco más de claridad.

Al pasar por la puerta del pequeño espacio que tenía establecido como despacho vio la luz encendida del portátil. Recordó que no lo había apagado la última vez que lo utilizó, siempre lo dejaba encendido pues no encontraba sentido a necesitar expresar en líneas alguna idea y tener que esperar a que el aparato se encendiera.

Se sentó en la silla metálica que chirrió bajo su peso y tocó el ratón. La pantalla se iluminó en el acto resaltando la bandeja de entrada de su email.

Pulsó sobre el pequeño sobre que le marcaba un nuevo correo electrónico y la visión se le nubló. Necesitó unos segundos para fijar de nuevo la mirada sobre la pantalla. El dolor de estómago se le hizo punzante y se retorció sobre sí mismo. Las manos le sudaban y en un esfuerzo por contener el mareo que en ese instante comenzaba a hacerle perder la estabilidad leyó en voz alta:

—“De Ginés Martín: BIENVENIDO A TU ELECCIÓN”.

Consiguió serenarse momentáneamente y durante unos segundos dudó si pulsar para encontrarse con el contenido de ese email. Comenzaba a dolerle la cabeza pero no podía desplazar la mirada de su propio nombre en el lugar del remitente.

Presionó a la vez que algo parecido al miedo comenzaba a atenazarlo.

Las líneas aparecieron contundentes y sobre sus pupilas se marcó el símbolo dibujado a modo de firma tras ellas.

Retrocedió instintivamente golpeando la silla contra la pared y se mantuvo a unos metros del ordenador sin poder dejar de pronunciar en un susurro: «Infinito».

Las pulsaciones se le aceleraron hasta el punto de sentir las vivas en su sien y comenzó a costarle respirar. En ese momento el miedo se instauró en todo su cuerpo y necesitó abrir la ventana para que el viento devolviera un poco de orden a la estancia y a sus pensamientos. Se apoyó en el alféizar con ambas manos y durante unos minutos dejó que el frío le cubriera. Respiró intentado recobrar una pizca de serenidad que le permitiera afrontar la lectura y se giró sobre sí mismo.

La pantalla se mostraba en negro, se acercó dubitativo a ella y la agitación regresó con fuerza a su pecho. Se frotó la cara nervioso y pulsó de nuevo el ratón.

“Bienvenido a tu juego:

Si estás leyendo esto es que hoy es siete de noviembre. Un día especial para ti, ¿verdad?

¿Y qué ocurre cada siete de noviembre? No te esfuerces, yo responderé por ti: el eterno retorno de lo idéntico.

Imagino tu rostro de consternación y me produce carcajadas. No te enfades conmigo, te tengo una gran estima. Y es por ello, por la valía que te tengo otorgada el por qué eres mi elección. No confío en la capacidad de nadie, salvo en la tuya...

Si no me equivoco contigo, sé que ya habrás visto mi firma en algún lugar y habrá llegado hasta ti la singularidad del hecho que ha pasado desapercibida para la ingente cantidad de simpleza mental.

El juego ha comenzado y antes de conocer los detalles tendrás que aceptar el desafío de arriesgar en él...

Lo mejor de la vida se produce en las sombras.

Un saludo afectuoso.

Infinito”.

## **Capítulo 4**

«Sé que responderá, sé que no podrá dejar pasar la opción de saber cómo sé. Sé que la motivación, cualquiera que sea para él, será más fuerte que ignorar la existencia de lo que ya ha entrado en su mente».

## Capítulo 5

El sonido de la cafetera expulsando el líquido marrón le hizo regresar de sus pensamientos. Tardó unos segundos en posicionarse mentalmente y reconocer el lugar donde se encontraba. Miró alrededor y se sintió extraño en su propia cocina.

Decidió ir a tomar un café al bar que quedaba cercano a su casa. Cogió su chaqueta de cuero marrón que el paso de los años había desgastado hasta agrietarla en las coderas y bajó las escaleras despacio.

Le pesaban las extremidades, cada paso era un esfuerzo que le requería un gasto de energía considerable y le aumentaba la sensación de agotamiento que se había instalado en él. Sentía las ojeras marcarse en su rostro y como un fugaz destello que pasó por su mente dudó si estaba cansado por lo vivido la noche anterior o por el simple hecho de vivir.

Había pasado la noche sin poder retirar la mirada de la pantalla del

ordenador, conteniendo la respiración de manera inconsciente como si intentara no alertar a un ser inanimado que parecía observarle desde algún punto que no le era alcanzable.

La imagen de Susana le acompañó en todo momento entremezclándose con las líneas que habían quedado grabadas en su memoria mientras una cantidad ingente de preguntas iban agolpándose en su pecho. Ginés intentó que la sensación de malestar que le provocaba la situación no se hiciera dueña del momento y trató de calmarse haciendo un esfuerzo de concentración sobre el papel. Pero no pudo, su mente permanecía colapsada mirando fijamente la pantalla del ordenador mientras martilleaba la mesa con el bolígrafo.

Estaba amaneciendo cuando Ginés recogió de nuevo el folio e intentó anotar los interrogantes que le apuñalaban la garganta hasta dejarlo sin respiración. Le temblaba el pulso y la primera palabra que consiguió escribir era casi ilegible. Respiró profundamente y volvió sobre el papel.

—Un té rojo, por favor.

Mientras observaba al camarero realizar su trabajo Ginés experimentó una sensación hasta ese momento desconocida. Instintivamente miró con rapidez a ambos lados, se sentía observado y la angustia iba incrementándose con el paso de los minutos. A su lado, apoyados en la barra dos jóvenes mantenían una conversación ajena a lo que ocurría a su alrededor mientras a su espalda una señora de mediana edad contemplaba ensimismada el programa de televisión de la mañana mientras tomaba un chocolate con churros.

—Debes de tranquilizarte —pensó mientras alcanzaba un sobre de azúcar.

Sacó el folio que había escrito en la noche y releyó lo anotado:

*CUESTIONES:*

*1-. ¿Quién sabe de Susana y de mis sietes de noviembre?*

2-. *Mis relaciones personales son inexistentes, ¿quién me estima?*

3-. *El eterno retorno de lo idéntico. Podría ser una definición de infinito. ¿Qué significa infinito para él?*

4-. *¿Sabe de mis fotografías?*

5-. *¿En qué consiste el juego?*

La lista continuaba pero un acuciante dolor en el pecho hizo que Ginés guardase el papel, le comenzaba a doler de manera preocupante y pidió un vaso de agua. Antes de que el camarero pudiera ofrecérselo dejó unas monedas sobre la barra y salió a la calle. Necesitaba respirar y sentir el viento en el rostro. Se dobló sobre sí mismo y el dolor fue en aumento al tiempo que comenzaba a sentir un hormigueo en las yemas de los dedos. La sequedad en la garganta hizo que le costara tragar su propia saliva al tiempo que con la mirada fija sobre el pavimento de la acera su mente le mostró cómo sus secretos ya no estaban a salvo.

Abrió los ojos y se encontró con una señora arrodillada a su lado abanicándolo con una hoja que habría arrancado del periódico gratuito de la mañana. La miró desconcertado y le pareció que le estaba hablando.

—¿Se encuentra bien? —le repitió la mujer.

—Sí —alcanzó a balbucear mientras trataba de incorporarse.

La señora lo ayudó a llegar hasta el banco más próximo y se sentó tratando de comprender qué había ocurrido.

—Se desplomó de pronto.

Ginés volvió a mirarla con un gesto de incompreensión.

—¿Quiere que lo acompañe al médico?

Negó con la cabeza y aspiró profundamente mientras se llevaba ambas manos

a la sien, intentó masajearse el dolor de cabeza esperando con ello ubicarse en el lugar donde estaba. Se vio a sí mismo en el banco y comprobó que la señora permanecía junto a él.

Sintió la necesidad de estar completamente solo, en un lugar donde no alcanzara a ver a ninguna otra persona ni a escuchar ningún sonido que procediera del exterior de sí mismo.

—Gracias, pero estoy bien.

Le pareció que la señora iba a contradecirlo en el momento en el que el móvil comenzó a vibrar en el bolsillo de su chaqueta. Le hizo un gesto a modo de despedida y sacó el teléfono.

—¿Sí?

—¿Ginés? —escuchó decir reconociendo la voz.

Permaneció en silencio durante unos minutos, sin apenas percibir las palabras que emitía el aparato y comprendió que llegaba tarde al trabajo. Recordó que había cambiado el turno a Diego porque este necesitaba la mañana para ir a realizarse una prueba médica y colgó tras decirle a la chica que llegaría lo antes posible.

Se incorporó con calma, prestando atención a las punzadas que su cuerpo emitía en diferentes zonas y pensó que una aspirina le aliviaría momentáneamente la presión del dolor en la cabeza. Paró un taxi y le dio las indicaciones para llegar lo más rápido posible. Intentó relajarse mientras observaba el tráfico denso de esas horas de la mañana y fue contando los semáforos en rojo que iba encontrando a su paso, de ese modo ocupaba su pensamiento con ejercicios triviales que no le devolvían el peso de los acontecimientos de las últimas horas.

—Borra el email y olvida todo —se dijo a sí mismo—, regresa a tu



vida de soledad y tiempos muertos.

Bajó del coche y la urgencia hizo que llegase casi corriendo hasta la puerta. Al acceder se encontró con la chica que lo había telefoneado y que le presentaba la carpeta marrón con los expedientes del trabajo de ese día.

La abrió con desgana y encontró la identificación del fallecido. Hombre, 42 años, muerte por accidente de tráfico. En ese instante la opresión le cruzó el pecho hasta casi no permitirle respirar con normalidad y levantó la mirada hacia la chica que le observaba con una expresión de preocupación en el rostro.

—¿Dónde puedo localizar el expediente de los cadáveres que han pasado por mi sala?

María lo miró desconcertada, la pareció que debía haber pasado una mala noche porque aparecía despeinado y con las ojeras ennegrecidas pero prefirió no preguntar nada al hombre que nunca levantaba la mirada del suelo y que tenía fama de huraño.

—Supongo que los tendrá Irene, está en su despacho si quieres hablar algo con ella.

Cuando llegó frente a la puerta blanca que marcaba con un pequeño cartel el nombre de la forense jefe, Ginés comenzó a dudar de sus propósitos. Le pareció que su cuerpo se desinflaba y el agotamiento le recorría las extremidades. Llamó a la puerta con cautela y escuchó una voz que le invitaba a pasar.

Encontró a Irene Segura detrás del escritorio de madera que se mostraba lleno de papeles amontonados que parecían esperar su turno para ser leídos.

—Buenos días —dijo con timidez.

—Hola, Ginés, ¿puedo ayudarle en algo?

Lo dijo sin levantar la mirada, manteniéndola fija en la pantalla del ordenador mientras tecleaba con firmeza pero, aún así, a Ginés le sorprendió que supiese su nombre.

—Me preguntaba...

—Si me disculpa un minuto acabo con esto y le escucho —le interrumpió .

Por primera vez, Ginés observó a la mujer que dirigía el centro, en todo el tiempo que llevaba allí apenas podría describir a las muchas personas con las que se cruzaba a diario. Siempre prefirió pasar desapercibido y eso incluía ser ajeno a todos y que ellos lo fueran para él.

—Le escucho.

Volvió a dudar de sus intenciones y comprendió que no había preparado ninguna excusa para lo que le iba a pedir y que necesitaba justificarlo de algún modo. Pensó en darle la mano a modo de saludo pero se encontraba nervioso y estas le habían comenzado a sudar.

—Buenos días —dijo en un balbuceo.

—¿Existe algún problema, señor Martín? Tengo entendido que no ha venido a trabajar a su hora.

—Sí —consiguió decir Ginés con la mirada posada en la mesa—, de eso quería hablarle. Necesito unos días de vacaciones para resolver una cuestión personal que no tenía prevista.

Irene le miró con desgana tras lanzar un gran suspiro que hizo que le comenzaran a temblar las piernas. No se sentía seguro frente a ella, le parecía que se convertía en un ser que iba haciéndose cada vez más pequeño ante sus ojos.

—Está bien, el departamento le debe días de vacaciones. ¿Cuántos necesita?

—Si fuese posible tener una semana completa se lo agradecería.

—De acuerdo, puede marcharse a casa desde hoy si le urge —le dijo volviendo sobre la pantalla del ordenador.

Ginés se levantó y se dirigió a la puerta sin saber cómo iniciar la conversación sobre los expedientes. Entrelazó las manos para sostenerse a sí mismo y se volvió de nuevo hacia ella.

—Señora Segura, ¿podría preguntarle algo?

Irene le hizo un gesto de afirmación con la mano mientras continuaba con su trabajo sin prestarle atención.

—Necesitaría la dirección de uno de los fallecidos —dijo despacio casi como si intentara no ser escuchado.

—¿Disculpe?

Vio cómo toda la atención de la forense jefe recaía de nuevo sobre su persona y haciendo un esfuerzo por aparentar seguridad le explicó sus intenciones.

—Es un señor que traté hace algún tiempo. Llevo desde entonces creyendo que era un amigo de hace algunos años pero no estoy seguro, me gustaría si fuera posible comprobarlo y poder dar el pésame a su familia.

Irene frunció el ceño y su rostro expresó una mayor seriedad de la que era habitual en ella. Se limitó a mirarlo durante unos segundos como si no estuviera segura de la respuesta que iba a darle y mostró lo que a Ginés le pareció una breve sonrisa.

—Tengo que salir —dijo levantándose—, en la mesa están los

expedientes aún sin regular, llevo retraso con ellos. Si de tu supuesto amigo no hace mucho tiempo podrás encontrarlo ahí. Tienes dos minutos mientras voy al baño.

Ginés la vio salir mientras su mente le repetía al supuesto amigo sin saber muy bien si ella le había creído o no. Comenzó con cautela a buscar entre las carpetas marrones el nombre de Roberto Suárez en la pegatina blanca que servía para identificar los expedientes. Fue dejando ordenadamente cada carpeta que cogía, una sobre otra esperando que el paso por sus manos se notara lo menos posible y ante él apareció el nombre de Lucía. Sintió recorrer un escalofrío que le heló todo el cuerpo y permaneció inmóvil sin atreverse a abrir la carpeta. Las manos le temblaban y tuvo que esforzarse por controlar el nerviosismo que ese nombre le había producido. La dejó a un lado, separada del resto y siguió buscando. Esta vez con urgencia, pasaba las carpetas sin apenas leer la etiqueta que las identificaba. Su mente buscaba a Roberto y sabía que repararía en él con solo verlo.

Escuchó el sonido de una puerta al cerrarse y entendió que Irene regresaba, no le quedaba tiempo y seguía sin encontrar la carpeta de Roberto. Intentó pensar en alguna excusa que le hiciera ganar un poco de tiempo, necesitaba saber de ese hombre para empezar a comprender qué estaba sucediendo, o al menos tener una pieza que le permitiese centrar un poco sus pensamientos.

Agudizó el oído y escuchó cómo los pasos desaparecían por el pasillo. Regresó sobre las carpetas y buscó lo más rápido que le fue posible. Encontró el nombre de Roberto Suárez y lo situó junto a Lucía Muñoz. Recordó el rostro y los ojos en calma de ambos en las fotografías y se estremeció.

Salió del despacho antes del regreso de Irene, había conseguido anotar los datos que le parecieron relevantes y vuelto a colocar de nuevo las carpetas de

forma que a la forense jefe no le fuese posible identificar el nombre que había estado buscando.

Al llegar a la puerta de salida del edificio de hormigón donde estaba situado el anatómico sintió la necesidad de correr sin dirección alguna intentando expulsar de su interior la sensación de agobio que se había instalado en él desde el día anterior. No era una sensación nueva, lo había sentido en otro momento que siempre tenía presente en su mente, la muerte de Susana lo condujo a experimentar emociones parecidas pero esta vez añadía algo que no llegaba a entender muy bien. Frenó en seco y miró a su alrededor, en ese momento comprendió que se sentía desnudo frente a los ojos de alguien que parecía saber lo que siempre había protegido, su intimidad.

## Capítulo 6

Dos mujeres. Anotó sus nombres en una servilleta y se acomodó en el pequeño sofá de cuero negro. No recordaba bien cómo había llegado de nuevo hasta el café de la plaza pero en él había conseguido recuperar un poco la calma.

Pidió un té muy caliente esperando que al beberlo lo sintiera bajar por su garganta y deslizó su mirada por el resto de clientes del lugar. Volvió sobre la servilleta y leyó en un susurro sus nombres. El pequeño trozo de papel contenía los dos únicos recuerdos que le trasladaban un bienestar emocional, eran las dos únicas personas con las que Ginés se había sentido cómodo y con las que había experimentado algo cercano a la complicidad. Una era su madre, la otra su amiga y ambas estaban muertas.

Tachó sus nombres y contuvo las ganas de llorar. Nunca había sentido la necesidad de expresar sus emociones ni compartir sus momentos, se encontraba bien solo, en una soledad elegida que le proporcionaba grandes instantes consigo mismo. El afecto de otro ser humano le había reconfortado en algunas ocasiones pero no había conseguido que se encontrara cómodo entre ellos. Cuando era joven intentó integrarse en el grupo de personas con los que compartía trabajo, si bien Ginés aceptó que le aburría demasiado el hecho de conversar sobre elementos insustanciales que no le aportaban nada y poco a poco fue convirtiéndose en una persona solitaria carente de relaciones.

—No encontraste tu lugar —pensó mirando fijamente el vaho que salía de su

taza—, o quizás sí, pero es diferente al del resto de la gente.

Sacó la lista de preguntas que llevaba en el bolsillo desde la noche anterior y anotó una nueva: “¿Por qué todo esto?”.

Miró hacia el exterior de la plaza por el ventanal que cubría la fachada del café y la vio teñirse de paraguas de diferentes colores, siempre le había gustado la lluvia, le permitía relajarse aspirando su aroma. En ese momento le pareció la mejor manera de comenzar la tarde mientras intentaba ordenar sus intenciones.

—Dos cadáveres con el mismo símbolo tatuado, ambas muertes voluntarias que acaban pasando por mis manos y un email dirigido a mi persona firmado del mismo modo que los dibujos. Y lo que es peor —se dijo a sí mismo mirando de nuevo por la ventana—, lo firma alguien que conoce mi relación con Susana, ¿qué mierda es esta?

Sacó de nuevo el folio donde había anotado los datos de Roberto y Lucía y se puso la chaqueta mientras dejaba el dinero de la consumición sobre la mesa. Salió a la calle y dejó que las gotas de lluvia le mojaran brevemente la cara mientras esperaba un taxi. La tarde había adquirido un color grisáceo que habitualmente era deprimente para la gente, ellos preferían la vitalidad de un día caluroso pero a Ginés le agradaba el frío introduciéndose en él.

El taxi fue deslizándose entre los demás conductores, que en días como ese atascaban el centro de la ciudad, hasta salir por una de las arterias principales que alargándose durante varios kilómetros iba saliendo en dirección al barrio periférico que aparecía como última dirección conocida en el expediente de Roberto. Durante el tiempo que permaneció sentado en el asiento trasero del vehículo, Ginés preparó mentalmente el desarrollo de la conversación que en los próximos minutos esperaba mantener, intentó elaborar las líneas básicas del encuentro con un desconocido del que no sabía qué debía obtener.

Al bajar del coche se encontró nervioso, a pesar de la temperatura gélida comenzaba a sudar de forma considerable y se detuvo un instante para intentar calmarse.

—Ve allí e inténtalo diciendo lo menos posible que ellos hablen —pensó mientras se limpiaba con un pañuelo las manos.

El timbre de la puerta emitió un sonido que le pareció desagradable, como si fuera el preámbulo de cómo se sentiría durante los minutos que durara el encuentro con la persona que abriera la puerta.

—¿Está llamando a mi casa? —escuchó tras de sí.

Se volvió apresurado y se encontró con un rostro cansado, joven pero marcado de pequeñas arrugas que se deslizaban desde el contorno de sus ojos.

—¿Es usted la mujer de Roberto Suárez? —dijo intentando imprimir firmeza a sus palabras.

La joven lo miró detenidamente durante unos instantes y pausadamente se dirigió a la pesada puerta que daba acceso al rellano del portal. Abrió y con un gesto con la cabeza le invitó a entrar.

—¿Quién es usted?

Ginés se sentía intimidado por la expresión de dureza que desprendía la mujer que frente a él parecía estar analizando sus movimientos.

—Verá..., mi hija... murió hace unos días..., más bien se quitó la vida..., creo que como su marido.

—Y como un número elevado de personas en este país —le espetó la mujer.

—Tiene razón, no debí venir..., es solo que...

—¿A qué ha venido? —le interrumpió.



—Que mi hija también tenía ese horrible tatuaje —se atrevió a decir Ginés.

El rostro de la mujer se mostró más tenso, bajó la mirada al suelo y comenzó a caminar en dirección a las escaleras. Él permaneció inmóvil, conteniendo la respiración mientras veía alejarse a la joven.

—Lamento haberla importunado —dijo alzando la voz lo suficiente para que ella pudiese oírlo y se volvió hacia la puerta.

—Ese símbolo me obsesiona —escuchó Ginés casi en un susurro.

Durante un momento dudó si salir corriendo de aquel lugar y buscar de nuevo el refugio de su casa, ese lugar donde durante años había sentido que en su vida no tenía nada que ganar ni nada que perder, buscar la tranquilidad del ocaso de los días.

Llegó hasta la mujer y las lágrimas que vio deslizarse por su rostro lo enfurecieron. Algo que no supo identificar se desgarró en él y tuvo que esforzarse por controlar la ira que nacía en su interior. La visión del dolor de la mujer le hizo comprender que era real, que no eran solo líneas escritas por alguien que intentaba jugar con él.

—Siento haber sido tan desagradable, usted tendrá las mismas dudas que yo. ¿Qué edad tenía su hija?

—Treinta y tres —mintió Ginés.

—¿Y qué cree que es ese maldito tatuaje?

Ginés hizo un gesto de negación con la cabeza, no tenía respuesta para eso y comprendió que ella tampoco.

—¿Por qué dijo que le obsesionaba?

La mujer lo miró sorprendida, deslizó sus manos enjuagándose las lágrimas y

le agarró fuertemente por el brazo haciendo que Ginés le acompañara por las escaleras.

—¿A usted no? —le dijo volviéndose a él e invitándolo a pasar a su casa.

La siguió por el pequeño recibidor que daba paso a una estancia poco iluminada que parecía ser el comedor y se sentó en el sofá siguiendo sus indicaciones. Miró a su alrededor y le sorprendió los pocos elementos que componían la estancia, apenas unas fotografías enmarcadas sobre una estantería de mimbre que dejaba paso a un pequeño televisor que ocupaba el espacio central de la sala.

—Roberto era un ser deprimente y deprimido.

Las palabras de la mujer le hicieron volver en sí, se giró hacia ella y la vio sentada a su lado.

—¿Estaba deprimido?

—Llevaba con medicación dos años. Desde que le conocí siempre parecía triste pero en los últimos años apenas salía de casa, se pasaba el tiempo tumbado viendo la televisión. Le daba igual el programa que hubiese, él fijaba la mirada y se pasaba horas así.

—¿Sabe por qué?

La mujer negó con la cabeza.

—Nunca me dejó acompañarle al médico, a veces dudo incluso que fuera.

—¿Le sorprendió...?

—¿Que se quitara la vida? —le interrumpió la mujer—. Si hubiese ocurrido hace un año le hubiese respondido que no pero ahora...

—¿Ahora?, ¿ahora era distinto?

— Desde hacía unos meses parecía otra persona, más animado. Incluso me acompañaba a pasear por el parque algunas tardes. Él no sonreía casi nunca y esos días parecía estar siempre contento y tranquilo. Pensé que se estaba recuperando...

No pudo continuar, sus ojos se llenaron de lágrimas y se encogió sobre sí misma para taparse el rostro. Ginés no estaba muy acostumbrado al consuelo y se sintió cansado. Pensó en abrazarla pero no sabía si era lo correcto, se contuvo y apretándole fuertemente la mano le inquirió para continuar hablando casi en un susurro.

—¿Había cambiado algo en él?

La mujer afirmó con la cabeza y señaló hacia una habitación contigua mientras movía la mano instándole a entrar en ella.

Ginés se levantó despacio, miró hacia la mujer que continuaba sumida en un profundo llanto y avanzó con cautela hacia la puerta que le había indicado. Escuchaba el palpito de su corazón en la sien y no llegaba a entender por qué se encontraba tan nervioso.

Empujó suavemente la madera rojiza de la puerta y encontró el dormitorio de la pareja. Todo parecía en orden, la colcha amarillenta por el paso del tiempo aparecía perfectamente colocada sobre la cama, las paredes impolutas no contenían ningún cuadro y sobre las mesillas el único objeto que vio fue un libro.

Desconcertado se giró hacia la mujer que se había levantado y permanecía tras él.

—En todos los años que le conocí nunca le vi leer un libro, ese lo trajo dos días antes de suicidarse.

## **Capítulo 7**

La luz de la pantalla parpadeó con intensidad.

“Aquí está. No sé si leerlo rápidamente o disfrutar del momento. Y bien, querido Ginés, acabas de entrar en mi desafío, no te arrepentirás... Pensé que tardarías un poco más en responder pero supongo que la incertidumbre es demasiada y los ecos de Susana fluyen en tu mente”.

## Capítulo 8

Esperó frente a la pantalla hasta que esta le dio el mensaje como leído. En ese momento las ganas de estallar en un alarido le produjeron un espasmo que intentó contener apretando con ambas manos sus labios y cerrando los ojos.

Tardó unos minutos en recomponerse y se sentó de nuevo frente al ordenador. Abrió el mensaje con la respuesta que acababa de enviar e instintivamente su mente jugó a imaginar quién estaría situado en el otro lado.

Lo único que llegó hasta él en forma de imagen fueron unos grandes ojos grises que lo miraban desafiante y se estremeció. Giró a ambos lados la cabeza rápidamente intentando desprenderse del pensamiento y leyó en voz alta lo que había escrito: “¿Qué quieres de mí?”.

La respuesta que había dado le pareció absurda y apagó el ordenador furioso consigo mismo por haber enviado el email. Se dirigió al salón y se dejó caer en el sofá contemplando sus manos. Volvían a dolerle y observó cómo sus dedos comenzaban a encogerse producto de lo que él había diagnosticado como una artritis consecuencia de pasar tantas horas en su trabajo bajo el frío.

Imaginó a Susana inquiriéndole para que fuera al médico a que se lo trataran y sonrió recordando la cara que siempre le puso cuando él decía que no le gustaban los doctores. Suspiró profundamente y comprendió que esos días le echaba de menos más que de costumbre, los acontecimientos de las últimas horas habían hecho que su recuerdo fuese más nítido.

Se levantó y encendió de nuevo el ordenador. Esperó nervioso a que este conectara con su correo electrónico y comprobó que no había nada reciente en él.

Decidió dormir un rato, se encontraba agotado y el dolor de cabeza aún le

molestaba. Se tumbó en la cama, se arropó hasta el cuello sintiendo el peso de la manta sobre él y cerró los ojos.

Despertó habiendo perdido la noción del tiempo, se incorporó con esfuerzo y se sentó al borde de la cama intentando que su cuerpo reaccionara al agotamiento. Miró hacia la ventana y comprobó que había anochecido. Se frotó los ojos y permaneció en esa posición durante unos minutos contemplando la oscuridad de la noche tras el cristal. Se levantó notando el frío del suelo en sus pies y fue a buscar una manta con la que abrigarse en el sofá.

El dolor de cabeza aún le martilleaba en la sien y pensó que volver a dormir sería la mejor opción para que desapareciera. Se sentía abatido y la acción de tumbarse en el sofá a descansar que durante años le había resultado placentera en ese momento le estaba comenzando a asfixiar, algo le urgía en su interior como si sentarse a dejar pasar el tiempo fuese una mala idea.

—Está bien —se dijo—, esto no tiene sentido, la gente es libre de quitarse la vida cuando mejor considere. Los informes forenses no dejan dudas respecto a la voluntariedad del acto por lo que un tatuaje no es significativo. Entonces... ¿a qué viene todo esto del email y de Susana?

Se puso en pie en el momento que terminaba la frase y mirando alrededor suspiró profundamente mientras susurraba:

—Necesito despejar la mente y pensar con claridad.

Buscó un vaso de agua que le ayudara a tragar la pastilla para soportar mejor el dolor y cogió la mochila que utilizaba para ir a trabajar. Retiró todo lo que se encontraba en el centro del salón y desplazó la pequeña mesa que tenía situada junto a la pared hacia el lugar central de la estancia. Sobre ella puso el álbum de fotografías abierto por la primera página, los datos del expediente de Roberto y Lucía y escribió en un folio las líneas del email que le habían

enviado y que recordaba con exactitud.

Por separado los elementos con los que contaba no le decían nada y viéndolos en conjunto, situados unos al lado del otro comprendió que tampoco le ofrecían ningún tipo de información. El único nexo en común era el dibujo de infinito, un símbolo que significaba el todo y la nada.

Volvió sobre el álbum y fue repasando las instantáneas despacio, cuidando cada detalle a sus ojos con la esperanza de encontrar en ellos algún rastro más de la vorágine en que se habían convertido las últimas horas. Pasó una a una su dedo sobre la descripción que él mismo había anotado con el nombre y la forma de su muerte y se sorprendió de las muchas formas de morir que existen.

—Asfixiado, atropellado, ahogado, ahorcado..., y estas solo con la letra a —se dijo extrañado por no haber nunca reparado en ello.

Cerró el álbum con cuidado como si hacerlo de otro modo fuese un acto de desconsideración con los rostros que en él aparecían y se sintió aliviado por unos segundos, nada en su contenido le hacía pensar que otra de esas personas estuviera relacionada con infinito.

—¿Cuál de todas esas formas te gustaría para ti?

Se sentó de nuevo y un espasmo le sacudió el pecho, había olvidado el último elemento. Corrió hacia el hall y lo encontró sobre el mueble de la entrada donde lo había depositado sin prestarle atención cuando regresó a casa.

Lo cogió con cuidado y le pareció por un instante que le quemaba los dedos. Lo dejó caer al suelo y contempló la portada y el título. Su mente comenzó a girar a gran velocidad, los recuerdos y los pensamientos se le agolpaban hasta el punto de no llegar a entenderlos. Lo recogió rápidamente y corriendo se

situó frente a su pequeña librería. Buscó deprisa en ella mientras notaba sus pulsaciones agitarlo cada vez a mayor velocidad. Sus ojos recorrían uno a uno los libros que le habían acompañado y permanecían a la espera de que volviese a tomarlos y leerlos en algún momento. Comenzaba a costarle respirar cuando su mirada se posó sobre uno de ellos. Allí estaba. Lo sacó rápidamente y colocó los dos sobre el suelo. Los abrió por las páginas iniciales y confirmó lo que su mente ya había dado por hecho. Era la misma edición del año 1999. Misma portada y mismos caracteres.

—No significa nada —se gritó intentando con ello calmarse—, habrá muchos libros como este.

Pero algo le empujaba a no creer en su afirmación, buscó en su libro hasta que encontró una página marcada. Él no acostumbraba a subrayar nada, le parecía que era una intromisión en la obra de un autor que había estrujado su imaginación hasta hacer realidad esas líneas, pero sabía que ese libro contenía una frase marcada. La encontró y lo dejó abierto por esa página. Alcanzó temblando el libro que había traído de casa de Roberto mientras su mente le repetía las palabras de su esposa: «Nunca le vi leer un libro». Comenzó a marearse mientras pasaba las páginas en busca de la igual a su libro y se le secó la garganta. Lo cerró de golpe intentando contener las emociones que su cuerpo estaba experimentando, respiró profundamente y se tocó la sien mientras fijaba la vista en el punto más alejado que le permitía la estancia para conseguir que el mareo se diluyera brevemente.

Volvió sobre el libro de Roberto y continuó pasando las páginas. Intentaba contener la ansiedad que le producía llegar hasta la que él tenía marcada pero no pudo. La localizó y algo le desgarró desde el estómago hasta la garganta, quiso gritar con todas sus fuerzas pero el sonido no salió de él. Se levantó con furia y arrojó los dos libros contra la pared. Con el estrépito que



produjeron al caer al suelo Ginés comenzó a llorar de forma espasmódica, todo su cuerpo se agitaba al tiempo que las lágrimas se agolpaban por su rostro. La ira se apoderó de él y se dirigió hacia la librería, uno a uno fue rompiendo y estrellando todos sus libros contra las paredes del salón. Su mente quedó fija en las líneas subrayadas, sabía lo que eso significaba. Alguien estaba intentando hacerse dueño de sus recuerdos y romperlos en mil pedazos. Ya nunca significarían lo mismo.

## Capítulo 9

El tráfico de la mañana no le había permitido llegar puntual a la cita, dejó el coche en la segunda planta del aparcamiento de pago que existía en la plaza de Santa Ana y subió en el ascensor.

El frío no dejaba que la plaza mostrara su ajetreo diario de terrazas y turistas disfrutando del centro de la ciudad mientras los camareros hacían malabares por servir a tiempo todas las mesas.

Sonrió al pensar que siempre le había gustado ese lugar pero no frecuentar las terrazas ya convertidas en centro turístico con precios acordes a ello.

—Los centros de las grandes ciudades son para los turistas y no para sus habitantes —pensó mientras comenzaba a caminar en dirección al lugar donde había quedado y se colocaba el pañuelo que llevaba al cuello para cubrirse del frío.

Entró jadeando y con el pelo enmarañado por el viento. Se acercó a la barra y pidió un café caliente, su amiga aún no había llegado.

Se sentó en la mesa situada junto a una pequeña ventana que dejaba entrever la calle y despacio sacó la carpeta marrón que había traído consigo. Suspiró y volvió a releer el contenido de la misma mientras esperaba.

—Siento llegar tarde, señora Segura.

Irene alzó la cabeza y vio a un hombre que de pie comenzaba a desabotonarse la chaqueta.

—¿Y usted es?

—Discúlpeme, soy Alonso Silva. Me envía Elena a entregarle esto, a ella le ha surgido un imprevisto y no va a poder venir.

—¿Y no puede avisarme y llamar al móvil? —espetó enfadada Irene a

la vez que cogía el sobre marrón que le estaba tendiendo el joven—, ¿además qué clase de imprevisto si está de vacaciones obligatorias?

Alonso alzó los hombros en un gesto de incompreensión hacia la actitud de Elena y se sentó junto a Irene.

—Ya sabe cómo es, nunca estará de vacaciones.

—¿Y dónde está? Necesito hablar con ella.

—Podemos probar en su casa, si quiere la llevo. ¿Sabe qué contiene el sobre?

—No es necesario, aparqué cerca de aquí —dijo Irene levantándose y tendiendo la mano al hombre—, gracias por traerlo.

Salió a la calle y recordó que no había pagado la consumición pero no regresó. No le apetecía volver a ver al chico que le había enviado como mensajero Elena y mucho menos que le preguntaran por el contenido de la información que había solicitado a su amiga.

Sacó el móvil y marcó el número de Elena pero una locución le devolvió el mensaje de que el teléfono estaba apagado.

—¡Mierda, Elena! Enciende el móvil —dijo casi gritando mientras su enfado iba en aumento.

Llegó hasta el coche y dejó el sobre junto a su carpeta en el asiento del copiloto, la casa de su amiga no quedaba muy lejos de allí y decidió probar por si estuviera en ella.

El timbre sonó con fuerza e Irene esperó a que le abrieran, comenzaba a impacientarse y sacó de nuevo el móvil. En el momento en que iba a pulsar la tecla de llamada el ruido del mecanismo de apertura de la puerta le sobresaltó.

Subió hasta el segundo piso por las escaleras, estaba demasiado impaciente

para la espera que requería el ascensor y fue saltando de dos en dos los escalones hasta que llegó a la puerta que su amiga había dejado entreabierta.

Cruzó el umbral rápidamente y se dirigió hacia el salón esperando encontrar a Elena perdiendo el tiempo con algún juego de cartas para uno.

—Buenos días —escuchó tras de sí.

—Joder, Elena, ¿a qué coño juegas?

—Mis mejores deseos también para ti —le respondió irónica su amiga.

Irene tomó aire con un suspiro y se dirigió más calmada a Elena.

—¿Por qué me has enviado a ese chico?

—Porque no me apetecía salir de casa y él te lo entregaría sin hacer preguntas.

—Pues me preguntó por el contenido...

Elena hizo un gesto con la mano restándole importancia al comentario de Alonso y se dirigió hacia la cocina.

—¿Una copa?

—¿Vino a estas horas de la mañana?

—¿Y por qué no? ¿Cuándo harás lo que te apetezca, Irene?

La forense bajó la mirada incómoda con la pregunta de su amiga y la entregó uno de los sobres que llevaba en la mano.

—¿Estas son las descripciones?

Irene asintió y se sirvió un vaso de agua. Conocía a Elena desde el instituto cuando ella era una niña tímida que prefería pasar desapercibida. La mañana que iniciaba segundo curso Elena se sentó a su lado y aunque ella prefería estar sola los días de conversación dieron lugar a una profunda amistad.

Admiraba de su amiga la valentía y el carácter con que enfrentaba las situaciones que le desagradaban y la firmeza de sus decisiones. Algo que llegaba hasta el día de hoy cuando Elena había sido retirada de forma momentánea de su puesto de inspectora de homicidios producto de puntos de vista distintos con sus superiores en la última investigación.

Hoy ella era una respetada forense jefe y la imagen que había cultivado midiendo cada detalle era la de una persona seria e implacable, una imagen que se desvanecía en presencia de Elena, ella sabía que en su interior cada decisión que debía tomar estaba marcada por el desasosiego y las dudas, que cada uno de sus pasos eran vacilantes en su inseguridad.

—¿Admiras algo de mí? —le preguntó a Elena que con un gesto de sorpresa dejó de leer los papeles que le había entregado.

—No entiendo la pregunta, ¿qué quieres decir?

—No es nada —espetó Irene avergonzada—, ¿nos sentamos?

Ambas cogieron una silla y se dirigieron al ventanal que ocupaba el centro del salón. A Irene la entrada por él de los rayos de sol iluminando la estancia le parecía el mejor lugar de la casa y tenían la costumbre de sentarse cerca de él cuando tenían que trabajar o mantener una conversación.

Elena cerró sobre sus piernas el dossier que le había entregado su amiga y dejándose caer sobre el respaldo de la silla lanzó un gran suspiro al aire.

—¿Estás bien? —le preguntó Irene—, sé lo importante que es tu trabajo para ti y esta situación te estará desquiciando.

—Es solo dejar pasar el tiempo hasta que se calmen las cosas.

—Algo que tú no sabes hacer —dijo Irene con una carcajada.

Elena la miró sonriendo y bebió un sorbo de su copa de vino.

—No, no sé hacerlo, es una situación difícil. No tanto por el trabajo en sí como por el hecho de que sabes que estás en lo cierto y defenderlo no sirva de nada.

Irene la dejó un momento sumida en sus propios pensamientos antes de cambiar de tema.

—¿Qué te parece? —le preguntó dirigiendo la mirada al dossier.

—Es la descripción de la autopsia de dos cadáveres que al parecer tienen definida la causa de la muerte de manera concluyente. No sé muy bien qué buscas ni qué relación tiene con la información que me pediste.

—¿Te fijaste en la descripción de los tatuajes?

—Sí, es el mismo. Pero, Irene, en este país hay miles de personas tatuadas o pensando en hacerlo y continuamente se hacen los mismos dibujos. Salvo los que llevan el diseño de casa el resto son plantillas que los centros de tatuaje ofrecen a sus clientes.

La forense dirigió la mirada hacia el ventanal y la posó sobre el movimiento de las ramas de un árbol que se doblaban empujadas por el viento. La respuesta de Elena no había aplacado la incertidumbre que sentía cuando observaba aquellas fichas.

—Tú no viste los cadáveres, ¿verdad?

Irene negó con la cabeza sin dejar de mirar al exterior de la calle.

—Entonces, ¿cómo sabes que esos tatuajes eran idénticos?

Giró la mirada rápidamente hacia su amiga y Elena pudo ver cómo las dudas sobre lo que Irene consideraba algo probado se instalaban en la mente de su amiga.

—¿Quién es Ginés Martín?

Irene permanecía desconcertada ante las palabras de Elena, su amiga siempre conseguía ese efecto en ella. A lo largo de los años su argumento más sólido quedaba temblando con una sola frase de Elena y aunque se había acostumbrado al impacto que eso producía en ella esta vez una especie de enfado tiñó sus palabras.

—¿Por qué siempre me cuestionas?

—No es eso, Irene, solo intento comprender todos los puntos de vista. A veces los detalles más obvios son los que nuestra mente esconde, todos tendemos a buscar lo que consideramos se oculta ante nosotros y pasamos por alto lo que permanece visible. Y me pareció importante saber si habías dado por probado algo que solo está escrito y no has comprobado por ti misma.

—Está bien —dijo Elena contrariada—, creo que estoy cansada, igual todo esto no es más que una tontería sin importancia.

Se levantó y se dirigió hacia la cocina, recogió su bolso y metió el contenido de las fichas del anatómico y la documentación que le había entregado Alonso en un mismo sobre y se dirigió a la puerta.

—¿Por qué me has preguntado por Ginés Martín?

Irene alzó los hombros y dijo:

—Es uno de los trabajadores del departamento de tanatopraxia del anatómico...

—¿De qué?

—Son los encargados de dejar los cadáveres lo más correctos posible, los maquillan y cubren las posibles heridas externas, hacen un gran

trabajo en muchos de los casos —dijo Irene—, me preguntó por unos expedientes y lo dejé solo en el despacho.

—¿Y buscó los de estas dos personas?

Irene afirmó con la cabeza mientras se ponía el abrigo y se dirigió a la puerta.

—¿Sabes qué admiro de ti? —escuchó de su amiga sin volverse hacia ella—, tu orden en los mínimos detalles, siempre sabes qué se ha movido ligeramente entre tus cosas —dijo con una carcajada—, pero sobre todo tu tenacidad.

La forense jefe sonrió y cerró la puerta tras de sí.

## Capítulo 10

La música resonaba contundente contra las paredes, cada nota grave quedaba amplificadas en la pequeña habitación a causa del elevado volumen que Ginés había imprimido al Réquiem de Mozart. Durante años esta pieza había



conseguido hacerlo sentir y vibrar, cada poro de su piel absorbía la melodía y lo transportaba a un lugar mejor. Le relajaba y dejaba que la música fluyera por él con solo escuchar las primeras notas.

Esa tarde su mente permanecía bloqueada. Se había sentado en el suelo con la espalda apoyada sobre la pared y el rostro entre sus rodillas y había permanecido durante horas en esa posición escuchando una y otra vez la composición musical.

La música paró y un ensordecedor silencio se hizo presente en la estancia, Ginés alzó la cabeza y fijó la mirada en la pared que tenía frente a él e intentó levantarse para volver a pulsar el *play* en el aparato reproductor pero no pudo. Su cuerpo estaba entumecido a causa del tiempo pasado en la misma postura y las piernas le dolían considerablemente. Se tumbó sobre el suelo mientras su rostro expresaba el daño que le producía la vuelta a la actividad de sus extremidades y comprendió que por muy alta que estuviese la música ni siquiera la genialidad del mito austriaco haría que no escuchase sus propios pensamientos.

Se levantó con gran esfuerzo y respiró profundamente mientras intentaba volver a tomar conciencia del lugar en el que se encontraba y de su propia realidad. El mareo hizo que necesitara apoyarse un instante sobre la mesa y fue arrastrando los pies sin dejar de palpar la pared que le servía de elemento estabilizador hasta llegar a la cocina. Se preparó una tila y se sintió muy cansado cuando el líquido caliente se deslizó dentro de su garganta.

Miró a su alrededor y pensó en Susana. La tristeza le sobrevino y la sintió contundente en el estómago pero sus ojos ya no derramaban lágrimas, los sentía secos como si todo lo que debieran verter ya lo hubiesen hecho en las horas precedentes. Se los frotó con ambas manos y notó un ligero escozor que hizo que se apoyara sobre el fregadero y se lavara la cara con agua. El frío le

despejó momentáneamente la congestión mental y regresó al salón sintiendo el calor que desprendía la taza.

Se sentó de nuevo en el suelo en el punto exacto donde había pasado las últimas horas intentando refugiarse del mundo y se apoyó en la pared bebiendo un pequeño sorbo. Con su mano derecha comenzó a palpar a su alrededor sin desviar la mirada hacia el lugar que sus dedos tocaban, sabía que lo encontraría cerca de él, a pesar del dolor que le produjo no había podido enviarlo lo más lejos que le hubiese sido posible de sí mismo. Algo le empujaba a seguir buscándolo hasta que lo rozó con uno de sus dedos. Se quedó paralizado, cerró los ojos en un esfuerzo por contener la ira que de nuevo se iba apoderando de su pecho y lo cogió.

—Respira —se dijo a sí mismo—, un simple papel no debe vencerte.

Lo tuvo en la mano durante unos minutos sintiendo cómo la bola arrugada en la que había convertido el folio se clavaba en la palma de su mano, apretaba con fuerza las líneas que allí estaban escritas como si al hacerlo liberase mínimamente la ansiedad que le producían.

Lo desdobló despacio mientras su mente le repetía cada una de las palabras que allí estaban impresas y lo colocó en el suelo frente a él. Miró al papel y sin saber si estaba leyendo o repitiendo desde su memoria se permitió escucharlo en voz alta:

“Querido Ginés:

He disfrutado de tu respuesta, aunque he de decir que esperaba un poco más de ti, sé que esa sola cuestión que planteas lleva implícita muchas otras, preguntas que brotan en tu mente y para las que en estos momentos no hallas

respuesta.

Eso no es importante, es la conjetura la que nos permite avanzar, sea la que fuere, y tú te has puesto en el camino correcto.

Me satisface ver que has aceptado mi desafío, probablemente tú niegues al leer esta frase pero lo cierto es que escribiste y eso era lo único que te pedía para aceptarlo. A partir de este momento no tienes posibilidad de retroceder.

De todos modos, retroceder en la vida nunca es una opción. Susana lo sabía.

Anímate, te necesitan lúcido.

Con afecto.

Infinito”.

Ginés fijó la mirada en el papel y apretó los dientes, había una frase que se le había escapado en todas estas horas desde que había recibido el correo electrónico.

—¿Quién me necesita lúcido? —gritó desesperadamente mientras se incorporaba.

La frase estaba escrita en plural y comprendió que Infinito no se estaba refiriendo a sí mismo, no era su locura quien le necesitaba.

—¡Habrán más muertes! —se dijo mientras un escalofrío lo hizo temblar —, y quiere que los ayude.

Ginés se dirigió rápidamente al ordenador sin prestar atención a las punzadas de dolor que experimentaba su cuerpo. Se sentó frente a la pantalla y abrió el email. Pulsó responder y se dejó caer sobre el asiento un momento cerrando los ojos. Respiró profundamente e hizo un esfuerzo por dejar las emociones que experimentaba a un lado y que su mente se centrara en los hechos objetivos que se había encontrado en los dos últimos días.

Situó sus dedos sobre el teclado y acarició las teclas cuidadosamente mientras pensaba cómo iniciar el email de respuesta. Se levantó y buscó entre los libros que había lanzado contra el suelo el ejemplar que había compartido con Susana y hacia el que ya no le quedaba ninguna duda le había llevado Infinito a través del libro de Roberto.

Lo situó junto al ordenador y cuidadosamente lo abrió por la página señalada.

La rabia comenzó a volver a su pecho e introdujo varias veces aire en sus pulmones para controlarla, esta vez no permitiría que las emociones lo embargasen y no le dejarasen razonar.

Volvió sobre el teclado y escribió:

“Buenas noches, Infinito:

Me has hecho comprender que nadie es dueño de sus recuerdos, parecen inamovibles, vivencias de un pasado que permanece inalterable en la memoria, hechos que se quedan grabados en la mente y el corazón de una persona.

Tu presencia ha conseguido que me diera cuenta de cuán errado estaba. Un hecho en el presente puede desvirtuar un recuerdo de hace diez años, puede adulterarlo y modificarlo para siempre. Romperse en mil pedazos y dejar de pertenecer a las personas que lo vivieron.

Pero conseguir algo así solo está al alcance de algunas mentes poderosas, de mentes sublimes que son capaces de adentrarse en la psique del ser humano y analizar sus conceptos y sus esquemas para desdibujarlos. Para algo así debe de entenderse muy bien la complejidad humana.

Asumo que por un momento lo hayas logrado conmigo, no sabía a lo que me estaba enfrentando pero recuperada mi estabilidad emocional recompondré

mi recuerdo y la esencia del momento que como bien sabes es importante para mí y no estarás en él.

Y con ello, me surge una duda respecto de tu capacidad: ¿por qué crees que todo esto no me dará igual?

No puedes arrebatarme nada, la muerte ya lo hizo y los recuerdos vuelven a ser únicamente míos.

Con una repulsión profunda.

Ginés”.

Pulsó en enviar y se levantó a por un vaso de agua. Bebió despacio, sintiendo el frío en la boca y sus labios marcaron una ligera sonrisa. Regresó al salón y comenzó a recoger todos sus libros, los colocó de nuevo en la estantería siguiendo el orden que había establecido por importancia y por un momento sintió que su vida volvía a estar en calma. Se dejó caer sobre el sofá sintiendo cómo la tranquilidad regresaba a su cuerpo, cómo fluía y dejaba atrás todo el nerviosismo ansioso de las últimas horas, cómo su mente se relajaba y aparecía con ello un ligero dolor en su mandíbula producto de la tensión acumulada.

Se acomodó y cerró los ojos pensando en dormir durante un espacio largo de tiempo, necesitaba descansar y que el amanecer del día siguiente borrara todo lo sucedido. Pensó en su trabajo y decidió que se tomaría un día libre más y regresaría antes de completar sus vacaciones.

Abrió los ojos en el momento que el sonido llegó hasta él, el pecho volvió a sacudirlo y se levantó rápidamente. Llegó hasta el ordenador que había dejado encendido y pulsó en abrir el correo electrónico sin pensarlo demasiado.

“Querido Ginés:

Por fin has demostrado que no me equivocaba, que tu capacidad está a la altura de la mía.

El hartazgo me ha llevado hasta ti, sentir que todo es sencillo a la larga es aburrido, es tan fácil manipular a la gente que no es capaz de vislumbrar nada más en su pensamiento plano...

En ti está la rivalidad intelectual, el reto que hace de este camino algo emocionante. Dicen que dos mentes brillantes trabajando al unísono pueden lograr lo que parecía impensable. Yo no estoy de acuerdo, solo el enfrentamiento de esas dos mentes pueden dar lugar a la superación de sí mismas.

La respuesta a tu pregunta es sencilla, la bondad inherente al ser humano está en ti, yo la perdí hace mucho tiempo.

El tablero se ha puesto en marcha.

Infinito”.

## **Capítulo 11**

La débil claridad del amanecer le rozó la cara y alzó la mirada hacia el horizonte que le dejaban vislumbrar los edificios. El color rojizo le trajo una sensación reconfortante que no supo identificar. Se abrochó la chaqueta, metió las manos en los bolsillos y se encogió sobre sí mismo.

Comenzaba a temblar por el frío y tenía los dedos de las manos dormidos. Se los apretó uno por uno para aliviar la sensación de hormigueo que le producían y decidió caminar durante unos minutos para entrar en calor con el movimiento. Había perdido la noción del tiempo, no sabía las horas que

llevaba sentado en aquel banco aunque entendió que por el inicio de actividad de la ciudad deberían ser alrededor de las seis de la mañana.

Después de leer la respuesta de Infinito a su email la sensación de agonía le asfixió hasta el punto de comenzar a costarle respirar y sentir cómo sus pulmones no respondían a sus continuas bocanadas de aire y corrió hacia el exterior.

El viento y el frío le permitieron calmarse y caminó sin rumbo durante horas mientras su mente le repetía palabra por palabra todo lo escrito por aquella presencia que se había instalado en su vida sin saber cómo ni de dónde procedía.

A unos metros Ginés vio cómo un hombre levantaba el cierre metálico de uno de los bares de la calle y esperó en la distancia el tiempo prudencial que consideró necesitaba el camarero para poner en marcha el bar un nuevo día. Imaginó el ritual de encender la cafetera, colocar las mesas y las sillas y situarse detrás de la barra a la espera del primer cliente de la incipiente mañana.

—Un café con leche, por favor.

Ginés observó al hombre moverse con paso cansado, parecía que le pesaban las extremidades y mostraba unas ojeras considerables que surcaban desde los ojos hasta llegar a sus mejillas.

—¿Cómo quiere la leche?

Ginés respondió a la voz quebradiza del hombre y sintió que no solo para él la noche había sido aciaga.

Cogió la taza caliente y se dirigió hacia una de las mesas. Desde allí volvió a lanzar una mirada fugaz al camarero, este se había sumido en la colocación rutinaria de platos y tazas a lo largo de toda la barra y sonrió al pensar que la

mente del hombre ese día no estaba en su lugar de trabajo.

Dio un sorbo al café y decidió dejarlo sobre la mesa de nuevo para que se enfriara un poco. Cogió una de las servilletas con el membrete del bar y leyó la dirección, se sorprendió al reconocer la calle y sentir que estaba lejos de su casa. Intentó pensar en los pasos que había dado esa noche sin importarle el lugar al que dirigirse pero no pudo recordarlo.

—Es curiosa la mente humana, te permite caminar controlando cada movimiento y sin ningún incidente mientras estás sumido en tus propios pensamientos y sin ser consciente de los pasos que das. Algo parecido al piloto automático de los aviones —pensó mientras rompía en una carcajada y se levantaba dirigiéndose al camarero.

—¿Me pone una copa de anís?

El camarero se dirigió a la estantería donde acumulaba las botellas sin prestar atención a Ginés. Sabía que no le estaba escuchando pero aún así volvió a dirigirse a él.

—Sabe que somos muy parecidos a los aviones, más bien diría que compartimos algo esencial con ellos. Son los más humanos de todas las máquinas inventadas por el hombre.

Ginés observó cómo su interlocutor no le estaba escuchando, continuaba sin levantar la mirada de la copa que le estaba sirviendo pero continuó con la conversación.

—Es como usted. Su cuerpo es como los pilotos, le permite poner copas y servir cafés con eficiencia. Moverse e incluso conversar con los clientes en una especie de piloto automático humano mientras su mente está en otro lugar, pensando en momentos muy alejados de este bar.

El hombre lo miró fijamente mientras le ofrecía el anís que había pedido y le



hizo una mueca de resignación.

—¿Tiene unas páginas amarillas o algo similar?

—Yo se lo llevo a la mesa —le respondió.

Ginés se sentó de nuevo, vertió un poco de anís en el café y lo removió hasta que le pareció que se había mezclado lo suficiente. Cogió la taza y se lo bebió de un trago, el sabor a alcohol le dio náuseas y se esforzó para que fuera imperceptible al hombre que se dirigía hacia su mesa.

—Son de hace cuatro años, no sé si le servirá. Con internet ya nadie utiliza esto.

Lo dejó sobre la mesa y Ginés vio cómo regresaba a la barra arrastrando de nuevo los pies. Abrió la guía y comenzó a buscar rápidamente entre sus hojas, deslizó su dedo por la página y sacó su teléfono móvil para marcar el número que aparecía inscrito bajo el epígrafe de servicios informáticos.

El teléfono comenzó a emitir el sonido de llamada pero nadie respondió. Marcó el siguiente que aparecía en la lista y esperó.

—Informática Express, dígame.

—Buenos días —dijo Ginés con tono serio—, les querría hacer una consulta.

—¿De qué se trata?

Le llevó unos minutos explicarle a la chica que había al otro lado de la línea sus dudas.

—Eso es sencillo, señor, si le mandan correos electrónicos a sí mismo y no es usted es que alguien tiene sus contraseñas y accede a su cuenta. Por eso aparece de su nombre para su nombre.

—De Ginés Martín para Ginés Martín —pensó mientras le daba las gracias a

la chica por su amabilidad.

Colgó el teléfono y lo dejó sobre la mesa. Tuvo que respirar varias veces para tranquilizarse un poco mientras le invadía un sentimiento de inseguridad. Intentó recordar cuál era su contraseña de acceso al correo electrónico y si la había modificado en algún momento mientras se repetía una y otra vez: «¿Cómo puede saberlo?».

El móvil comenzó a vibrar sobre la mesa y tardó unos segundos en reaccionar y alcanzarlo. Silenció la llamada e intentó calmarse antes de coger el teléfono.

—Señor —Ginés reconoció la voz de la chica con la que había conversado unos minutos antes—, me he quedado pensando sobre su consulta. Solo quería decirle que lo que me ha planteado es un delito y que si lo desea puede denunciarlo a la policía.

—Muchas gracias por informarme, iré ahora mismo —respondió negando con la cabeza instintivamente.

Colgó de nuevo, se llevó las dos manos a la cara apoyando los codos sobre la mesa, se masajeó la sien y apretó fuertemente los ojos.

—¿Y de esto qué opina? —escuchó decir al camarero que se había situado a su lado—, ¿esto es una mente humana?

Cogió el periódico que le mostraba el hombre y el estómago se le encogió.

—Tengo que irme —dijo en voz alta dirigiéndose a sí mismo—, tengo que irme.

—¿Está bien?

—¿Puedo llevarme el periódico?

El camarero afirmó con la cabeza entrecerrando los ojos, miró hacia el

diario que le había entregado y pudo ver cómo las líneas se iban volviendo borrosas, el sudor que desprendían las manos de Ginés habían comenzado a desvirtuar las noticias que en él aparecían convirtiéndolas en una gran mancha negra.

## Capítulo 12

La llegada del cuerpo se retrasaba unos minutos e Irene esperaba impaciente en las puertas del anatómico forense. Le habían telefoneado cuarenta minutos antes, recibió la noticia con desagrado y se vistió con lo primero que encontró en el armario.

—Le he traído café.

—Gracias —le dijo a su ayudante cogiendo el vaso de plástico que le ofrecía.

Ambos fijaron la mirada en el horizonte, en la sinuosa carretera por la que debía llegar el cadáver directamente desde el lugar donde lo habían encontrado tras el levantamiento del cuerpo formulado por el juez de guardia.

—¿Cree que será tan impactante como nos han contado?

Irene no respondió, se encendió un cigarro y aspiró pausadamente el humo hacia sus pulmones.

—Me preocupa más por qué ha salido ya publicado en la prensa, tendremos esto lleno de periodistas en un rato. Ve dentro y dile a María que se ocupe de que nadie filtre información de este caso.

Esperó a que su joven ayudante estuviese dentro del edificio y marcó el número de Elena.

—¿Lo has leído?

—Acabo de hacerlo, tal vez tengas razón en esto.

Colgó el teléfono sin dar lugar a Elena a seguir con la conversación, ya había escuchado la frase que esperaba y sabía que su amiga no obviaría un caso de estas características.

El motor del vehículo hizo que Irene fijase de nuevo la mirada en la carretera, lo vio deslizarse despacio por el asfalto marcando pausadamente los semicírculos de las curvas. Lo siguió con la mirada hasta que el motor se detuvo frente a ella y vio salir a un hombre con una carpeta roja en la mano.

—Buenos días, doctora.

—Hola, Damián, ¿está todo aquí? —preguntó cogiendo la documentación que le tendía el hombre.

—Sí, voy a llevar el cadáver dentro del edificio.

Irene asintió con la cabeza y permaneció inmóvil observando el viento entremezclarse con las ramas de los árboles que cubrían el camino de acceso al anatómico y respiró suavemente intentando aliviar la tensión que comenzaba a acumularse en sus manos.

—¿Doctora? —escuchó tras de sí—, tiene una llamada del inspector

Almagro.

Caminó despacio hasta su despacho, Javier Almagro era una persona impaciente e Irene pensó que estaría paseando por su despacho de pared a pared mientras esperaba que ella se pusiese al teléfono. Sonrió al imaginar la escena y de ese modo desestabilizar momentáneamente al inspector. Había ocupado el cargo tras la retirada de Elena y la lealtad hacia su amiga no le permitía tener una buena opinión del pequeño hombre que se hacía llamar J.A.

—Buenos días, inspector —dijo sin poder obviar el tono irónico de sus palabras.

—¿Llegó el cuerpo de la chica?

—¿El saludo de cortesía va implícito en la pregunta, J.A.? —dijo sonriendo—, hace cinco minutos que lo tenemos en el edificio.

—Quiero que se ocupe personalmente de este cuerpo, no lo deje en manos de ningún otro forense.

—Le mandaré los resultados de la autopsia en cuanto me sea posible —dijo colgando el teléfono.

Se frotó los ojos y bebió un poco de agua. Tenía la garganta seca, por su experiencia Irene Segura sabía que casos como este no eran fáciles de digerir ni de dirigir. El teléfono volvió a sonar.

—¿Sí?

—Todo listo, doctora.

Elena había calculado el tiempo que a su amiga le costaría realizar la autopsia, desde la llamada de Irene el tiempo había pasado muy despacio. Releyó en varias ocasiones la versión del periodista que contaba el suceso desde las líneas del matinal y decidió que debía hablar con él.

En la redacción del periódico le informaron que Daniel tenía el día libre.

—Supongo que estará impactado con la imagen —pensó mientras colgaba el teléfono.

Identificarse como inspectora en la línea telefónica hacía que aún apartada del cuerpo de policía le facilitase la información que solicitaba. Elena era consciente de que le costaría algo más que una reprimenda del que había sido su jefe si actos como este llegaban a sus oídos pero en este periodo de su vida las consecuencias le daban igual.

Marcó el número que le habían facilitado en el rotativo y la voz dormida de un hombre apareció al otro lado.

—¿Daniel Hacienda?

—¿Quién es? —respondieron tras unos segundos.

—Soy Elena Márquez, inspectora de policía. Me gustaría poder hacerle unas preguntas sobre el suceso de ayer.

—¿Otra vez la policía? —preguntó molesto—, ya les conté todo.

—Lamento molestarle de nuevo —mintió Elena—, serán solo unos minutos.

—Usted dirá...

—¿Cómo es posible que se publicase tan rápido la noticia?

Daniel suspiró profundamente, estaba cansado de contar una y otra vez la historia. La policía, el periódico, sus amigos, todos querían saber los detalles de la noche pasada pero ninguno de ellos le preguntó una sola vez si se encontraba bien. Se incorporó sobre la cama y se dispuso a responder mecánicamente de nuevo.

—Llamé al periódico y les conté lo que estaba viendo. El director

decidió parar la impresión hasta que llegara mi artículo. Llamé a la policía y me senté en el ordenador a escribir el texto.

—¿Hizo usted alguna fotografía más de la publicada?

—No, con una era suficiente.

—Disculpe, Daniel, pero en la transcripción de su declaración que me ha pasado mi compañero no es demasiado legible la hora a la que encontró el cuerpo...

—Eran poco más de las diez de la noche —le interrumpió con voz cansada—, llegaba a casa después del trabajo y aparqué la moto como todos los días en mi plaza de garaje. Al ir hacia el ascensor vi a la chica.

Elena escuchó un sollozo al otro lado del teléfono y decidió no continuar con la conversación. El resto de la historia se la podría contar Irene y los resultados de la autopsia.

—Gracias, Daniel, por atender mi llamada. Descanse un poco.

El periodista colgó el teléfono sin despedirse.

—No es fácil aceptar la muerte violenta, le llevará un tiempo interiorizar la visión y dormir pausadamente —pensó mientras se ponía la chaqueta y salía de casa en dirección al anatómico.

Aparcó y bajó del coche despacio. El silencio del lugar siempre le había transmitido un desasosiego que no lograba entender, se encendió un cigarro y se apoyó en el coche. Miró el reloj y comprobó que desde la llamada de Irene había pasado una hora y media.

Fumó con calma intentando de ese modo contradecir a su cuerpo que comenzaba a recorrer de forma nerviosa cada poro de su piel. Elena

reconoció en ello la sensación de la adrenalina atravesándola, esa sensación que experimentaba en cada inicio de resolución de un caso. La representación de lo desconocido y el abismo por el que caminar hasta finalizar la investigación.

Aplastó la colilla con fuerza y se dirigió hacia la puerta. Entró nerviosa, llevaba inactiva demasiado tiempo y las emociones se le entremezclaban.

—Buenos días, María, ¿sabes si Irene ya está en su despacho?

—Creo que no, pero puedes esperarla allí.

Apretó el botón del ascensor y aspiró con fuerza el aire del lugar. Era un gesto instintivo que realizaba siempre que se encontraba allí, el característico olor del anatómico le reforzaba en su condición de continuar hasta el final en el proceso de esclarecer un crimen.

Salió del ascensor y vio a Irene con dos vasos de plástico en la mano.

—Tú café, sabía que no tardarías en llegar.

—Y yo sabía que me esperabas —contestó Elena con una sonrisa—, ¿cómo fue?

—Vamos a mi despacho.

Irene cerró la puerta tras de sí y se dispuso a teclear en el ordenador.

—¿No me vas a contar nada?

—Antes tengo que enviar el informe preliminar a J.A. —dijo sin mirar a su amiga imaginando el gesto de amargura que desprendería su rostro.

Elena se dejó caer sobre el respaldo de la silla y dio un sorbo al café mientras veía a Irene coger el teléfono y marcar una extensión.

—María, llama a Ginés. Sé que está de vacaciones pero quiero que se



haga cargo de la recomposición de este cuerpo, sin excusas.

—¿Apareció el símbolo en el cuerpo de la chica? —preguntó Elena.

Irene afirmó con la cabeza.

—Dibujado con su propia sangre en el ombligo.

### Capítulo 13

“Estoy esperando la confirmación de que lo has visto, de que lo has sentido, de tu inesperada, pero no por ello menos importante, inestabilidad mental. Tengo el periódico en mis manos, fue una suerte que ese chico lo encontrara tan pronto..., o tal vez no.

¿Crees en la suerte?

Permanece atento a los detalles, la luminosidad de la imagen general hará que se queden en lo superfluo, les enmascarará lo verdaderamente importante. Son así, el ser humano se queda en la brillante superficie, en los destellos vacíos de contenido que les deslumbran. Siempre dan más importancia al envoltorio que a lo que permanece envuelto.

Reconocerás el tablero.

Un abrazo.

Infinito”.

Ginés escuchó la melodía de llamada de su teléfono pero lo dejó sonar sin prestarle atención. Releyó de nuevo el email y corrió al baño, se metió en la ducha y dejó que el agua le fuese empapando la ropa. Caía sobre su sien con

fuerza y se limitó a sentir el agua fría recorriendo su cuerpo mientras intentaba recuperar la armonía al respirar. Se dejó caer sobre la porcelana blanca y se frotó con fuerza la cara mientras su garganta intentaba vocalizar al aire un no. Ginés Martín nunca había creído en la suerte, Susana intentó convencerle sin éxito en multitud de ocasiones de que el componente incomprensible del factor sorpresa convivía con los hechos medidos en la vida de una persona. Él siempre reía y respondía que la suerte no tenía cabida salvo en los sorteos aleatorios y estos eran un elemento trivial que no propiciaba el desarrollo de una persona.

—¡Sabe que no creo en ella, lo sabe! —se repetía una y otra vez a sí mismo.

En ese momento Ginés se levantó, la expresión de su rostro mostraba la firmeza de haber encontrado un hecho en sus pensamientos. Cerró el agua de la ducha, se quitó la ropa despacio y se secó. Miró fijamente a su imagen a través del espejo y dirigiéndose a un espectador improbable le dijo:

—Sabes que yo no creo en la suerte y con ello yo sé que tú tampoco. La composición de la escena estaba medida, calculada al minuto para que ese chico encontrara el cuerpo. Para que apareciera pronto en las páginas de sucesos del periódico, conocías los horarios y las rutinas de ese pobre hombre al que has marcado para siempre con una visión aterradora.

El teléfono volvió a sonar sobre la mesa del salón. Ginés fue hacia él y respondió a la llamada.

—Ginés, soy María. La doctora Segura necesita que te incorpores esta tarde al trabajo.

—Estoy de vacaciones.

—Lo sé, pero es una indicación directa de ella. Quiere que te ocupes tú del cuerpo de la mujer del periódico.

Ginés necesitó apoyarse sobre el mueble para digerir la frase que acababa de transmitirle la chica de los recados de Irene. Tragó con fuerza y alcanzó a balbucear que iría en unos minutos.

Dejó el teléfono de nuevo sobre la mesa y miró extrañado desde la distancia a la pantalla del ordenador.

—También mediste esto —afirmó—, pero ¿cómo podías saber que la forense jefe querría que me hiciera cargo de este cadáver?

La pregunta flotó en la habitación mientras Ginés intentaba ordenar sus pensamientos. Su mente permanecía parada en la imagen de Irene sin conseguir dar una respuesta a su propio interrogante. Sintió el frío en el cuerpo, miró hacia la ventana y le pareció que iba a llover de nuevo. Se vistió y salió de casa.

El taxi le dejó a unos metros del edificio y vio cómo María iba a su encuentro antes de que él llegara a la entrada.

—No digas nada a los periodistas que están en la puerta —le susurró mientras caminaban—, Irene ha pedido expresamente que no se les de ninguna información de esta chica.

Continuaron caminando en silencio y mientras se aproximaban a la puerta de entrada al anatómico Ginés vio a dos hombres y una mujer que con rostros cansados se abalanzaban sobre él con multitud de preguntas. Agachó la cabeza y miró al suelo incómodo por la situación que se estaba desarrollando. Al entrar se giró hacia la puerta y a través de ella pudo ver cómo los tres se habían vuelto a sentar con sus mochilas y sus cámaras fotográficas a la espera de que otra persona pasara por allí.

—Solo les interesa el envoltorio —recordó la frase y sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo.

—Aquí tienes el expediente.

Ginés se volvió hacia María y recogió la carpeta que le estaba ofreciendo.

—¿Estás bien? —preguntó María al ver que las manos le habían comenzado a temblar.

—Sí, son los calambres habituales —mintió.

—¿Sabes? Encontraron un símbolo dibujado con su propia sangre en el ombligo de esa chica.

—¿Cómo?

María lo miró extrañada, era la primera vez que veía una expresión distinta al desánimo reflejada en el rostro de Ginés.

—¿Seguro que estás bien?

Comenzó a andar sin prestar atención a las interpelaciones de la mujer que con un gesto de desagrado giró sobre sí misma y desapareció por el pasillo contiguo.

Llegó al vestidor y cerró la puerta tras de sí. Se apoyó en ella y necesitó respirar varias veces para calmar el sudor que le recorría la espalda, el símbolo de infinito se abría paso en su mente que ya había conformado la imagen del ombligo bañado en sangre de la chica. Abrió el expediente y leyó el nombre que aparecía en él.

—Jimena Sastre, 29 años. Muerte violenta por arma de fuego.

Los ojos se le empañaron y tuvo que retirar la mirada del papel que con gran esfuerzo lograba mantener en la mano.

—Señor Martín, necesito que salga lo antes posible.

La voz de Irene envolvió la pequeña estancia donde se encontraba, el aire

parecía no llegarle al pecho y necesitó dar una gran bocanada que oxigenase sus pulmones mientras las palabras de la forense resonaban en sus oídos. Volvió a insertar su mirada sobre el documento y leyó rápidamente las hojas numeradas que constaban en él antes de abrir la puerta.

—Lamento incomodarle, Ginés, pero es preciso que me devuelva el expediente.

El tono autoritario de Irene le devolvió mentalmente al lugar donde se encontraba. La familiaridad de las paredes blancas y el característico olor que desprendían le devolvieron la seguridad en sí mismo.

—¿No podré trabajar sobre él?

—Estoy segura de que hará un gran trabajo aún sin encontrar los datos asociados a la documentación forense.

Ginés intentó dar respuesta a la afirmación de Irene pero no encontró las palabras adecuadas, se quedó de pie apoyado sobre la pared del pasillo observando a la mujer recorrer los metros que le separaban del ascensor, la vio pulsar el botón de subida y girarse de nuevo hacia él. Durante un instante sus miradas se cruzaron y la dureza del rostro de Irene hizo que temblara brevemente.

En el mismo instante que la puerta del ascensor cerró con Irene dentro, Ginés comenzó a correr hacia su sala de trabajo, sentía palpitar su pecho a una velocidad tal que sus piernas no podían detenerse. Bajó las escaleras hasta el sótano saltando de dos en dos los escalones y notó un ligero dolor en los tobillos al que no prestó atención. Su mente permanecía fija en la puerta blanca de acceso a la sala. Llegó hasta ella y frenó en seco. Se llevó la mano al lado izquierdo de su pecho y apretó con fuerza, necesitaba calmar su ansiedad, hacer que su corazón se ralentizara un instante antes de entrar. Las manos le sudaban y las deslizó por el pantalón para secarse a la vez que

respiraba con fuerza y llenaba sus pulmones.

Se acercó al pomo despacio, sabía que el cuerpo de la chica permanecía inerte en el interior tumbado sobre el frío de la mesa de acero.

—¿Cómo se llamaba? —se dijo a sí mismo.

El efecto de la presencia de Irene había hecho que olvidara los datos que figuraban en el expediente del cadáver antes de entregárselo. Cerró los ojos e hizo un esfuerzo por concentrarse y regresar al momento de la lectura del documento.

—¡Jimena! —se dijo exaltándose al tiempo que recordaba el nombre.

Entró despacio y el frío de la habitación le reconfortó. Se encontraba en su lugar, en ese espacio privado de su vida donde estaba consigo mismo alejado del mundo y se sintió seguro para avanzar hacia el cadáver que aún no era perceptible a sus ojos por la oscuridad en la que la habitación estaba sumida.

Pulsó el interruptor y avanzó hacia ella. Pudo ver cómo su pelo azabache se deslizaba de la mesa y la sábana envolvía su cuerpo perfectamente colocada sin dejar descubrir sus pies.

—Reconocerás el tablero. —La frase le sobrevino mientras se acercaba a ella. Un ligero temblor apareció en sus manos y apretó los puños con fuerza sin desviar la mirada del cuerpo de la chica.

Llegó hasta ella y notó una presencia detrás de él. Se giró rápidamente pero no alcanzó a ver nada más que una sombra proyectada en la pared del pasillo. Corrió de nuevo hacia la puerta pero no alcanzó a ver a nadie. La cerró con fuerza y se apoyó en sus rodillas un momento para calmarse.

—Quizás tu mente te juega malas pasadas, Ginés, y no era nada.

Regresó hacia el cuerpo de la chica y pudo ver su rostro, los ojos cerrados y

los labios formando una ligera sonrisa. Reconoció la escena, la tranquilidad de ese rostro era la misma que había visto en Roberto y Lucía. Salvo que esta vez era distinto. Deslizó la sábana y pudo ver la herida de disparo en el pecho que quedaba marcada por debajo de los cortes practicados por Irene en la autopsia.

—Esta vez te quitaron la vida... ¿por qué desprendes sosiego?

Algo que no podía controlar en su interior iba tomando fuerza, se sentía molesto, enfadado con aquellos cadáveres que permanecían serenos ante su propia muerte.

—Puedo entender la calma de la decisión propia, pero ¿de qué manera puedes aparecer tranquila cuando otro te quita la vida? —le gritó.

La rabia se iba apoderando de él, sus pensamientos le mostraban cada frase escrita por Infinito en los emails, cada palabra acuchillándole la garganta mientras el pecho se le llenaba de ira.

—¡No tiene ningún sentido! —chilló—, ¡tú eres la víctima, no puedes aparecer sin un gesto de contrariedad!

Cogió la sábana con fuerza y la tiró contra el suelo dejando el cuerpo inerte al descubierto. Ginés se quedó paralizado, la garganta se le secó y apretó con fuerza la mandíbula. Allí estaba, la persona que desestabilizaba sus días tomaba forma a través del símbolo que expresaba su nombre en el cadáver de una chica. Dibujado en sangre sobre el ombligo de Jimena.

Quiso gritar pero no pudo, la ira había desaparecido y algo le encogía el estómago. Se llevó las manos a la cara y las deslizó por sus mejillas intentando recuperar un espacio de tranquilidad.

—Sobre el ombligo —se dijo negando con la cabeza—, no podía ser de otro modo.



Suspiró y se alejó del cuerpo unos metros. Abrió el grifo y metió la cabeza bajo el agua fría que expulsaba con fuerza. Necesitaba recuperar la claridad de su mente para entender qué estaba ocurriendo y por qué le estaba ocurriendo a él. Se giró de nuevo hacia la chica y le pareció ver algo en su mano izquierda. Regresó sobre el cuerpo frunciendo el ceño sin desviar la mirada de la mano que había caído inerte de la camilla y permanecía extendida hacia el suelo.

Un dolor agudo le sobrevino atravesándole el pecho, intentó permanecer en pie mientras todas sus extremidades temblaban. Recorrió con su mirada la otra mano de la chica y después llegó hasta sus pies.

Allí estaba, marcado sobre la piel inerte. Necesitó retirarse y se sentó en el suelo apoyado sobre la pared. Comenzó a llorar descontroladamente, su cuerpo mostraba el espasmo de las lágrimas. Levantó la mirada hacia los pies de la chica y pudo ver cada punto dibujado en ellos.

—El tablero.

## Capítulo 14

La lluvia golpeaba con fuerza contra el cristal del autobús y los limpiaparabrisas se esforzaban por retirarla y permitir que el conductor pudiera tener alguna visibilidad.

Ginés miró el luminoso que marcaba la siguiente parada y escuchó la locución que avisaba a los usuarios de la misma. No sabía la línea a la que había subido, llegó corriendo a la primera parada que encontró en su camino tras huir del anatómico y subió al autobús que en ese momento se encontraba allí.

Miró el reloj del panel luminoso, eran las ocho de la tarde. Necesitó concentrarse para saber que era sábado y comprendió por qué había tantas personas desplazándose de un lugar a otro.

—Una tarde de ocio —se dijo mientras regresaba sobre la ventana a contemplar la oscuridad envolvente de la noche.

Se apoyó sobre el asiento pegando su cabeza al cristal y vio el reflejo de su rostro cansado.

—Eres mayor —se dijo mientras observaba las profundas arrugas que surcaban su frente—, quizás más de lo que este reflejo cuenta.

Se sentía abatido y el traqueteo de la carretera hizo que cerrara los ojos sin escuchar nada de lo que sucedía a su alrededor.

—Señor, ¿se encuentra bien?

Escuchó la frase como si proviniese de un lejano tercer plano de su realidad,

se giró hacia su interlocutor y vio al conductor del autobús mirándolo preocupado.

—Llevamos dos rutas completas y no se ha bajado en ninguna de las paradas.

Hizo un esfuerzo por comprender lo que le estaba diciendo y miró de nuevo por la ventana.

—Sí, solo me quedé dormido —contestó sin energías—, ¿dónde estamos?

—En el final de trayecto, en Moratalaz.

Ginés se frotó los ojos y notó el peso de su teléfono móvil en la mano. Lo observó unos segundos y se estremeció. Sabía que en él estaban las instantáneas de Jimena, los puntos dibujados en su cuerpo regresaron a sus pupilas mientras el aparato le mostraba las dos llamadas del anatómico sin respuesta.

—Creo que debo regresar a casa.

El conductor lo miró absorto bajar del autobús pero no le dijo nada más.

La intensidad de la lluvia había aminorado pero el frío mojándole la cara hizo que corriera a cubrirse en uno de los soportales que quedaban cerca de la parada. Sacó de nuevo el móvil y eliminó las llamadas perdidas antes de apagarlo. Movié el cuello a ambos lados y sintió el dolor punzante que le había provocado la tensión, estiró la espalda y llamó al taxi que despacio a la búsqueda de clientes pasaba enfrente de él.

Abrió la puerta de su casa y cerró los ojos. Era una forma de concentrarse en el recorrido hasta su cama, no quería ver nada que le hiciese sentir ni pensar y se tiró sobre el desgastado colchón que hizo crujir las tablas del somier bajo su peso.

El aullido de un perro lo despertó en la madrugada, tuvo que fijar la mirada en la ventana para reconocer el lugar donde se encontraba. Por un instante la desubicación le descentró. El perro seguía ladrando bajo el cristal y se acercó a ver qué estaba ocurriendo. Abrió la ventana y vio al pequeño animal tumbado sobre la acera dejando caer la lluvia sobre él.

—No tienes donde ir ni donde refugiarte —pensó mirándolo y sintiéndose cerca de lo que estaba experimentando el can.

Se puso las zapatillas y salió a la calle. El animal asustado huyó en un primer momento de la presencia de Ginés hasta que los silbidos amistosos del hombre le fueron acercando a él.

Lo subió a casa y lo secó con la vieja toalla que colgaba de la percha en el baño, le puso un poco de leche que el animal comió desesperadamente y regresó de nuevo a la cama. Lo sintió andar a su espalda, despacio y aún desconfiado. Se tumbó de nuevo y vio los pequeños ojos del perro mirándolo desde el suelo de la habitación. Le hizo un gesto para que subiera a la cama y el perro saltó hasta situarse junto a él.

—Durmamos.

Un potente ladrido lo despertó, miró extrañado al animal que estaba situado en la puerta de la habitación con las orejas levantadas. El timbre volvió a sonar y el perro ladró de nuevo.

—¿Llaman a mi casa? —se preguntó somnoliento.

Hizo ademán de levantarse de la cama pero su cuerpo dolorido se tensó y volvió a tumbarse y posar la mirada en el techo.

—Se estarán equivocando de puerta —le dijo al animal.

La energía del sonido aumentó y Ginés escuchó cómo además golpeaban la madera con la mano.

Se incorporó desconcertado, miró hacia la ventana pero no supo discernir la hora que era. El día estaba nublado y tenía la sensación de haber estado durmiendo durante muchas horas.

Arrastró los pies hasta que estuvo a unos metros de la entrada de su casa.

—¿Quién es?

—¿Ginés?

Reconoció la voz de Irene tras la puerta y se quedó paralizado. Recordó que el día anterior había salido corriendo del anatómico pero eso no era motivo suficiente para que la forense jefe estuviese llamando a su casa.

— ¿Puede abrirme?

La voz de Irene sonó imperativa y Ginés se dispuso a abrir intentando comprender el motivo de su visita.

— Buenos días, señor Martín.

Ginés la observó un instante aún desconcertado por su presencia, vestida con la misma sobriedad que cualquier día de trabajo en el anatómico, le pareció que la forense jefe nunca desconectaba de aquel lugar. Las arrugas del contorno de sus ojos estaban ligeramente marcadas y unas pequeñas bolsas le daban un aspecto de recién levantada que había intentado disimular con el maquillaje.

—No sabía que tenía un perro, ¿cómo se llama? —preguntó cambiando el duro tono de su frase inicial.

—No tiene nombre, ¿le puedo ayudar en algo, señora Segura?

Irene le miró extrañada un instante pero recordó que estaba hablando con Ginés Martín, el hombre que para todos sus compañeros resultaba enigmático y un tanto incomprensible y decidió obviar su respuesta.

—Me gustaría conversar unos minutos con usted si no tiene inconveniente.

—Puedo hacer café si le apetece tomar una taza —respondió Ginés invitándola a entrar.

Se dirigieron al pequeño salón y le ofreció sentarse en el raído sofá gris que presidía el lateral de la habitación.

—Voy a poner la cafetera, espero que el perro no le moleste.

Se dirigió a la cocina sin dar lugar a respuesta alguna de la mujer, necesitaba encontrarse un momento solo para digerir la presencia de Irene en su casa. Sacó la cafetera y la puso al fuego mientras buscaba las pequeñas tazas que tenía olvidadas en algún rincón del mueble.

Dispuso todo sobre la encimera y centró sus esfuerzos en escuchar si provenía algún murmullo del salón. Le pareció oír a Irene jugar con el perro y eso le tranquilizó.

Mientras el agua se calentaba hasta expulsar el líquido negro, Ginés pensó en el motivo de la visita y comprendió que estaba nervioso sin llegar a saber si se debía a la posibilidad de que ella supiese algo de todo lo ocurrido en los últimos días o al simple hecho de que un ser ajeno se encontrara en su casa.

—Usted dirá —le dijo ofreciéndole la bebida caliente.

Irene recogió la taza y se apoyó sobre el respaldo del sofá mientras cruzaba las piernas.

—¿Por qué nunca me pidió un aumento de sueldo?

Ginés la miró confundido y antes de que pudiese dar respuesta Irene continuó hablando.

—Lo podría haber valorado, es muy bueno en su trabajo.

—No sé muy bien a qué se refiere.

—Que quizás necesita algo de dinero para hacer algunos cambios —dijo mientras desviaba su mirada por la estancia.

—Entiendo —dijo Ginés sonriendo—, pero no lo necesito.

—Podría...

—No es necesario —le interrumpió el hombre—, ni siquiera le voy a agradecer el ofrecimiento. Verá, señora Segura, usted tendrá sus necesidades y yo tengo las mías. No se es mejor persona ni se es más feliz por tener un sillón nuevo.

—En eso estoy de acuerdo, pero usted lo estará conmigo en que las comodidades hacen que los días sean más fáciles.

—Depende de lo que usted entienda por fáciles —le dijo con frialdad—, no necesito un mando a distancia porque no veo la televisión, no me aporta nada lo que en ella aparece. La única comodidad que necesito no la puede comprar el dinero...

—Lo dudo —le interrumpió Irene sonriendo.

Ginés se sintió ofendido por la frase de la mujer, tosió para aclararse la garganta y bebió un poco de café.

—Verá, señora, hay cosas que el dinero jamás podrá comprar por mucho que se empeñen los poderosos en hacer creer a las personas crédulas lo contrario. Nos pueden someter a la dictadura de las necesidades, nos las generan y vamos todos corriendo a consumirlas. Es un gran negocio en manos de mentes tal vez brillantes que hacen que creamos que no somos capaces de vivir sin lo que ellos nos proponen como básico. ¿Pero sabe qué es lo básico para una persona?

Irene negó con la cabeza sin saber muy bien qué decir.

—Ser persona —dijo mientras veía la sorpresa en el rostro de la mujer —, y para todos nosotros de un modo u otro lo principal es tener una vida feliz. Y eso solo se consigue a través de algo que no se puede comprar, la calma interior. Podrás tener muchas cosas materiales que como usted dice faciliten la vida pero a la noche, cuando te tumbas en la cama esas cosas desaparecen y solo estás tú. Y por mucho que te intentes engañar a ti mismo hay un día en el que analizas si eres lo que quieres ser, si eres lo que quisiste ser y si eres feliz. No dudo de que comprende la diferencia entre el ser y el tener. ¿No le ocurrió nunca?

Irene permanecía pálida ante los argumentos que estaba escuchando y Ginés comprendió que esas cuestiones permanecían en ella aún sin resolver.

—Ya continuaremos debatiendo si tenemos ocasión pues supongo que no ha venido a mi casa a hablar de esto.

—¿Puede darme un poco de agua?

Ginés se levantó y con paso cansado dejó a la mujer sumida en sus pensamientos mientras iba a la cocina. Llenó el vaso con agua del grifo y se disculpó por no poder ofrecérsela fría.

—¿Sabe qué?, mejor le invito a una copa, creo que ambos necesitamos obviar momentos y prefiero un lugar neutral para lo que le tengo que decir.



## Capítulo 15

El motor rugió brevemente antes de apagarse, bajaron del coche y un hombre de mediana edad uniformado se acercó hasta ellos y los saludó mecánicamente. Irene respondió entregándole las llaves y colocándose el pelo antes de acercarse a Ginés.

—¿Vamos?

Ginés miró a su alrededor, las farolas comenzaban a encenderse para iluminar la calle peatonal donde se encontraban.

—Parece que estamos en otra ciudad.

—Es solo un barrio distinto dentro de la misma —contestó Irene impacientándose.

—Cierto, el barrio de mayores salarios de la ciudad. No sé qué pretende contarme ni por qué ha venido a verme hoy pero sí sé que hacerlo en un sitio que no me es familiar lo tenía pensado —dijo mirando a la mujer a los ojos.

Irene no pudo contener la mirada desafiante del hombre y continuó andando.

—¿Viene?

Entraron en silencio mientras una mujer se acercaba a ellos sonriendo y les ofrecía seguirla hasta la mesa que les había otorgado. Apenas había gente dentro del lugar y Ginés miró el reloj de pared que detrás de la barra marcaba las siete y media de la tarde.

—¿Qué desean?

—Para mí un martini seco.

—¿Y usted, señor?

—Agua.

—¿Alguna en especial o le traigo la carta de aguas?

Ginés la miró sorprendido e intentando hacer aplomo de toda su paciencia contestó:

—No se preocupe, la que tenga incolora e insípida.

La mujer sintió la ironía pero no dijo nada, volvió sobre sus pasos y desapareció en busca de lo que le habían pedido.

—Relájese, intentemos hacer esto lo menos incómodo posible.

—¿Qué quiere de mí?

Irene se dejó caer en el respaldo de la silla, sacó su teléfono móvil del bolso y lo colocó en la mesa.

—Verá, señor Martín, hay algo que me sorprende de usted. Durante años ha pasado de puntillas y sin hacer mucho ruido por el lugar de trabajo que compartimos pero de un tiempo a esta parte...

Interrumpió la frase para dejar a la camarera servir las bebidas.

—Se está comportando de una forma extraña en los últimos días.

—¿Y eso es motivo para que la forense jefe venga a mi casa? —le dijo molesto.

—Sí, siempre que crea que usted tiene algún tipo de relación con esto.

Ginés alcanzó el teléfono que le estaba ofreciendo y miró la pantalla. Tragó en seco e intentó hacer acopio de toda su seguridad para volver a mirar a Irene.

—¿Por qué me enseña esto?

—No parece muy sorprendido, señor Martín.

—¿Debería estarlo? Es un símbolo matemático muy famoso.

Irene alzó la cabeza y rio con una gran carcajada. Se acomodó la camisa y uno de los anillos que llevaba en su mano izquierda y alzó de nuevo la mirada hacia el hombre. Ginés pudo ver cómo su expresión había cambiado, la dureza de su rostro volvió a compungirle pero decidió aguantar el peso de su mirada.

—Ambos sabemos dónde se encontraba ese símbolo, no intente tomarme el pelo.

—No sé bien dónde quiere llegar, señora Segura.

—Usted decidió no completar ayer su trabajo con el cuerpo de Jimena pero vio ese símbolo en él. Y no es la primera vez que lo observa en un cadáver, ¿verdad?

Ginés palideció durante un instante, no imaginó que ella sabría de la existencia de infinito en Roberto y Lucía y eso le desencajó en la conversación. Supo que en ese momento Irene le llevaba ventaja con la información de que disponía y su mente intentó encontrar una frase que le permitiera obtener algo de tiempo para poder volver a equilibrar el diálogo.

—Mi trabajo no es observar los cuerpos, no reparo en los elementos que puedan tener salvo en una circunstancia como la de Jimena. Yo no suelo trabajar con muertes violentas como bien sabe. Por cierto, ¿por qué me llamó a mí para trabajar con esta chica en concreto?

Respiró al ver a Irene jugar nerviosa con su móvil de manera inconsciente a pesar de que su imagen era serena.

—Todos tenemos algún gesto instintivo que nos permite descargar la tensión y la inquietud a pesar de querer mostrar seguridad, el tuyo es este —pensó Ginés aliviado por ver que su interlocutora no se encontraba tan cómoda como pretendía dar a entender.

—No creo que le tenga que dar explicaciones de cómo gestiono mi área y al personal que depende de mí —espetó bruscamente—, no ha contestado a mi pregunta.

—¿Y debo responder por algún motivo?

—Verá, Ginés —dijo Irene dulcificando el tono—, los dos sabemos que hay otros dos cadáveres con ese símbolo tatuado, usted buscó sus expedientes en mi despacho y me mintió. No soy su enemiga, solo trato de comprender qué está ocurriendo y por qué alguien que trabaja en el anatómico tiene esta información. Podría haber ido a la policía pero por alguna razón que se me escapa confío en usted. No quiero meterle en ninguna situación que le vaya a comprometer y que se vea dando explicaciones a la policía de algo que seguramente no sea nada. Por eso fui a verle.

Ginés volvió a observar sus dedos jugando con el teléfono y bebió un sorbo de agua.

—Le agradezco el gesto y lamento haberle mentado. No sé nada sobre ese símbolo, fue la curiosidad del momento. Cuando vi el tatuaje en la mujer recordé que lo había visto un poco antes en otro cadáver e intenté comprobar si era el mismo. Pero el expediente no decía nada más y lo olvidé hasta ayer... cuando vi el símbolo de nuevo me asusté y salí del anatómico. Tiene razón en algo, señora Segura —dijo en un susurro—, hay algo extraño en todo esto.

—Está bien, informaré de los otros dos cadáveres al inspector por si

hubiese alguna relación y obviaré su nombre pero procure no volver a relacionarse con ese símbolo. Si tiene alguna duda o alguna pregunta hágamela saber directamente.

—Gracias —dijo incorporándose—, de todos modos no logro comprender muy bien por qué si confía en mí mantiene a su amiga en la distancia por lo que pueda pasar. Veo su reflejo en el cristal de la pared, podría haberle invitado a sentarse y participar de la conversación.

Giró sobre sí mismo y no dio lugar a la réplica de la mujer, necesitaba salir de ese lugar y volver a casa. Saludó a Elena que había escuchado su última frase y se acercaba a ellos y salió a la calle convencido de que esa tarde ambas pronunciarían en multitud de ocasiones su nombre.

## Capítulo 16

El perro jugueteaba con los bajos de sus pantalones mientras Ginés tecleaba con fuerza sobre el teclado de su ordenador. Se retiró levemente de la mesa echando la cabeza hacia atrás y relejó lo escrito. Miró fijamente al animal que absorto continuaba mordisqueando sus zapatillas y pensó que debía dotarle de un nombre.

—Es curioso todo lo relacionado con la identidad de una persona o en tu caso de un animal —le dijo—, nos nombran de algún modo al nacer sin tener en cuenta si ese nombre será agradable para nosotros cuando crezcamos. Nadie piensa en el destinatario del nombre si no en su propia complacencia. ¿Sabes? Creo que es el primer gesto de egoísmo que recibe un recién nacido del mundo al que llega.

El animal ladró y se acercó a Ginés buscando alguna caricia, el hombre pasó su mano por el lomo del perro y sonrió.

—Te llamaré Zeta, siempre me gustó la última letra del abecedario. Indica el fin, casi como el punto y final de los signos de puntuación. Y tu final ha sido llegar a casa, ya no habrá más noches en la calle.

Suspiró haciéndole una nueva caricia y regresó sobre el teclado, pulsó en tres ocasiones el punto convirtiéndolos en suspensivos y envió el texto. Se quedó durante un instante mirando fijamente la pantalla que inexpresiva únicamente le mostraba su bandeja de entrada. Apagó el ordenador sin esperar respuesta y decidió que no volvería a encenderlo durante las próximas horas. No podría hacerlo si quería estar sereno para lo que tenía en mente.

El regreso a casa desde que dejase en aquel restaurante a Irene y Elena le

había servido para tranquilizarse, caminó durante más de dos horas bajo un cielo gris que amenazaba tormenta a cada paso pero Ginés apenas hubiese sentido la lluvia sobre sí mismo. Su mente fue ordenando minuciosamente lo ocurrido en los últimos días, suceso a suceso. Desde el primer recuerdo de Lucía hasta la última conversación que había tenido unos minutos antes. Caminó despacio, absorto en sus pensamientos intentando no olvidar ningún detalle por nimio que fuera. Los fragmentó por día e hizo una correlación mental de los mismos. Algo dentro de él sabía que en esos detalles estaban muchas de las respuestas que ahora le parecían demasiado lejanas para comprenderlas.

—Solo tienes una posibilidad —se susurró a sí mismo—, recuperar el ser analítico y observador que siempre fuiste antes de perderte en la vorágine de emociones que esto ha supuesto. Intenta analizarlo como si fueras alguien a quién le están contando la historia.

Se preparó un té verde y lo vertió sobre un vaso de plástico que encontró en el armario de la cocina. Cogió la chaqueta y llamó al perro para que lo acompañara a la calle.

Llegó tras unos largos minutos caminando a su lugar envolvente, el día era frío y en el lago apenas llegó a ver a dos hombres que hacían ejercicios de estiramiento sobre el césped. Buscó con la mirada el sitio al que Susana y él acostumbraban a ir siempre que tenían ocasión y se dirigió a él. Refugiado del camino principal que rodeaba el agua estiró la chaqueta y se tumbó sobre ella. Miró al cielo y necesitó concentrarse para que las emociones que llegaban hasta él no se convirtieran en lágrimas. Ese pequeño espacio de la Casa de Campo había sido durante muchos años su cobijo del mundo. Dos meses después de conocer a Susana le pidió que fuera con él, quería mostrarle el lugar donde se encontraba consigo mismo en el exterior de su

casa, para Ginés ese espacio era la mayor intimidad que podía compartir con ella.

«¿Sabes qué es lo único infinito a nuestros ojos?». El recuerdo de aquella frase le hizo incorporarse de un salto. Se le encogió el estómago y necesitó arrodillarse para controlar el temblor de sus piernas. Esa fue la primera frase que Susana al llegar, se había tumbado boca arriba y contemplaba el cielo antes de responderse a sí misma: «El azul del mar y del cielo tocándose en el horizonte».

—¡Debes de tranquilizarte! —se inquirió—, solo es una casualidad.

Bebió el resto de té que le quedaba y se sentó de nuevo sobre la chaqueta. Apoyó la cabeza entre sus manos y respiró suavemente. Volvía a encontrarse aturdido por la velocidad a la que giraban sus pensamientos, las imágenes lo golpeaban sin darle tiempo a detenerse un instante sobre ellas. Los recuerdos de Susana se agolpaban junto a los de Lucía y Roberto.

—No recuerdas el rostro de Jimena —se dijo—, no podrías decir si era morena o rubia.

La simbología dibujada en el cuerpo de la chica hizo que no prestara atención a sus rasgos, el símbolo ocupaba toda la escena en su evocación. Podría describir las líneas de su ombligo rodeado de su propia sangre pero no mencionar si tenía otra mancha característica de su propia piel.

Se sentó con las piernas entrelazadas y aspiró fuertemente el aire húmedo de la tarde. Cerró los ojos y comenzó a respirar suavemente mientras intentaba que su mente se concentrara en los músculos de sus brazos. Pudo sentirlos a un nivel mayor que los del resto de su cuerpo, toda su atención se concentraba en ellos mientras pausadamente introducía aire en sus pulmones. Su mente giró y se concentró en la tensión de su cuello, bajó este hacia su pecho y sintió el dolor punzante en la zona superior de su espalda, los músculos se estiraban



transmitiéndole un calambre que le recorría la espina dorsal, giró de nuevo el cuello hacia la derecha e izquierda y el dolor regresó esta vez a esa zona. Respiró de nuevo introduciendo una gran cantidad de aire en su cuerpo y se concentró mentalmente en sus pies. Estos llegaron a ser el único punto de referencia corporal que sentía mientras notaba cómo todo su organismo se relajaba paulatinamente.

Abrió los ojos centrando su mirada en el horizonte y volvió a inspirar. Se tumbó sobre su espalda y contempló el movimiento de las nubes durante unos minutos intentando ver en ellas objetos de la cotidianidad dibujados de forma aleatoria por su transitar.

—Aún funcionan —pensó—, aún puedo controlar mi mente para relajarme .

La ansiedad y la tensión habían desaparecido pero Ginés sabía que el estado en el que se encontraba era algo transitorio, debía comenzar a analizar los hechos y aunque pudiese parar e intentar calmarse no sabía si conseguiría mantener alejadas las emociones que le iban a acechar.

Sacó del bolsillo del pantalón la lista de preguntas que había escrito tras recibir la primera misiva electrónica y las leyó de nuevo.

—Hay algo que no tiene sentido —dijo mirando al perro que se había tumbado a su lado—, todo esto comienza con mi ritual de noviembre y Susana. ¿Por qué pronuncian su nombre en todo esto? Lleva muerta diez años.

El can alzó las orejas y lo miró arqueando la cabeza hacia un lado.

—¡El eterno retorno de lo idéntico, esa fue la definición que dio a mi ritual del día siete y esa es su definición para todo esto! —dijo sobresaltándose—, ¿estás empleando una concepción filosófica para describir tus actos repudiables? —chilló al aire.

Ginés sintió por primera vez el deseo de tener a esa persona delante de él, en ese instante su mirada quedó petrificada sobre el agua y el miedo a la situación quedó envuelto por el desprecio que en su pecho se iba acumulando hacia ese ente.

—Ya sé qué significa para ti —dijo apretando los dientes y sin desviar la mirada del lago—, tu frase no está basada en un análisis completo de ninguna teoría filosófica si no en el concepto básico donde la historia es cíclica, donde los hechos una vez concluido el ciclo vuelven a repetirse, en otras circunstancias si no iguales al menos análogas.

Se levantó y permaneció de pie varios minutos mirando al vacío, sus músculos faciales se contrajeron acumulando la tensión en su mandíbula, a él llegaron los rostros de las tres personas marcadas por infinito y su característica en común.

—La placidez, ese es el elemento semejante de tu ciclo junto con la muerte.

En ese momento Ginés se llevó las manos al rostro presionado con fuerza su frente mientras sus piernas comenzaban a temblar levemente.

—Las muertes serán infinitas —se dijo—, y yo solo soy su desafío. La persona a la que ha retado a pararlo.

Se quedó pensativo, incapaz de comprender por qué él era la elección de un demente. Su mente giró y le mostró la imagen de Jimena. Una nueva punzada en el estómago le sobrecogió. La intensidad del rojo de la sangre en el cuerpo de la chica había producido que la mirada de Ginés no pudiera desviarse de ese lugar, la inmensidad del infinito delineado ante sus pupilas le llevó a cometer el error del que le preveían en el email.

—¡No te quedes en lo superfluo! —se dijo enfurecido—, lo importante

no es el símbolo si no el lugar donde fue dibujado, lo fundamental de esa composición es lo que esconde detrás de la sangre, su ombligo.

Recogió una pequeña rama de las esparcidas en el lugar y caminó unos segundos hasta llegar a un pequeño espacio cubierto de tierra cerca de uno de los grandes árboles que poblaban la orilla del lago. El perro saltó y lo siguió en silencio.

Dibujó sobre el polvo el cuerpo de una persona adulta y marcó el centro del mismo con un gran círculo.

—¿Puedes observarlo? —le dijo al animal—, el ombligo es el centro del cuerpo humano, es el *hara* japonés. Es lo que nos mantiene vivos a través del cordón umbilical antes de nacer, el que nos proporciona la comida y el bienestar. En nuestra sociedad lo hemos olvidado, para nosotros el punto más importante es la mente, la racionalidad que nos lleva a gestionar nuestro bienestar emocional y que apenas conseguimos.

Ginés se sentía exaltado, apretaba con fuerza la rama sobre el punto que establecía el ombligo del dibujo mientras verbalizaba todo lo que pasaba por su mente.

—En la sociedad oriental el ombligo es un elemento vital del concepto de ser humano. Llegar al *hara* es llegar a las raíces del ser, es encontrarse con uno mismo... ellos se quitan la vida atentando contra este centro, atentando contra su ombligo... A Jimena le quitó la vida física con un disparo pero su firma le arrancó la esencia de su ser.

Un escalofrío le recorrió toda la espalda y comenzó a sudar. Se encontraba agitado y tuvo que concentrarse en inspirar para calmarse un instante.

—Regresemos a casa, necesito papel para ordenar todas las conjeturas.

## Capítulo 17

La estridencia de la carcajada permaneció en el ambiente durante unos segundos mientras los hielos tintineaban al llevarse la copa a los labios. Bebió despacio dejándose envolver por el silencio, a sus oídos no era perceptible ningún sonido. Dejó la copa a un lado y se inclinó sobre el teclado.

“Tu respuesta me ha fascinado. Tres puntos suspensivos sobre un folio en blanco, sin un solo carácter más que los acompañe y dote de significado. Ponerse en el lugar de tu mente cuando tus dedos pulsaron la tecla es un ejercicio extasiante, el placer que experimento al hacerlo no es comparable con ningún otro. Puedo sentir la tensión recorriendo tu índice y llevándolo hacia ese punto, tu mirada fija en la pantalla.

Ambos sabemos del nivel de dificultad que entraña ponerse en los pensamientos de otro ser humano pero para nosotros debiera ser relativamente más fácil. Es simple cuando tienes a una persona delante, sus gestos y sus miradas delatan los entresijos de su mente. Seres incapaces de esconder los aleteos inconexos de sus reflexiones a intelectos como el nuestro.

Sabes de lo que hablo, ¿verdad?

Me atrevería a afirmar que esos puntos no significan una sola cosa, son el resultado de tu necesidad latente de ponerte en contacto conmigo, algo dentro de ti sabe que debe hacerlo aunque aún no hayas descubierto el por qué, mientras quieres que llegue hasta mí la idea de tu resultado. Has decidido comunicarme de este modo que viste el tablero.

Mis felicitaciones.

Infinito”.

## Capítulo 18

Nerviosa, Irene se encontraba junto a la puerta del despacho de J.A. Le había telefonado a primera hora de la mañana inquiriendo su presencia en la comisaría para ayudar a su equipo a resolver algunas dudas sobre las copias de los expedientes que ella les había entregado.

Respiró pausadamente mientras una mujer con uniforme de policía y el pelo recogido en una coleta le indicaba que no tardarían en recibirla. Desde que escuchó la voz del inspector se encontraba agitada, nunca había tenido que ir a dar explicaciones sobre un caso de homicidio a la misma comisaría salvo cuando Elena aún ejercía e iba a visitarla para valorar juntas los casos. Era algo basado en la amistad y no en la obligación.

—Señora Segura, le espera el inspector.

La voz de la chica pronunciando su apellido hizo que su cuerpo reaccionara y le comenzaran a sudar las manos, se limpió en los pantalones de tela negros que llevaba puestos y sopló sobre las palmas.

—Lo primero que va a hacer es darme la mano, no puedo demostrar inseguridad y el sudor es una muestra de ello —pensó.

Abrió la puerta con cautela y vio al hombre sentado sobre un sillón de cuero blanco que le sobresalía por encima de la cabeza.

—Pase —se limitó a decir mientras colocaba sobre su mesa los folios de manera ordenada.

Irene pudo ver las fotografías del cadáver de Jimena que ella misma había enviado a J.A. el día anterior.

—He leído y observado con detenimiento toda la documentación que nos ha presentado, doctora Segura, y no llego a comprender muy bien qué relación pretende incluir entre estas tres personas.

—El símbolo —se limitó a decir Irene que comenzaba a encontrarse incómoda.

J.A. se dejó caer sobre el respaldo de su sillón y tosió preparando su garganta para verbalizar lo que a Irene le parecía ya una frase condescendiente.

— Doy por hecho que sus autopsias son concluyentes y los resultados exactos. Basándome en ellas no encuentro la relación entre dos suicidios y el asesinato de un maniaco. ¿Hay algo que quiera compartir conmigo y que me ayude a entender su argumento?

Irene sonrió brevemente y se apoyó sobre la mesa incorporando levemente el cuerpo hacia su interlocutor.

—Yo no doy argumentos, inspector, ese no es mi trabajo. Solo puse de relieve características similares en otros dos cuerpos. No es la muerte lo similar si no el símbolo tatuado. Si usted considera que no hay relación yo no soy la persona indicada para contradecirlo.

—¿Por qué me hablas de usted?

—Porque muestro mi respeto hacia su visión de conjunto.

Pudo observar cómo las palabras irónicas que había pronunciado salpicaban en la mirada del hombre pero este se contuvo en la respuesta. Se dirigió a la puerta y antes de salir se giró de nuevo hacia él.

—¿Han avanzado en la investigación?

—Yo no soy su amiga, señora Segura, y mi trabajo no es informarle a

usted.

—Cierto, inspector, que tenga un buen día —dijo a la vez que cruzaba la puerta esbozando una pequeña sonrisa.

Irene salió a la calle y marcó el número de Elena.

—Ya estoy fuera.

—¿Qué quería?

—No ve la relación entre los tres cuerpos. La simbología para él carece de importancia ante lo diferente en sus formas de morir. Elena, igual nos estamos equivocando...

—¿Te ha convencido?

—No, no sé..., si lo analizas bien, ¿qué relación puede haber entre un suicidio y un asesinato?

Elena permaneció en silencio un instante antes de decir:

—¿Ginés?

—Es un pobre hombre, Elena, no sé..., todo es demasiado confuso.

—La historia criminal está llena de pobres hombres —dijo mientras Irene la escuchaba reír a través del teléfono—, no te fíes de las apariencias.

—Todos valoramos las apariencias —espetó molesta ante la carcajada de su amiga y colgó el teléfono.

Caminó durante unos minutos y se dirigió a una plaza cercana que a esas horas de la mañana permanecía en calma y únicamente pasaban por ella algunos viandantes que caminaban con prisa hacia algún lugar. Encontró el kiosco de prensa y compró los dos diarios más leídos en el país, observó las

portadas y comprobó que en ambos la muerte de Jimena aparecía en esquinas inferiores con titulares parecidos.

—Necesito un café —se dijo levantando la mirada hacia su alrededor en busca de un bar cercano.

A pesar de que el día amenazaba lluvia decidió sentarse en una de las pocas terrazas que aún continuaban presentes en las aceras de la ciudad. Dispuso los dos periódicos sobre la mesa y pidió un tercero al camarero que había llegado apresurado a servirle.

Permaneció unos minutos observando con detalle las líneas que mostraban los titulares del día y sonrió brevemente mientras se llevaba la taza humeante a los labios. Aspiró suavemente el aroma del café y miró al horizonte.

—La esencia de la utilización periodística está en la credibilidad, es el primer objetivo a conseguir en esta sociedad. Una vez que has conseguido hacerte creíble nadie te cuestiona —pronunció en voz alta mientras lanzaba al aire una gran carcajada.

Buscó en la agenda del teléfono móvil y pulsó la tecla de llamada. El aparato comenzó a emitir la señal durante unos instantes, estaba a punto de colgar cuando una voz somnolienta respondió al otro lado.

—Espero no importunarle pero necesito su opinión respecto de algo.

Irene permaneció esperando una respuesta pero el silencio acaparó el instante y consideró que era una invitación a continuar con la conversación.

—¿Cree que la creación del titular de un rotativo difiere mucho de la creación de nuestra propia imagen que lanzamos al mundo?

— En ambas reside la esencia de la manipulación para que el resto crea lo que nosotros pretendemos —escuchó decir a su interlocutor—, con una diferencia...



—¿Cuál? —preguntó extasiada Irene.

—Que no todas las personas pretenden lanzar ninguna imagen, algunos se muestran tal como son.

—¿Usted a qué grupo pertenece?

—Disculpe, señora Segura, pero no sé muy bien a dónde quiere llegar.

—A ningún lugar, Ginés, solo estaba reflexionando en voz alta. Todos escondemos secretos que no mostramos a nuestro alrededor, no creo que nadie se muestre tal y como es consigo mismo. Somos como los periódicos, escondemos nuestro verdadero yo para mostrar de nosotros lo que queremos que se lea.

—¿Necesita algo más de mí?

—¿Sabía que Jimena era actriz o al menos lo intentaba?

Ginés permaneció en silencio, no esperaba escuchar el nombre de la chica en la conversación.

—Deduzco que no y tampoco tendría por qué saberlo.

—Creo que por primera vez estamos de acuerdo en ambos argumentos, espero que el día le vaya bien, señora Segura.

—Le deseo lo mismo, Ginés, y recuerde que todos tenemos un tablero de juego donde desarrollamos nuestra vida.

Colgó y volvió a sonreír.

## Capítulo 19

Las extremidades continuaban temblándole a pesar de que habían transcurrido unos minutos desde la conversación con la doctora. Su mirada permanecía fija sobre el teléfono mientras en su mente resonaban los ecos de la última frase de Irene.

—Es una coincidencia —se dijo frotándose la frente en un intento de volver en sí.

Se desplomó sobre el sofá e intentó calmarse. Se sentía desconcertado, ansioso por no poder vislumbrar ningún resquicio de lo que estaba sucediendo. Alcanzó el cuaderno de notas donde había estado escribiendo desde que llegase del lago e intentó releer despacio todo lo que había garabateado en él.

—Todas son frases que culminan con un punto y final y comienzan otras que nada tienen que ver con la que le precede. Sé que hay dos suicidios y una muerte por arma de fuego y el resto son solo conjeturas. Lo que significa que para terminar el puzle aún faltan muchas piezas.

Terminó la frase y su mente se quedó bloqueada en la palabra puzle, las manos comenzaron a temblarle y una sacudida en el pecho le hizo levantarse e intentar arrodillarse para respirar profundamente. Sentía los latidos como punzadas reflejadas en los dedos y algo en la garganta le apretaba hasta hacerle sentir agónico.

—Me he equivocado en el planteamiento —pensó mientras se llevaba la mano al pecho en un intento de retener el dolor que le recorría desde el interior.

Necesitó tumbarse unos minutos en el suelo para recuperar el ritmo de su respiración y retomar el control de su cuerpo. Fijó la mirada en el techo y la

imagen de Susana regresó, esta vez envuelta en tristeza. Recordó durante un instante su muerte y comenzó a llorar de forma espasmódica.

Todo su cuerpo al unísono acompañaba las lágrimas que recorrían sus mejillas mientras su garganta expresaba el dolor de la situación.

—Todo lo que vemos o imaginamos es un sueño dentro de un sueño —  
balbuceó.

Repitió el verso una y otra vez durante unos minutos como si su mente hubiese entrado en un bucle y no le permitiese ningún tipo de razonamiento.

Trató de levantarse pero sus extremidades estaban demasiado débiles para sostener su peso y arrastrándose llegó hasta el baño. Se incorporó levemente y vomitó hasta sentirse vacío.

Agarrándose el estómago se apoyó en el lavabo para incorporarse y dejó correr el agua por su cabeza.

Tardó varios minutos en sentir que había recuperado su capacidad motora para caminar y avanzó lentamente por el pasillo que desembocaba en la puerta de la habitación aledaña a su dormitorio. Las manos le temblaban y necesitó apoyar las dos en el pomo para girarlo. Empujó suavemente la madera y respiró profundamente antes de dar el primer paso hacia el interior de la estancia.

Se acercó despacio al pequeño baúl que permanecía junto a la pared y se arrodilló frente a él, recorrió con sus dedos las vetas que serpenteantes recorrían la parte superior del arcón hasta llegar al mecanismo de apertura. Giró la pequeña llave y un escalofrío lo recorrió el pecho hasta hacerle tiritar un instante. Respiró con fuerza y abrió el baúl. Apoyados uno sobre otros aparecieron ante él los numerosos folios y libretas que había configurado con Susana a través del tiempo.

Su mirada permanecía fija en ellos y sus manos apenas lograban tocarlos, los recuerdos comenzaron a agolparse en su estómago a la vez que su respiración se entrecortaba. Su mente giraba desde el rostro de Susana hasta el suyo sonriendo mientras la pluma se deslizaba por el papel. Las imágenes le golpeaban a una velocidad tal que necesitó tumbarse en el suelo para evitar el mareo que le estaban produciendo.

Las pulsaciones se aceleraron y comenzó a sentir la necesidad de avanzar en la locura de los días que estaba viviendo. Se levantó súbitamente ignorando los efectos que le hacía percibir su cuerpo y esparció todo el contenido del baúl en el suelo. Su mirada recorría cada folio, cada cubierta de las libretas, cada centímetro de papel que allí existía mientras sus labios repetían una sola frase:

—El sueño dentro del sueño.

Podía recordar cada palabra de todas las escritas bajo ese título pero necesitaba tenerlo en sus manos, lo encontró escrito en tinta azul en uno de los cuadernos, lo cogió y salió corriendo de la habitación.

Llegó a la cocina jadeando, se sirvió un vaso de agua y lo bebió sin apenas detenerse a respirar. Le temblaba todo el cuerpo y el cuaderno parecía quemarle entre los dedos. Lo dejó sobre la encimera y durante unos minutos estuvo observándolo sin acercarse a él.

En ese momento recordó a Roberto, la habitación impoluta que le mostró su esposa y el pequeño libro sobre la mesita de noche. Salió corriendo hacia la estantería y vio los dos ejemplares tocándose entre sí, uno al lado del otro.

—¿Cómo no lo relacionaste antes? —se chilló.

Los cogió con furia y regresó a la cocina. Abrió el libro de Roberto por la página que contenía la frase subrayada y lo dejó al lado del cuaderno.

Permaneció durante unos minutos mirándolos fijamente desde la distancia, sin atreverse a enfrentar la realidad que ante él se mostraba. No supo identificar las sensaciones que le atravesaban en ese instante pero creyó que una de ellas era el miedo. Las palabras de Infinito resonaban en su interior punzando su cuerpo hasta desestabilizar lo que creía anclado en su pasado.

—Es demasiado para mí.

Desplegó la pequeña silla metálica que utilizaba para el desayuno y se sentó en ella. Alzó su brazo y acarició el cuaderno.

Una tarde Susana llegó a su casa fascinada con la idea de escribir un relato a medias. Le explicó que había sacado la idea de una revista que la noche anterior había caído en sus manos por casualidad. Allí dos autores lo denominaban texto salvaje porque se escribía entre dos o más personas y consistía en continuar con un párrafo la historia que el anterior había desarrollado. Sin pensamientos previos sobre lo escrito, simplemente creatividad.

—Escribiremos cosas increíbles y nos reiremos después —le dijo.

Sacó un cuaderno azul y le ofreció un bolígrafo.

—Mejor comienza tú —le dijo Ginés.

Durante mucho tiempo estuvieron componiendo textos donde la improvisación les divertía y la motivación de su párrafo era ponerle difícil al otro continuar con la historia.

Ginés sabía que ese cuaderno que hoy se encontraba en su cocina era el primero de los relatos que habían escrito. Susana había comenzado con la primera frase del poema de Allan Poe, la frase subrayada en los libros.

Lo abrió y leyó en voz alta su contenido:

“Todo lo que vemos o imaginamos es un sueño dentro de un sueño... Ahora tenemos que decidir si queremos seguir soñando. No podemos desvincularnos de las composiciones que nos ofrece la vida, pero si todas son una ensoñación y no podemos hacerlas realidad. ¿Qué hacemos?”.

La garganta se le encogió, no podía continuar leyendo. Sabía que en ese momento Susana le había pasado el cuaderno para que él continuara. Recordó el momento exacto en el que estuvieron escribiéndolo y las lágrimas le brotaron sin contención. Habían compuesto el relato de un suicidio.

Deslizó su dedo por las páginas escritas hasta topar con el nombre que habían dado al personaje y se le nubló la mente.

—Lucía —dijo casi sin atreverse a verbalizarlo.

En ese instante la ansiedad rompió en él, su cuerpo le mostraba un alcance de nerviosismo que hasta entonces no había experimentado. Comenzó a ahogarse sin poder contener la velocidad a la que su corazón bombeaba y el dolor de cabeza le punzaba la sien. Deambuló por la estancia sin poder contener sus pasos que no le guiaban hacia ningún lugar concreto e intentó agarrarse a uno de los muebles de la cocina pero su mano no respondió, la garganta le apretaba y gritó hasta que se le nubló la visión y cayó desvanecido.

Abrió los ojos unos segundos más tarde y sintió el calor de la sangre recorriéndole el rostro. Acercó sus dedos a ella y comprobó que tenía una herida abierta en el pómulo a consecuencia de la caída.

Intentó incorporarse pero se encontraba mareado y decidió continuar en la posición en la que había despertado unos minutos más. Miró al techo y su mente quedó atenazada.

—Tengo que comprobar el resto de cuadernos —dijo tratando de incorporarse de nuevo.

Las paredes le sirvieron de apoyo hasta llegar a la habitación donde encerraba los textos. Los vio esparcidos por el suelo y consiguió sentarse junto a ellos. Fue leyendo uno a uno, todos los relatos que había compuesto con Susana esperando no encontrar en ellos el nombre de Roberto y Jimena. A pesar de las sacudidas de su cuerpo consiguió visualizar todos los personajes que allí describían y se tumbó de nuevo.

—Ellos no están.

## Capítulo 20

“La necesidad de creer que controlas todo a tu alrededor será lo que te haga caer de tu posición que ahora sientes de dominio. ¿Sabes una cosa? No existe un ser humano capaz de controlar todas las vicisitudes que se producen a su alrededor. ¿Y sabes por qué? Porque todo está en continuo movimiento. Y eso es demasiado, incluso para alguien que supongo se esfuerza en ello como tú.

Tus víctimas por muy anuladas que creas que están tendrán un resquicio por el que respirar y ahí se te puede hundir el mundo...

No sé cómo sabes, no sé cómo esperas en la oscuridad, no sé cómo te anticipas a mis conexiones ni sé cómo en ti confluyen tantos datos sobre mi existencia pero sí sé que no podrás vencer.

Te equivocas en algo, si he descubierto el porqué de mi necesidad de escribirte estas líneas. Son para decirte que cometiste el error de elegirme pero sobre todo has cometido el grave equívoco de involucrarla a ella en toda tu locura.

Dudo que lo que quieras de mí sea parar toda tu psicosis, más bien creo que te estás divirtiendo con todo esto y nos observas desde algún lugar desde el que reír. Esto acabará pronto, tatúate en tus pensamientos que no te queda demasiado tiempo.

Te preguntarás cuál es la motivación que tengo para dar tal magnitud a mis afirmaciones, es simple..., toda locura tiene un método. La tuya también y cada vez estoy más cerca de comprenderle.

Muérete.

Ginés”.



## Capítulo 21

Cerró la puerta tras de sí y se quedó pensativo un instante.

—Es domingo.

Hizo una mueca de desagrado y se colocó el cuello de la chaqueta. Se encontraba cansado, cada paso le recordaba que sus articulaciones expresaban un ligero quejido convertido en dolor con la llegada del frío. Suspiró lentamente y comprobó que le pesaban los párpados.

—Necesitas dormir.

La calle le recibió con una calma que no recordaba desde hacía días, la ciudad permanecía en silencio a primera hora de la mañana. Era festivo y Ginés comprendió que el bullicio llegaría a mediodía.

Caminó despacio, intentando que su cuerpo se adaptara al ritmo pausado que le ofrecía la ciudad. Por un instante le pareció que sus pulmones se llenaban de serenidad y sus labios mostraron una leve sonrisa.

La parada del autobús no quedaba lejos y decidió dar un rodeo más por una de las calles aledañas, el momento le había desvanecido la prisa. Encontró un kiosco de prensa y compró la edición especial de *El País*.

—¿Algo nuevo hoy?

—Lo de siempre, tragedia sobre tragedia —espetó el vendedor sin apenas mirarlo.

Refugió el periódico bajo su antebrazo y regresó a la avenida principal. Vio llegar al autobús deslizándose por la calzada desierta y agudizó el paso para llegar al tiempo que este abría sus puertas.

Pasó el trayecto observando por la ventana el despertar de la ciudad. Alcanzó a ver un grupo de señoras mayores que cogidas del brazo alzaban sus

pies al unísono para subir los peldaños de acceso a una de las iglesias.

—Yo ya no voy —escuchó decir a su lado.

—¿Perdón?

—Disculpe mi intromisión, me fijé que se había quedado mirando la entrada de las señoras.

Ginés alcanzó a ver un rostro serio y perforado por las arrugas que se deslizaban agrietando la piel bajo unas grandes gafas.

—¿Le puedo preguntar el motivo?

El hombre sacó un pañuelo de tela blanco de uno de sus bolsillos y pausadamente desplazó las gafas para enjugarse los ojos.

—Porque ya no sé en qué creer —contestó con la mirada perdida—, la vida nos ha castigado sin que sepamos el motivo.

—¿Castigado?

—A mi familia.

El anciano alargó la última sílaba al tiempo que el sufrimiento se le marcaba en el rostro.

—Los últimos meses no han sido fáciles, somos buena gente, ¿sabe? He trabajado durante cuarenta y cinco años casi sin descanso y ahora mis hijos apenas tienen para comer. Sin trabajo, sin ingresos, sin casa..., mi pensión no llega para tanto...

Ginés pensó en hacer un gesto de consuelo pero se contuvo, nunca había sabido reforzar al individuo en los momentos en los que verbalizaba su sufrimiento. Le pareció que cualquier comentario implicaría una distorsión en la historia de ese hombre.

—Cúidese —le dijo el anciano comenzando a arrastrar sus pies hacia la puerta de salida.

—Señor —alcanzó a decir—, siempre es mejor depositar la fe en uno mismo.

No supo si había alcanzado a escucharle y le siguió con la mirada hasta que el giro del autobús hizo que el hombre desapareciera tras los edificios.

—Es curioso cómo unas veces la aflicción humana alimenta las religiones y otras veces las separa de ellas, supongo que todo depende del punto de partida —pensó mientras volvía a acomodar la cabeza sobre el cristal de la ventana.

Permaneció unos segundos con esa frase en la mente y algo estalló en él.

—¡El punto de partida!

Saltó de su asiento haciendo ademanes con los brazos sin apenas percibir las miradas del resto de pasajeros que se habían depositado sobre él. Esperó impaciente la siguiente parada agarrado a una de las barras de sujeción mientras la excitación hacía que sus pies se movieran constantemente.

Saltó a la calle y comenzó a correr. Se encontraba a unos metros y necesitaba con urgencia llegar a su destino.

Giró por la calle del Sacramento hasta encontrarse con la esquina de San Justo. Frenó en seco en el adoquín empedrado de uno de los barrios más transitados de Madrid y se encogió sobre sí mismo. Necesitaba recuperar el aliento. Observó a su alrededor, el gris blanquecino de los edificios coronados en sus fachadas por balcones similares dotaban al lugar de una aparente calma.

Caminó hasta encontrar la biblioteca, el inmenso edificio reconstruido a partir de documentos gráficos de lo que fue en su época de mayor esplendor

conjugaba en él el estilo tradicional de una de sus fachadas junto con los elementos innovadores de la entrada. Era una de las pocas bibliotecas abiertas en domingo en la ciudad.

Se acercó al cristal que simulaba una puerta y alzó la mirada para ver las grandes letras que daban nombre al espacio.

—Biblioteca Iván de Vargas —se dijo haciendo una mueca—, caballero medieval de linaje histórico. Nunca entenderé por qué las ciudades siempre reconocen con este tipo de gestos a los poderosos.

Accedió al interior y caminó por los grandes pasillos hasta llegar a la sala de lectura, estaba vacía y eso le tranquilizó. Prefería la soledad de los libros.

Se dirigió a las grandes estanterías y comenzó a recorrerlas hasta que localizó lo que estaba buscando. En la sección dedicada a los estudios psicológicos deslizó su dedo por el lomo de los ejemplares que allí permanecían esperando a ser recogidos hasta que encontró títulos relacionados con las motivaciones y los estudios del fenómeno del suicidio. Alzó la mirada y se dio de bruces con una de las obras más reconocidas en ese campo de estudio: *El Suicidio*, de Emile Durkheim.

—Este libro no debería estar aquí, pertenece al ámbito de la sociología —pensó mientras recogía todo lo que había despertado su interés y regresaba sobre sus pasos hacia la sala de lectura.

Se sentó y dispuso sobre la mesa el material que le acompañaría toda la mañana. Se quedó observando las cubiertas de los libros y pensó que le faltaba otro gran estudio sobre la materia, el del sociólogo alemán Max Weber.

—¿El punto de partida? —se dijo Ginés con la mirada perdida en sus pensamientos—, al ser humano le crean unas expectativas vitales, unas líneas a seguir en su camino para la consecución de las metas que le

vienen dadas socialmente. El punto de partida es el momento en que nacemos.

Se quedó ensimismado, las fotografías mentales de los últimos días fueron pasando por sus pupilas unas tras otras. El rostro de Lucía, el sufrimiento de Roberto, el asesinato de Jimena.

—Todos son composiciones de un ente que está por encima de ellos. Si los autores clásicos de la sociología ya culpan en el siglo XIX a la desmotivación social entre muchos otros factores para el suicidio, ¿qué nos ocurre a nosotros en el 2015?

La pregunta quedó flotando en la estancia y Ginés abrió uno de los libros, leyó rápidamente el índice que traía en las primeras páginas y buscó el capítulo cinco que contenía en negrita el epígrafe: El sufrimiento como motor de las ideas suicidas.

—¿Qué clase de sufrimiento prima más para un acto como ese? ¿El físico o el psíquico?

Ginés quedó desconcertado, alzó la mirada y vio frente a él a un joven que se acercaba a la treintena.

—¿Cómo dice?

—Leí ese libro hace unos meses, ¿le interesa el tema? —dijo sentándose frente a Ginés.

—No le invité a que tomara asiento.

—No me ha respondido a la pregunta.

Pensó en levantarse e irse pero supuso que haciendo caso omiso a la presencia del hombre desaparecería. Regresó sobre la lectura.

—Creo que el dolor físico tiene a la ciencia de su parte pero, ¿qué

hacemos con el emocional? La psicología y la psiquiatría aún no han encontrado un camino válido para aliviarlo y la religión quedó denostada para ello.

—¿La psiquiatría? —contestó Ginés marcando una sonrisa.

—¿No cree en ella?

—¿Usted cree que el desaliento se cura con fármacos?

El hombre se pegó al respaldo de su silla y lanzó una gran carcajada al aire.

—En eso estamos de acuerdo y entonces, ¿cómo lo tratamos?

Ginés sintió la mirada del joven clavada en su pecho y alzó la cabeza para observar su rostro. Marcado por una gran cicatriz en la mejilla, la barba parecía querer disimular un acto que prefería no recordar. Su actitud era desafiante y eso hizo que Ginés se replegara un poco más sobre sí mismo.

—No sé bien a dónde quiere llegar.

—Estará de acuerdo conmigo en que ninguno de nosotros nacemos diseñados, es la sociedad en la que vivimos la que nos traza las líneas siendo niños. Nos marcan los objetivos a conseguir incluso a largo plazo. Nos dicen cómo tenemos que comportarnos y qué es lo socialmente aceptable. Y nos embuden de sueños prefabricados que debes aceptar como propios y luchar por conseguirlos. El gran mito del triunfo individual y económico. ¿Pero qué ocurre si te sales de eso?

—Que eres un paria —dijo Ginés en un susurro.

—¿Y si lo intentas y no puedes?

—Que eres un fracasado.

—¡Exacto! —dijo el joven subiendo la voz—, que fracasas y te engloban dentro de la parte de la sociedad que ya no tiene nada que

aportar. Pero... ¿y si no consigues hacerte al camino marcado? ¿Y si no te encuentras a ti mismo dentro de lo que esperan de ti?

Ginés no respondió intentando calmar el dolor de estómago que la frase había provocado en él. Sintió cómo desde su cuello brotaba un sudor frío que hizo sobrecoger su cuerpo ante un gran escalofrío. Recordó esa misma pregunta años antes en los labios de Susana, después de su primer relato conjunto abrieron una botella de vino y charlaron durante toda la noche sobre las tormentas sociales que encogen a los hombres. Recordó la respuesta que le había dado a ella y se la ofreció al joven.

—Tienes dos opciones, luchar ante la adversidad y crear tu propio camino al margen de lo establecido o rendirte ante él.

El chico sonrió complacido ante la respuesta de Ginés. Se levantó y le ofreció la mano.

—Un placer haber conversado con usted. Sabe que las dos opciones de su respuesta llevan con ellas un sufrimiento emocional extremo y sabe también que esto se desarrollará en las sociedades venideras de igual modo. ¿No cree que serán distintos componentes sobre un mismo tablero que se desarrollará hasta el infinito?

Ginés lo miró sobresaltado, quiso responder pero necesitó tragar varias veces para que su garganta emitiera algún tipo de sonido. Permaneció sentado intentando digerir la última frase del hombre.

—¿Es él...?

Intentó levantarse y correr tras el joven pero sus piernas parecían no contener la fuerza necesaria para sujetarlo. Necesitó agarrarse firmemente a una de las mesas para recobrar la estabilidad en su cuerpo. Pateó el suelo con ambos pies para que recuperaran las sensaciones perdidas por el hormigueo que le

apresaba y decidió sentarse. Su cuerpo se había revelado a los aleteos de su mente que tras la conversación se había quedado clavada en el rostro del hombre. Se tapó con ambas manos los oídos y sintió cómo las palpitaciones le llegaban hasta ellos. Decidió dejarse llevar durante unos minutos, sabía que recomponerse en ese estado no le era posible. La ansiedad dominaba la situación y se dispuso a sumergirse en ella.

Pudo incorporarse en el momento que su móvil comenzó a vibrar en uno de los bolsillos. Vio el nombre en la pantalla y pulsó la tecla de recepción de llamada.

—¿Sí? —alcanzó a decir.

—Tiene que venir, tenemos otro cadáver.

Colgó sin dar lugar a que Irene continuase la conversación. Se sentó de nuevo y escondió la cabeza entre los brazos enlazados y su pecho mientras rompía a llorar.

## **Capítulo 22**

El Toyota Prius se encaminó a la arboleda de acceso al edificio, aspiró con fuerza el aroma del coche y le pareció que conservaba el olor a nuevo que caracteriza a los coches recién salidos del concesionario. Miró su móvil y necesitó hacer la pregunta antes de llegar al anatómico.



—¿Suicidio o asesinato? —Observó unos segundos la pantalla y pulsó en enviar. Apretó con fuerza el aparato hasta que su mano quedó marcada por el borde del mismo y se deslizó sobre el asiento trasero. Esta vez el traqueteo del coche comenzó a agobiarlo pero Ginés no supo dilucidar si tenía la necesidad de llegar con urgencia o de correr hacia un lugar apartado de la civilización.

El motor paró en el mismo instante que el taxista le indicaba el precio de la carrera. Pagó y comenzó a correr hacia la entrada. Esperó a que las puertas se abrieran al comprobar su presencia y vio a María caminar hacia él.

—Ve a su despacho.

—¿Qué ha ocurrido?

La mujer bajó la mirada y negó con la cabeza.

Ginés no respondió a su gesto y se dirigió hacia uno de los ascensores. Inspiró fuertemente hasta que su pecho se llenó de aire y cerró los ojos intentando recobrar un espacio de tranquilidad antes de estar frente a Irene.

La puerta del despacho de la forense jefe se encontraba entreabierta, la empujó y vio a la mujer hablando por teléfono. Le hizo un gesto con la mano para que pasara al interior y continuó con la conversación. Tardó unos segundos en percatarse de la presencia de Elena que permanecía apoyada en la pared con las manos tras su espalda. Intentó saludarla pero ella no se molestó en mirarlo.

En ese instante Ginés supo que el requerimiento para que llegara al anatómico no tenía un argumento de complicidad. Comenzó a sudar y necesitó sacar un pañuelo y pasarlo por su frente. Irene seguía frente a él gesticulando con las manos al ritmo de su conversación. Ginés comenzó a perder la capacidad auditiva, las palabras de la forense cada vez parecían más lejanas. Comenzó a

sentir una gran presión en sus oídos y a perder la conciencia sobre la realidad del lugar. A su alrededor todo parecía más pequeño como si las paredes fuesen acortando la distancia de manera progresiva hasta él. El corazón le bombeaba con fuerza y se sintió desvanecer.

—¡Ginés! ¡Ginés!

La voz de Irene le llegó débil pero consiguió percibirla y fijar su mirada en la mujer.

—¿Se encuentra bien?

Elena le ofreció un vaso de agua, lo tragó con esfuerzo y se incorporó levemente sobre su asiento mientras hacía un gesto afirmativo con la cabeza.

—Llamaré al médico, no tiene buen aspecto.

—No es necesario, estoy bien —consiguió susurrar—, le envié un mensaje.

—Verá, Ginés —comenzó a hablar Elena caminando hacia él—, nos tiene un poco desconcertadas. De un modo u otro todo lo que sucede gira en torno a usted...

—Suicidio —le interrumpió Irene dirigiendo a su amiga una mirada de desagrado, no quería ningún interrogatorio en su presencia—, aunque la autopsia lo dictaminará en breve, tenemos algunas dudas.

La conversación previa a la llamada a Ginés había sido tensa entre ambas, Irene dudaba de la coherencia de mantener informado a Ginés y Elena le expresaba la necesidad de tenerlo frente al cadáver para observar su reacción. Le acusó de querer proteger a la persona que más cerca se encontraba de todo lo referente al símbolo y a las víctimas y de no querer pronunciar su nombre ante el inspector. La forense jefe al escuchar las palabras de su amiga giró sobre sí misma y colocándose a pocos centímetros de ella sacó el teléfono

móvil de uno de sus bolsillos y marcó el número de Ginés. Tras la breve conversación con el hombre, la miró a los ojos y le dijo: «Sé que estás equivocada».

—¿Algunas dudas? ¿Hay algo más?

—Existen elementos extraños que no teníamos en las anteriores víctimas, murió por ingerir una potente mezcla de barbitúricos pero...

—¿Pero qué? —expresó Ginés ansioso.

—Será mejor que nos acompañe.

Bajaron al sótano en silencio sin apenas mirarse entre ellos, alargando los pasos para hacer más breve el recorrido. El sonido de los tacones en el silencio del lugar se clavaba como agujas en la mente de Ginés. Necesitó apretarse el cráneo para contener el dolor que le provocaba la situación mientras caminaba tras ellas. Había recorrido esos pasillos multitud de veces pero en ese momento todo le era extraño, se encontraban cerca de la sala a la que se dirigían y el recuerdo de la puerta blanca que daba acceso a la misma comenzó a ponerle nervioso, intentó controlarse pero el temblor en las manos era una señal inequívoca de que no lo iba a conseguir.

—¿Avanzó la investigación de Jimena?

Elena se volvió hacia él de forma vertiginosa y Ginés sintió cómo su mirada lo atravesaba.

—¿Cómo dice?

—Solo..., solo quería saber...

—No —le respondió Irene con un tono de voz más afable tras verlo palidecer ante la expresión de su amiga—, todo continúa en el aire. La investigación criminológica no ha podido encontrar ningún residuo, ni

natural ni adquirido.

—¿Eso qué significa? —preguntó sin levantar la mirada del suelo.

—Que el cuerpo estaba absolutamente limpio, no tenía ningún rastro de semen, saliva o ADN que no fuera el suyo. Ni una miserable fibra por la que continuar investigando. Nada, ni siquiera la bala ha podido cotejarse con algún crimen anterior.

—Creo que ya es suficiente —espetó Elena mientras les daba la espalda y avanzaba de nuevo por el pasillo.

Ambos se miraron y continuaron caminando en silencio. Ginés percibió en ese instante que Irene también acostumbraba a acatar órdenes a pesar de ser ella la que habitualmente las daba.

Elena abrió la puerta y les ofreció pasar. El frío de la habitación le hizo temblar e intentó que las dos mujeres no pudieran percibirlo deslizando sus manos al interior de los bolsillos de la chaqueta.

Irene y él recorrieron pausadamente los escasos metros que les separaban del bulto blanco que frente a ellos les esperaba inerte. Elena prefirió apoyar su espalda en una de las paredes y contemplar la escena desde la distancia.

—Genaro López —dijo la forense retirando la sábana del rostro del individuo.

Una gran arcada le sobrevino y necesitó concentrar toda su atención en ella para contenerla. Se sentía mareado y se mordió fuertemente el labio inferior para hacer reaccionar su cuerpo y que este no se desvaneciera.

—No hay un patrón de edad en las víctimas.

—¿Víctimas? —preguntó Ginés sorprendido por la definición que Elena acababa de otorgar a los cuerpos.

—¿No cree que lo sean?

—Creí que ese término no se empleaba en las muertes por suicidio.

—Verá, Ginés —dijo la exinspectora acercándose lentamente a él—, hay algo en todo este asunto que se nos escapa. Es cierto que las autopsias dictaminan la muerte voluntaria pero ¿no cree que esto va más allá?

Sintió la presencia de la mujer en su espalda, podía sentir su respiración, el aire exalando de sus pulmones y rozando su cuello. Las piernas le flaquearon y un leve temblor apareció en su labio inferior.

—Sé que sabe algo —le susurró al oído.

Se sujetó ambas manos para contener el nerviosismo y buscó la mirada de Irene. Junto al cadáver la forense parecía no prestar atención a lo que estaba ocurriendo a su alrededor, se limitaba a fotografiar una y otra vez el cuerpo del hombre.

—Alrededor de sesenta años —dijo—, varón, sin enfermedades conocidas y sin familiares cercanos. No hemos conseguido encontrar a nadie al que transmitirle la noticia de su muerte.

Ginés le vio alzar la cabeza, mirarlo brevemente y cambiar la expresión de su rostro pero no supo identificar cuál era el motivo.

—Parece que murió como vivió, en soledad —espetó Elena—, sus vecinos avisaron a la policía porque escucharon sonidos extraños en el interior de su vivienda. Cuando llegaron encontraron el cuerpo sin vida del hombre y a su gato destrozando las estanterías del salón.

—Yo creo que pretendía hacerlo despertar —dijo Irene.

Ginés observó un instante a las mujeres, se habían situado frente a él a una

distancia prudencial. Vio el rostro tenso de Elena contrastar con la palidez que expresaba la forense y comprendió que era una especie de interrogatorio mal ejecutado, supo que le estaban presentando la muerte de un igual o al menos los que a ellas les parecía similar a su propia existencia. Un cuerpo tatuado con el símbolo con el que hacerle sentir cercano y comprobar su reacción ante él. Le estaban midiendo y Ginés decidió darles una respuesta coherente a la escena que le habían preparado.

Se acercó despacio al cuerpo y fingió estar compungido.

—Les recuerda a mí, ¿verdad? ¿Creen que necesitaba descansar de su propia vida?

No respondieron. Ginés se retiró y acuclillándose se tapó el rostro. Elena salió de la habitación dejando el eco de la puerta al estrellarse contra la moldura e Irene se acercó a él. Permaneció un instante a su lado y se agachó hasta estar a su altura, le ofreció un pañuelo y se dirigió hacia la puerta. Volvió la cabeza hacia Ginés antes de salir.

—No se merece esto. Prohibere dementia.

## Capítulo 24

Abrió los ojos despacio, le pesaban los párpados y le dolía la garganta. Intentó tragar saliva pero tenía la boca seca y un sabor dulzón en ella que no reconocía. Palpó a su alrededor desconcertado, la penumbra no le permitía reconocer el lugar donde se encontraba. Fijó la palma de la mano en el frío suelo y con esfuerzo se sentó apoyándose en una pared. La cabeza parecía estallarle y se sentía demasiado débil para ponerse en pie. Respiró

profundamente e intentó recordar lo sucedido pero su mente parecía bloqueada en aliviar el dolor de la sien.

Buscó en sus bolsillos y encontró el teléfono móvil, pulsó una tecla y la luz de la pantalla hizo que cerrara los ojos con fuerza. Se arrodilló y volvió a apretar el botón.

—¿Las cuatro de la madrugada?

Se incorporó con gran esfuerzo sujetándose a la pared y fue apoyándose en ella hasta llegar a un pequeño interruptor. Lo presionó y el fogonazo de luz lo desgarró. Se apretó con fuerza la cabeza y cayó sobre sus rodillas. Se arrastró hasta el mueble blanco que ocupaba todo el espacio lateral y volvió a incorporarse.

—¿Qué ha pasado?

El cuerpo de Genaro permanecía en el centro de la habitación, descubierto y en calma. Observó a su alrededor, todo parecía estar en el lugar acostumbrado. Todo menos él.

Abrió el grifo y bebió hasta que el dolor en el estómago le hizo parar, a pesar del agua su garganta continuaba estando seca.

Recordó la presencia de Irene y Elena la tarde anterior y giró su mirada hacia el lugar donde había despertado. Vio el pañuelo y comprendió que lo habían dormido. Le flaquearon las piernas y necesitó sujetarse al mueble para no caer al suelo.

—¿Por qué yo no estoy muerto?

Tomó una silla y la arrastró hasta el cadáver. Se sentó en ella y lo miró fijamente por primera vez. Observó sus manos que en contraste con lo cuidado del cabello parecían el único punto donde se apreciaba el descuido estético previo. Tenía las uñas demasiado largas y ennegrecidas. Buscó el

símbolo por el cuerpo del hombre y lo encontró en el pecho. Pasó sus dedos por él y sintió el relieve en la piel. Aún estaba cicatrizando y a Ginés le pareció que era el único lugar que seguía con vida en Genaro.

—¡Aún con su muerte tú permaneces con vida en él! —chilló.

El estómago se le encogió al comprobar que podía poner rostro a la firma de los emails que recibía, los ojos de Irene tomaron forma ante él y necesitó respirar con fuerza.

—Ponerse en la mente del otro —se dijo recordando las últimas palabras que le había escrito—, igual es la forma de comenzar a entender todo lo que sucede.

Observó el rostro del hombre y se descubrió sintiendo de nuevo la sensación de calma que ya le transmitieran Lucía y Roberto y su cuerpo se tensó.

—Creo que me es fácil ponerme en tu lugar. No sé cuál ha sido tu vida, si en algún momento tuviste familia o amigos pero sí sé que llevas mucho tiempo conviviendo contigo mismo, con tu soledad. Y esto no es fácil si no lo elegiste tú, puede destrozarte cuando es impuesta por las circunstancias. Solo, haciéndote mayor en una ciudad que no te da opciones. Tal vez viviendo de los recuerdos agradables, trayéndolos a tu presente una y otra vez para no olvidar que en algún momento sonreíste, que en algún momento recibiste una caricia.

Los ojos se le empañaron y necesitó aliviar las lágrimas pasando sus manos por ellos.

—Era tu deseo, querías morir. Lo único que no entiendo es por qué aparece ese símbolo en ti, no lo necesitabas.

Escudriñó la mirada y la fijó en algún punto de su mente tras pronunciar la última frase.



—¿O si...? ¿Y Jimena?

Hasta él llegó la imagen de Irene y sus labios se apretaron conteniendo la respiración. Imaginó la escena en el aparcamiento, el cuerpo inerte de la chica siendo transportado hasta el lugar elegido y el rostro de la forense dibujando una sonrisa. Negó con la cabeza y se frotó la cara.

—Nada de esto tiene sentido, ¿por qué?

Los interrogantes le pesaban demasiado, elementos a encajar en un puzle que le parecía agonizante. No supo qué responder y decidió comprobar si la puerta de la sala estaba abierta. Se dirigió hacia ella con cautela e instintivamente frenó y agudizó el oído intentando escuchar. Todo se encontraba en silencio y solo percibió el rechinar de sus propios dientes chocando entre sí.

Palpó el pomo y giró la mirada hacia Genaro. Quiso decirle una última palabra pero no encontró nada que expresar. Mostró una ligera sonrisa y negó con la cabeza. En ese instante supo lo que Irene había pretendido con su llamada y en él se instalaron los argumentos precisos. El estómago se le encogió produciéndole una punzada que hizo que cayera al suelo arrodillado, clavó ambas manos en sus piernas y apretó los dientes hasta hacer sangrar las encías.

—¡Asesinas su mente!

Estuvo varios minutos en esa posición intentando recuperar la estabilidad y jadeando constantemente. Recordó los emails recibidos, cada frase escrita por Infinito comenzaba a tener significado. Quiso gritar pero sus pulmones no respondieron. Todo estaba medido con precisión milimétrica, cada palabra tallada y dirigida a él era la composición de una obra de teatro. Habían trasladado el escenario y lo representaban fuera de las tablas, en la vida real. Secundarios sin capacidad de improvisación dirigidos entre las sombras y

adaptando el relato al protagonista elegido.

—Soy una de las víctimas.

Apenas fue audible, lo verbalizó sin fuerza como en un último aliento esperando que con ello fuese menos real. Trató de ponerse en pie pero sus extremidades no respondieron y cayó al suelo golpeándose el rostro. Sintió la sangre recorrerlo de nuevo pero se dejó llevar por el silencio de la habitación intentando que se trasladara al agónico nerviosismo que le recorría. Encogió las piernas sobre su pecho y llevó la cabeza junto a ellas al tiempo que rompía a llorar de manera convulsa.

La melodía del móvil llenó la habitación pero hasta él solo le llegaron algunos ecos, sus sentidos no parecían reaccionar ante los estímulos y decidió dejarlo sonar. El aparato volvió a emitir sonido inmediatamente y Ginés acercó su mano temblorosa hasta él.

Respondió y la voz al otro lado le hizo desvanecer.

—Has conseguido hacer girar el diseño. Mis felicitaciones.

La voz sonó grave, metálica e irreconocible para la fragilidad mental que Ginés experimentaba en esos instantes. Se quedó mirando fijamente la pantalla sin comprender el significado de lo que pretendían transmitirle hasta que el aparato apagó la luz y se sumió en la oscuridad de la espera.

## **Capítulo 25**

Un fuerte olor lo recibió tras la puerta. Había tardado más de lo habitual en subir desde la sala de autopsias hasta el despacho de la forense, le costaba caminar y cada paso dado le agudizaba la sensación de asfixia. Llegó hasta el nombre de Irene Segura que marcaba la entrada a su oficina y la ira se apoderó de su cuerpo. No supo si la puerta se encontraba cerrada pero necesitó estrellar su pie contra ella para liberar parte de la tensión que le recorría.

El golpe fue contundente y el pestillo cedió ante él. Necesitó alzar la camisa y situarla sobre su nariz para contener el efluvio que emanaba del habitáculo, abrió la ventana y contempló la noche tras el edificio. Todo parecía en calma,

la arboleda susurraba al compás del viento y las primeras luces que alcanzaba a ver quedaban a varios kilómetros. Respiró profundamente y pasó sus dedos por la herida de la frente. Aún sangraba ligeramente, sacó el pañuelo de tela blanca de uno de sus bolsillos y presionó con él intentando evitar que la sangre continuara descendiendo.

Se sintió agotado, su cuerpo apenas podía mantenerse en pie y le provocaba punzadas de dolor en lugares hasta ahora desconocidos. Comprobó cómo la tensión vivida en la sala de autopsias comenzaba a desaparecer llevándolo hasta un estado de letargia que solicitaba cerrar los ojos y dormir profundamente. Se sentó en uno de los sillones y apoyó la cabeza sobre el respaldo. Fijó la mirada en el techo y deseó estar en otro lugar. El recuerdo de Susana le sobrevino, su mirada penetrante acompañada de una ligera sonrisa que Ginés siempre señaló como su estado de concentración. Podía estar mirándole pero él no era visible a sus ojos, estos estaban vislumbrando algún punto de su pensamiento y reflexionando sobre alguna situación.

—¿Qué implica tu nombre en todo esto?

Suspiró lentamente mientras se incorporaba intentando activar su cuerpo. Pulsó el interruptor de la luz y el escenario cambió. La oscuridad le había permitido un instante de relajación que quedó roto frente al escritorio de Irene. Entrecerró los ojos y comenzó a sentir el frenético latido de su corazón. El despacho se mostraba impoluto, ordenado hasta el detalle. Intentó recordar su paso por él unas horas antes cuando llegó en respuesta a la llamada de Irene. Algo en él era distinto, el orden había borrado la presencia de la forense, todo lo que hace propio un lugar estaba eliminado. A Ginés le pareció una de las habitaciones que ofrecían ilustradas en sus catálogos las tiendas de muebles. Algo anodino que llenar con personalidad.

Cerró los ojos e intentó agudizar su olfato, fue acercándose cuidadosamente a

los elementos que componían la estancia y comprobó que el olor provenía del escritorio de la forense. Pasó sus dedos por encima de la madera y sintió cómo una sustancia extraña a la misma le hacía brillar.

—Lo han limpiado —pensó mientras tomaba asiento en el sillón de Irene y lo giraba hacia la librería que enmarcaba el lateral izquierdo junto a la ventana. Vio cómo reposaban diferentes manuales de ciencia forense junto a revistas que supuso contendrían algún artículo escrito por ella.

—La gente guarda sus logros —susurró con una ligera sonrisa y desechó la idea de comprobarlo.

El pulso se le aceleró y no supo identificar el por qué, su mano había rozado el frío acero que reposaba junto a una pequeña libreta sobre la mesa. La hojeó ansioso, página a página la tensión le iba empañando la visión y tuvo que frotarse momentáneamente los ojos para que la imagen fuese nítida. Estaba en blanco, no contenía ninguna anotación. La apartó y sintió un leve temblor en las manos que contuvo presionándolas. A su lado emergió la pantalla del ordenador de Irene, Ginés intentó contener la emulsión de emociones que su reflejo en el cristal negro le provocaba pero el esfuerzo no le fue suficiente.

Una punzada de dolor en la nuca le hizo gritar a la vez que su mente recogía la sucesión de palabras recibidas en su email, imaginó los dedos sobre el teclado pulsando despacio cada tecla, saboreando la composición de cada frase.

Saltó del sillón y corrió hacia la ventana. La abrió y fue dando bocanadas al aire que le posibilitara reconducir la ansiedad de su cuerpo, establecer la línea de control que permitiera a su mente enfrentar la situación. Cerró los ojos y apretó los puños hasta sentir el dolor de las uñas clavarse sobre sus palmas. Respiró con fuerza y se giró sobre el escritorio. Llegó hasta él despacio, intentando contener la cólera que giraba en su pecho pidiéndole

salir, se situó frente a la pantalla y llevó su dedo sobre ella dibujando el símbolo de infinito.

Lo contempló durante un instante y apretó el botón de encendido. Se sentó frente al teclado y esperó a que la pantalla se iluminase. El ordenador solicitaba una contraseña para dar acceso a su contenido y Ginés suspiró profundamente. —Es habitual que la gente ponga palabras que hagan referencia a sí mismos, ¿qué pondría ella?

Se retiró del escritorio y comenzó a caminar en círculos por la habitación, siempre había pensado mejor de ese modo. No conocía en profundidad a Irene y estaba a punto de desistir cuando llevó sus dedos al teclado y escribió “infinito”. El aparato respondió al instante y le mostró su interior.

Ginés se quedó paralizado, sintiendo la rabia instalarse de nuevo en su pecho mientras contenía sus manos para no lanzar contra la pared el aparato. Apretó los dientes y se sentó de nuevo.

De un rápido vistazo observó que la pantalla inicial no contenía nada reseñable y pulsó sobre el icono de documentos. Ante él aparecieron una sucesión de nombres listados esperando a ser leídos. Ginés se retiró un instante de ellos, se llevó las manos a la cabeza entrelazándolas con su pelo y escudriñó los ojos al sentir el dolor de la herida. En ese momento entendió que no sabía lo que estaba buscando.

Se levantó, necesitaba dejar espacio entre él y el contenido de Irene y se giró hacia la estantería. Recorrió cada título sin prestarlos atención, necesitaba que su mente se ordenara y los libros siempre le habían ayudado a ello.

—¿La religión del equilibrio?

En la parte inferior del estante, escondidos tras varias carpetas Ginés encontró varios volúmenes de filosofía oriental. La imagen de Jimena se hizo

nítida en su recuerdo y vio el símbolo presidiendo su ombligo. Alcanzó los libros y se los llevó con él a la mesa, con urgencia fue pasando las páginas con la esperanza de que contuvieran algún indicio de lo sucedido.

—¡Lo dibujaste tú una vez muerta! —chilló.

Frente a él, al abrir uno de los libros apareció el dibujo de unas manos y sobre ellas en azul Irene había dibujado los mismos puntos que contenían las de Jimena. Exactamente iguales a las pupilas de Ginés que recordaba con precisión el cuerpo de la joven. Un estallido de ira hizo que lanzara el libro contra la pared asumiendo que los pies de la mujer también tendrían en esas páginas su boceto previo. En ese instante algo en su rostro cambió, sus puños dejaron de apretarse contra sí mismos al tiempo que su mente le mostraba una de las piezas que le habían repetido con insistencia en los emails.

—¡El tablero!

Sus pensamientos comenzaron a girar sin contención y cerró los ojos con fuerza. Sabía que algo en su memoria quería mostrarle un nuevo indicador de lo sucedido. En ese momento apareció con fuerza el cuerpo de Jimena en él, tumbado y mostrando cada pieza del juego de infinito.

—¡Hija de puta! —chilló al aire—, firmaste el documento de la autopsia pero no la realizaste. Te ocupaste personalmente de hacerme llegar toda la simbología. La necropsia hubiese eliminado el rastro del ombligo de la chica, me dirigías la composición. Dejaste las marcas básicas de tu bisturí esforzándote por no eliminar ningún elemento.

Abrió de nuevo el libro y arrancó las hojas que contenían el dibujo de manos y pies. Las colocó sobre la mesa y observó cada punto en ellas dibujado con detenimiento.

La velocidad de sus pensamientos quedó anclada y mostró una sonrisa

retadora.

—¡Quieres jugar al GO!

Se sentó y ladeó la cabeza sin dejar de observar la composición de las piezas que le habían propuesto, escudriñó la mirada y pensó que tenía que trasladar el tablero a un lugar más propicio para analizar su jugada.

Buscó por los cajones del escritorio hasta que localizó un folio en blanco y un bolígrafo y dibujó el verdadero tablero del mítico juego chino.

—19 x 19 líneas en un espacio cuadriculado cuyo objetivo es controlarlo completamente. Supongo que todos cometemos errores, Irene, nunca te hubiese imaginado jugando una partida a este juego.

Ginés aproximó la tinta al folio impoluto y fue trazando las líneas cuadriculares hasta que lo tuvo completo. Se retiró de la composición para observarlo un momento desde la distancia y cogió las hojas que contenían los puntos de Irene. Trasladó con cuidado de no cometer ningún error las fichas en las que había convertido el dibujo a su tablero y respiró profundamente.

—En este juego hay dos clases de piezas, las blancas y las negras. Siempre comienzan las negras por las que esas son tuyas y ya sabes que una vez puestas nunca se mueven del tablero.

Se quedó pensando tras la última frase, miró de nuevo hacia el juego y contó los puntos que había trasladado.

—Solo has puesto once fichas negras —dijo soltando una risotada nerviosa—, ¡quieres que te lo remita con mis posiciones! ¿Y qué harás, Irene, devolverme la jugada dibujada en otro cadáver?

Se llevó las manos al rostro y las deslizó por él presionándose. Desvió la mirada hacia la ciudad a través de la ventana y negó con la cabeza.



—No entiendo por qué quieres jugar a esto...

Alargó la última sílaba y quedó sumido en sus conjeturas durante unos minutos hasta que volvió a fijar sus pupilas sobre el folio dibujado.

— Son tus posiciones en el tablero real, tu juego no se desarrolla alrededor de una mesa si no en las calles de la ciudad. Tienes once personas adiestradas esperando tu señal.

## Capítulo 26

“Debiste matarme cuando tuviste ocasión. Ahora conozco tus posiciones y no tardaré en averiguar los enclaves en las entrañas de esta ciudad que pretendes convertir en un infierno.

He tardado en entender que alguien como tú no tiene capacidad para expresar la verdad, siempre es más fácil esconderse tras el halo de la mentira que mostrar tus intenciones reales. Nunca me tuviste en consideración intelectual ni pretendiste retarme. Soy una más de tus víctimas escogidas para anular su capacidad mental y llevarlas hasta el sufrimiento extremo que desemboque en su muerte.

Tengo que felicitarte por tu gran puesta en escena, ver el cuerpo de Genaro y pretender que asociara mi vida a la suya fue muy acertado, casi consigues desestabilizarme. Pero te has equivocado, no solo porque jamás podrás anular

mi intelecto si no porque me has dado un motivo para continuar viviendo un día más.

La manipulación puede ser el método más efectivo de control humano siempre que no se muestre visible y sea descubierta. Sí, estoy riendo. Igual no eres tan inteligente como parece creer.

Ahora el que decide las reglas del juego soy yo y voy a pararte.

Buen amanecer, Irene.

Ginés”.

## **Capítulo 27**

Envió el correo electrónico y volvió sobre los documentos del ordenador. Localizó el expediente falso de la autopsia de Jimena y lo leyó. Apenas contenía unas líneas y daba por válida la hipótesis de la muerte violenta por arma de fuego.

Era consciente de que el email enviado a Irene era una quimera, sabía que estaba muy lejos de entender qué estaba sucediendo y se sintió desfallecer. Le pesaban los pómulos y sentía un pequeño calambre recorrerle las mejillas. Supuso que la presión que inconscientemente estaba ejerciendo con la mandíbula le estaba provocando el dolor, se masajeó suavemente la zona y acomodó la cabeza sobre sus brazos encima de la mesa. Respiró profundamente y pensó en Susana. En ese instante reconoció que su recuerdo comenzaba a difuminarse, la imagen de la mujer estaba ensombrecida, los acontecimientos de los últimos días y el rastro de Infinito rodeaba como una

neblina su nombre.

Cerró los ojos un instante y escuchó un leve sonido. Alzó la cabeza desconcertado y miró a su alrededor, intentó agudizar el oído pero únicamente alcanzó a escuchar el compás del viento en el exterior del despacho.

Fijó la mirada en la pantalla del ordenador y recordó que lo había dejado encendido, pulsó una tecla y la pantalla mostró la respuesta de Infinito a su correo electrónico.

“A veces una inusitada fuerza emerge de donde creías estaba apagada... te espera”.

Ginés quedó desconcertado, no pulsó la posibilidad de recibir una respuesta, y al leerla esta no le mostraba ningún camino. Se golpeó suavemente la sien intentando con ello que sus pensamientos le guiaran hacia algún lugar pero no consiguió nada más que el dolor de la herida abierta en su frente si hiciese más agudo.

Releyó de nuevo la línea recibida y pulsó en responder. El cursor parpadeó ante él inquisitivo, esperando impacientemente que llevara sus dedos sobre el teclado y mostrara sus letras. Alzó la mirada hacia la puerta de entrada que quedaba frente al escritorio y escudriñó los ojos. Regresó sobre el teclado y escribió: “c/ Ave María, 11”.

Dejó que la inactividad envolviera de negro el aparato y recogió el dibujo que había realizado sobre los puntos de Jimena. Lo guardó en uno de sus bolsillos de la chaqueta y se golpeó con el sonido metálico de las llaves. El nombre de Susana le bombeaba la mente y sintió la necesidad de ir hasta ella, hasta el lugar donde había pasado sus últimos meses. Encontrarse frente a la imagen de sus últimas conversaciones para poder entender el rastro de su nombre en los labios de un demente.

Se dirigió hacia la puerta y giró su mirada un instante antes de salir hacia la pantalla del ordenador, era consciente de que alguien llegaría al despacho de Irene y leería su mensaje. Esta vez no era la respuesta para Infinito sino un grito de auxilio que Ginés deseaba que alguien interpretara.

En ese instante la ansiedad le golpeó el pecho, debía abrir esa puerta antes de que nadie llegara a ella. El sudor le recorría cada poro y sintió traicionar la lealtad que siempre había defendido por la sensación de inseguridad y miedo que comenzaba a atenazarle. Se sacudió con aspavientos para recuperar la actividad de sus extremidades y corrió hacia el ordenador. Borró lo escrito y cerró su correo electrónico. Apagó el aparato y salió de la habitación.

Aún no había amanecido cuando Ginés alcanzó el exterior del edificio. Observó a su alrededor y comprendió que esa noche estaba programada. La falta de actividad en el anatómico no era producto de una casualidad, no recordaba en sus años de trabajo en ese lugar una noche sin personal ni víctimas a las que atender. Aspiró fuertemente intentando controlar la inquietud y pensó en Irene. La forense jefe dirigía el centro y le habría sido muy fácil componer el silencio en él.

Se dirigió a la parada del autobús nocturno que realizaba la ruta que desembocaba en la ciudad. Miró el reloj y comprobó que faltaban escasos minutos para que llegara lo que le produjo una sensación reconfortante. No quería permanecer esperando en el silencio de la noche sin nada más que hacer que escuchar sus propios pensamientos. En ese momento comprendió que no tenía las fuerzas necesarias para hacerlos frente y ordenarlos.

—Es mejor no intentar analizar nada y vivir los acontecimientos según vengan, la reflexión agota en mayor medida que la acción —pensó mientras escuchaba el rugir fatigado del vehículo en la distancia.

Contempló sus manos y fue consciente por primera vez de las pequeñas

marcas que surgían en ellas producto de la edad. Pasó sus dedos por encima de una de ellas y no pudo sentir su relieve.

—La edad no se superpone en la piel si no que la modifica —susurró—, no tengo energía para ambas cosas..., me agotaré entre deliberaciones y cábalas que con cierta probabilidad no me conducirán a ninguna hipótesis válida. Tengo que llegar allí lo antes posible y encontrarme con los hechos.

Subió al autobús y se acomodó en el asiento dejando caer su cabeza sobre el cristal que quedaba en el lateral del mismo. Cerró los ojos e intentó descansar. Su mente le acompañó en ello, la decisión tomada le permitió relajarse.

Despertó sobresaltado, sintiendo las palpitaciones en su pecho. Necesitó unos minutos para calmar su interior mientras desconcertado intentaba comprobar el porqué de la angustia. Hasta él llegó la frase de Infinito, la había leído sin prestar atención a su significado. En un primer momento no tenía sentido para él y ahora al recordarla continuaba sin expresar nada que a Ginés le fuese reconocible.

—¿Esperarme a mí? —se dijo—, ¿fuerzas que emergen?

Alcanzó a ver el lugar por donde el autobús transitaba y pulsó el botón de próxima parada. Se encontraba aún lejos de su destino pero entendió que necesitaba recomponerse un poco. Bajó y entró en el primer bar que encontró.

—Un café solo.

Vio las miradas de los clientes que le acompañaban en la barra posarse sobre él y recordó que no se había limpiado la herida. Fue al baño y sin mirarse en el espejo cogió un poco de papel y lo mojó. No le apetecía tener ninguna visión de sí mismo. El contacto con el agua hizo que el dolor acuciara.

Suavemente retiró los restos de sangre seca de su rostro y lo depositó en el recipiente de metal que intentaba asemejarse a una papelera.

Bebió el café de un sorbo y pagó la consumición. El calor del líquido hizo que despertara al día, lo condujo hacia la realidad. Salió a la calle y observó el transitar de la gente, el bullicio del tráfico y el correr de unos niños que por la expresión de agonía de su madre llegaban tarde al colegio.

—Es lunes y la ciudad sigue su curso.

La luz del día consiguió disipar la penumbra de las últimas horas, parecía querer diluir los acontecimientos envolviéndolos con dosis de cotidianidad. La frase de Infinito quedaba en la distancia, volvió sobre ella y una sonrisa se marcó en su rostro. Había tomado una decisión y eso implicaba no intentar entender su significado y con ello salir del juego de su interlocutora.

Metió una de sus manos en el bolsillo para rozar su contenido y con la otra paró el taxi que se aproximaba a él.

—A la calle Ave María, por favor.

## Capítulo 28

El frío le hizo temblar un instante al bajar del coche, se encogió sobre sí mismo y contempló el lugar. Habían pasado demasiados años desde que caminara por esa calle pero creyó que ese día estaba un poco más grisácea. El adoquín comenzaba a agrietarse y los árboles mostraban sus ramas desnudas. Susana adoraba ese lugar, un sentimiento que él no comprendía. La calle era estrecha y la altura de las viviendas a sus dos lados le otorgaba una imagen ensombrecida.

Alcanzó a ver el edificio que sobre la puerta marcaba el número diez y se sintió flaquear, le pareció que la debilidad se había instalado en él de forma permanente. Cruzó la calle y se apoyó sobre la pared del inmueble que se situaba enfrente. Desde allí alzó la mirada y visualizó el balcón donde habían compartido algunas madrugadas de conversación mientras dejaban

volar su mirada por el horizonte alcanzable de la ciudad.

La garganta se le encogió y tuvo que esforzarse por contener la espiral de tristeza que había comenzado a envolverle. Intentó sacudir los recuerdos agitando la cabeza con fuerza y respiró hasta sentir la entrada del aire en todo su pecho.

—Acción sin pensamiento, Ginés.

Se dirigió hacia el portal mientras las llaves tintineaban en su mano.

—Espero que la cerradura sea la misma.

Accedió al edificio y comenzó a sudar, le temblaban las manos y necesitó caminar con fuerza para encontrar estabilidad en sus pasos. Esperó a que el ascensor descendiera y entró en él esperando que la llegada al tercer piso fuese apresurada.

Se situó frente a la puerta y en ese momento comprendió que había pasado algo por alto, hacía demasiado tiempo que Susana había muerto y el piso podía estar habitado. Pegó su rostro a la madera e intentó escuchar lo que acontecía en el interior. Ningún susurro llegó hasta él y decidió abrir con cautela la puerta. Despacio fue empujándola hasta que la abertura le permitió acceder. Volvió a poner todos sus sentidos en encontrar un sonido que le permitiera salir corriendo de ese lugar pero únicamente le llegó un abrumador silencio que le hizo temblar. Se apoyó sobre una de las paredes del pasillo de entrada e intentó calmar el temor que súbitamente había aparecido en él. Hacía mucho tiempo que Ginés había enterrado los recuerdos de Susana y solo permitía fluir algunos cada siete de noviembre. En los últimos días le habían forzado a tener presente su imagen pero estar de nuevo en su casa le atenazaba, sabía que comenzar a recorrer el apartamento significaba que todo lo que ella representaba regresaría con la fuerza desmedida de su muerte. El dolor, la rabia, la soledad bombearían con fuerza de nuevo en él.



La ansiedad comenzó a recorrer cada centímetro de su cuerpo, podía sentirla bajar como un calambre nervioso a través de sus piernas dejando un rastro de hormigueo aletargado. Se presionó con firmeza las manos y pensó que la gente debería cambiar con más frecuencia las cerraduras de sus hogares.

—Al menos las de los pisos alquilados —pensó intentando que su mente pensara en argumentos más triviales y borrara la imagen de Susana.

Se deslizó por el pasillo sin dejar de tocar suavemente con sus dedos la pared que le guiaba hasta el comedor. Accedió a él y pulsó el interruptor de la luz. La imagen le dejó paralizado un instante e inmediatamente sonrió. El vacío le calmó, encontrar la habitación sin ningún complemento en ella, sin ningún mueble que le transmitiera evocación alguna le alivió. Recorrió visualmente las amarillentas paredes y pensó que estaba confundiendo el instante.

—No puedes temer el recuerdo, viniste a buscarlo y debes encontrarte con él —intentó convencerse—, aunque eso te desagrada.

Dejó de lado el salón y continuó hacia lo que sabía era la habitación que en otro tiempo ocupó Susana. La puerta permanecía cerrada y por un segundo a su mente regresó la risa de la mujer mientras tumbada en la cama gesticulaba acompañando el sonido de su garganta.

Abrió con cautela y la oscuridad del lugar lo envolvió. Se frotó los ojos para adaptar la mirada a la opacidad que le había recibido y con ello dibujar mentalmente los trazos de su recuerdo en esa habitación. Caminó despacio hacia el interior y encontró el suelo mojado. Contrariado regresó hacia la puerta y pulsó el interruptor de la luz.

Quiso gritar pero sus pulmones recogieron todo el aire que permanecía en él y le asfixiaron hasta hacerle caer de rodillas. El pánico le acuchillaba el pecho provocándole punzadas de dolor que recorrían todo su cuerpo hasta hacerse patentes de manera irrevocable en su sien. Intentó incorporarse pero sus

extremidades no respondieron y cayó de nuevo al suelo. Se acurrucó en posición fetal y dejó que las lágrimas acompañaran la convulsión de su interior.

El golpe seco de una puerta al cerrarse le hizo recobrar la percepción de su realidad, intentó incorporarse rápidamente sin desviar ni un instante la mirada hacia el interior de la estancia en la que se encontraba. Necesitaba salir, alejarse del mundo y dejar atrás el recuerdo. Le costaba caminar y se agarró el estómago con ambas manos para intentar contener la agonía que se desprendía de él. Llegó de nuevo hasta el salón y el rastro de un olor desconocido le hizo girar sobre sí mismo. Apenas sintió el dolor que le causó la culata del revolver en la sien, percibió su mirada diluirse en el negro y cayó al suelo inconsciente.

Un fuerte zumbido en el oído le hizo recobrar el conocimiento, intentó abrir los ojos pero le pesaban en exceso para mostrarle ninguna imagen a su alrededor. Contuvo la respiración al sentir el dolor punzándole la nuca y deslizó su mano por ella, sintió el calor de la sangre en sus dedos y se asustó. Por un instante había olvidado lo sucedido, el pecho le comenzó a golpear con fuerza e intentó incorporarse pero se sintió mareado, se quedó inmóvil, intentando contener la respiración y con ello no hacer notar su presencia ante su agresor.

—Maldito bastardo, debí haberte matado.

La frase sonó contundente, inflamada por la rabia y el dolor que transmitía cada sílaba. La amenaza tranquilizó a Ginés, había reconocido la voz e intentó abrir los ojos. Alcanzó a ver el arma apuntándole a escasos centímetros antes de que un nuevo golpe en la mandíbula hiciese estrellar su rostro de nuevo contra el suelo.

Permaneció sin moverse durante unos minutos sintiendo como de su labio se

desprendía un hilo de sangre hasta caer inerte contra el piso. Su mente permanecía estancada y a Ginés le pareció que estaba intentando encontrar un lugar con el que poder evadirlo de la situación, un recuerdo agradable con el que soportar el momento. Se descubrió calmado, sin ninguna sensación agónica dentro de él que le precipitara a sentir más allá del dolor físico.

—¡Levántate!

La orden le confundió, esperaba seguir recibiendo golpes hasta dejarle de nuevo inconsciente o en el mejor de los casos muerto.

—Creo que no puedo —alcanzó a balbucear.

—¡Al menos defiéndete!

Ginés intentó incorporarse levemente hasta quedar sentado apoyando la espalda en una de las paredes. Levantó la mirada y la fijó en Elena Márquez. Podía ver su rostro desencajado, la mandíbula apretada conteniendo de ese modo la rabia que nacía de su interior. La cólera era perceptible en sus pupilas que permanecían incrustadas en Ginés mientras hacía un esfuerzo por comedir las ganas de golpearlo hasta la extenuación.

—Podrías matarme en este momento e igual hasta te lo agradecería pero te estarías equivocando.

—¿Crees que estás en posición de desafiarme?

Ginés negó con la cabeza. Intentó construir mentalmente un argumento que hiciese que Elena comprendiera la situación pero era demasiado complejo explicarlo en unas frases. Sabía que ella no le permitiría explicarse pero tenía la opción de llamar su atención si empleaba las palabras adecuadas.

—Sé quién ha sido —alcanzó a decir.

Observó el rostro de la mujer pasar de la ira a la perplejidad y de ella al

dolor pero agradeció que se contuviera de expresarlo. En ese instante Ginés supo que Elena ignoraba la demencia que había regido la vida de su amiga.

Instintivamente ambos giraron sus miradas hacia la entrada de la habitación contigua, Ginés se arrastró hasta la puerta y Elena permaneció detrás de él.

—¿Te está esperando?

La pregunta flotó en el aire mientras Ginés trataba de asimilar la frase, no había recordado las palabras de Infinito y ahora se hacían presentes de forma funesta. Le comenzaron a temblar las manos y se sintió desfallecer, el poder destructor de infinito le había marcado las entrañas hasta desgarrarle.

La sangre serpenteaba por las paredes hacia el piso, en el centro de la habitación Irene aparecía semidesnuda con los labios abiertos y el terror reflejado en el rostro. Todo a su alrededor tenía el color de su sangre.

—Son al menos diecinueve puñaladas —escuchó tras él.

—Lo quiere revertir de crimen pasional.

Sus palabras volvieron a enfurecer a Elena y sintió el cañón de la pistola presionándole la sien.

—Si después decides hacerlo no pondré resistencia pero déjame antes explicarme.

## Capítulo 29

Acarició suavemente el símbolo dibujado sobre el papel, los trazos apenas eran perceptibles dotando al conjunto de una consistencia conminatoria. No entendía el esbozo salvo pintado de negro, la espesura del color de las sombras le resultaba placentera provocando que todos sus sentidos se abrieran para acoger en ellos el deleite y embadurnar cada poro de su piel.

Alzó la cabeza y lanzó una carcajada al aire mientras mantenía en sus manos el papel. Tras ello la estancia regresó a su medido silencio, cogió su pluma y la acercó al dibujo. Junto a él trazó un número y se aproximó al óvalo de cristal que reflejaba en su espejo la imagen de la habitación. En una de las esquinas, tallada sobre el marco, se encontraba una pequeña abertura apenas perceptible a la intromisión ajena. Acercó a ella una voluta metálica que contenía labrada en su extremo la diminuta marca que acogía la hendidura y esta lanzó el sonido de apertura del dispositivo. Observó cómo su reflejo se desdibujaba y daba lugar al contenido situado tras él. Retiró la lámina y depositó el folio respetuosamente sobre el resto de símbolos dibujados que guardaba. Lo contempló un instante y activó el cierre. El espejo regresó a su lugar y pudo ver su mueca de satisfacción reflejada en él.

Regresó a su escritorio y releyó las últimas líneas recibidas de Ginés. Apretó los dientes y el desagrado se reflejó en la comisura de sus labios. Fijó la mirada en la pantalla del ordenador y llevó sus dedos al teclado.

“Admirado Ginés:

Sí, admirado. No debe de sorprenderte la terminología, has conseguido elevar mi línea inicial en las cartas que te remito hacia el hecho de juzgarte como alguien sobresaliente que ha despertado mi interés más profundo.

Fue en mi primer contacto cuando acordamos jugar, ¿recuerdas aquellas frases? Imagino que están grabadas en tu interior por lo que no debo recordártelas, si bien, deberías haber contemplado la posibilidad de que su desarrollo fuese imprevisible para ti. Incluso para mí ha tenido dosis no contempladas en su delineación inicial que han requerido de una gran improvisación.

En este punto debo agradecerte el hecho de haber despertado en mi persona la excitación de lo desconocido, has creado una alteración en el orden que me ha producido un gran placer al medir las posibles resoluciones y sentir el desconcierto del instante.

Supongo que estarás cerca si no has visualizado ya mi dictamen. Espero que comprendas que hay cosas que no puedo tolerar dentro de mí, el primer paso hacia la destrucción del equilibrio forjado es el cuestionamiento. Puede extenderse si no lo controlas desde un primer momento.

Te siento orgulloso por haber descubierto mis piezas del juego, no olvides que te las entregué yo a través del cuerpo de aquella chica pero una vez más has demostrado estar a la altura de lo que requiero al intuir lo que esto significa.

Te expresé mi deseo de que consiguieras detenerme y tú has revertido la situación hacia la posibilidad de la semejanza con esos nombres.

No hay camino establecido, querido Ginés, eres tú quién debe decidir hacia dónde continuar. Tienes dos rutas y es el momento de que elijas una de ellas.

A la espera de tu inclinación.

Infinito”.

### **Capítulo 30**

Intentó medir el equilibrio emocional de Elena mientras le relataba lo sucedido en los días precedentes, la observó contradecir mentalmente sus palabras con movimientos de negación casi inapreciables, fijar la mirada sobre el suelo procurando digerir cada palabra que llegaba hasta ella y sentir la ira contrayendo su cuerpo al pronunciar los últimos acontecimientos relacionados con el nombre de Irene.

—Creo que estamos en el mismo punto, a ambos nos han robado su representación en nuestras vidas.

Necesitó reprimir el pálpito de golpearlo de nuevo, de estrellar su rabia contra el rostro del hombre.

—¿Qué quieres decir?

Ginés intentó respirar pero el dolor al hacerlo le obligó a contraerse sobre sí mismo. Intuyó que a su cuerpo le estaba costando contener la emanación que le suponía la combinación de golpes y aflicción.

—Susana representa la persona más importante en mi vida e imagino que Irene para usted es algo similar. Ya no podremos recordar su imagen del mismo modo, se han denostado para nosotros y eso supone que debemos

volver a reconstruir lo que fuimos con ellas.

—¿Y por qué cree que su amiga está involucrada?

—No sé si está involucrada o están utilizando su recuerdo pero de una forma u otra Susana ya nunca significará lo mismo. Ella nunca creyó en las casualidades y yo comienzo a creer que su nombre en todo esto tampoco es casual.

Márquez pareció no escuchar la última frase de Ginés, su rostro parecía ausente de la conversación. La vio desplazarse hasta la entrada de la habitación donde Irene permanecía sin vida y apretar contra su cadera el arma que empuñaba en su mano derecha. Entró y por un instante Ginés perdió su imagen tras la pared.



Tuvo cuidado de mantener sus pies alejados del rastro de sangre de su amiga, se aproximó a ella todo lo que le permitía no dejar huella de su presencia en esa habitación y la contempló en silencio. Sintió su pecho diluirse ante su muerte y quebrantarse bajo el dolor. Se arrodilló y desplazó su mirada por toda la figura de Irene mientras balbuceaba palabras a modo de despedida.

Contuvo las lágrimas y se incorporó. Permaneció unos minutos con los ojos cerrados intentando recomponerse y se dirigió hacia Ginés.

—Creo que tiene razón en algo, en el cuerpo de Jimena no encontraron ningún rastro sobre el que continuar la investigación y aquí tampoco lo habrá. Cualquier experto de la policía en perfiles criminales ensalzará el ensañamiento del crimen y eso solo se contempla desde la visceralidad de la compulsión pasional. La línea de análisis será el asesinato impulsivo.

Ginés asintió pero prefirió no interferir con palabras en el argumento de Elena.

—Diecinueve puñaladas medidas para un enfoque posterior que aleje a los investigadores de cualquier posibilidad de resolución. Nunca podrán establecer una relación con el resto de víctimas.

—Es capaz de controlar todos los detalles incluso cuando asesina. Se debe ser muy frío para confeccionar la muerte de alguien antes de ejecutarla.

Elena sintió el desgarró de las palabras de Ginés, a pesar de no utilizar el nombre de Irene estaban hablando de su muerte sin el freno de la emotividad y algo en ella se sacudió.

—Aún no llego a comprender demasiado bien por qué debo creer cada una de sus palabras. Es capaz de ponerse en la mente de un asesino y visualizar las motivaciones de la composición de la escena del crimen, en mi caso forma parte de mi trabajo pero... ¿para usted?

Ginés acogió la acusación y su cuerpo la transformó en incertidumbre. Era consciente de que no tenía demasiados argumentos que le permitieran a Márquez creer en sus palabras.

—Me permite su teléfono móvil —dijo con cautela.

—¿Para qué lo quiere?

—Necesito enseñarle algo.

Elena lo miró con desagrado, buscó en el bolsillo de su pantalón y le tendió el aparato a la vez que retornaba a fijar la pistola sobre el pecho de Ginés. Este estuvo tecleando en la pantalla un instante e hizo caso omiso de su amenaza. Le devolvió el teléfono y le acució a leer en la pantalla.

—Hay un nuevo correo electrónico.

Elena vio al hombre encogerse instintivamente y le pareció un gesto de protección hacia sí mismo. Comprendió que se sentía más amenazado por las palabras escritas que por el arma que empuñaba.

Ginés la observó leer en silencio y le pareció que pestañeaba levemente mientras avanzaba en las líneas para un instante después entrecerrar los ojos y expresar la rabia contenida estrellando el teléfono contra la pared. El aparato golpeó violentamente y cayó al suelo mostrando su descomposición por el impacto.

Elena mantenía la mirada en Ginés y respiraba con fuerza mientras intentaba dominar su rabia. No le quedaba demasiado control sobre sí misma y deseó poder hacer lo mismo con el hombre que tenía delante y patearlo contra el piso.

—¿Se lo envía a sí mismo? —chilló—, ¿me toma el pelo?

—No —susurró—, eso tiene una explicación.

—¿Y cuál es?

—No la conozco pero sé que técnicamente es posible si controlan tu cuenta de correo electrónico.

—Estoy a punto de perder la paciencia con usted, tiene dos segundos para explicarme qué mierda es eso de piezas de juego o le llevo directamente a la comisaría y me encargaré personalmente de que no lo pase demasiado bien allí.

Ginés no supo que responder en un primer momento, desvió la mirada hacia el teléfono móvil y entendió que Elena estaba refiriendo palabras escritas en el email. Recordó el papel que llevaba en el bolsillo y decidió mostrárselo. Le temblaban las manos y le costó disponerlo sobre el suelo. El folio aparecía ajado pero Ginés consiguió estirar el papel hasta hacer visible el esbozo.

—Irene dibujó en el cuerpo de Jimena estos puntos, al principio no encontré ningún sentido en ellos y no les di importancia. Cuando desperté en el anatómico encontré en su despacho el dibujo de un cuerpo con las mismas marcas y entendí que era un mensaje que quería transmitirme. Localizar eso me hizo creer que era ella quién estaba detrás de toda esta locura pero su muerte invalida esa hipótesis. Ahora creo que todos esos puntos son localizaciones de personas que controla en esta ciudad.

—¿Qué? —acertó a decir Elena—, ¿quieres decir que tiene seguidores?

—No sé si seguidores pero creo que Irene es solo una de las piezas en su puzle. No sé cómo las controla.

La agitación en Márquez le hizo caminar en círculos por el salón intentando asimilar las palabras de Ginés.

—¿Qué decía el correo electrónico?

—Que tienes razón en tu planteamiento. Levántate, debemos irnos.

Ginés quedó sorprendido ante la orden recibida, Márquez no contemplaba la colaboración entre ambos y continuaba sintiéndose un rehén entre sus manos. Ella dominaba la situación y a él no le quedaban demasiadas energías para contradecirla.

Intentó levantarse pero el dolor se apoderó de sus extremidades y el mareo venció el intento. Se dejó caer de nuevo sobre el suelo al tiempo que sentía una mano posarse en su brazo.

—Le ayudo.

Se dirigieron a la puerta y pudo ver el rostro de la mujer cambiar la expresión de dureza que se había instalado en él y girar su mirada una última vez sobre el interior de la vivienda. Ambos sabían que dejaban atrás el cuerpo de Irene y el reflejo del dolor se mantuvo en su mirada un instante.

—Un segundo —alcanzó a decir Ginés antes de cruzar el umbral.

Elena lo vio regresar sobre sus pasos y lo siguió hasta una pequeña habitación que quedaba situada al lado del dormitorio principal. Ginés se mostraba agitado, convulso en sus recuerdos mientras oscilaba de una esquina a otra de la estancia.

El desgastado parqué cedió ante la presión de Ginés y se desprendió una pequeña tablilla que dejó al descubierto el espacio que existía entre ella y el suelo que la precedió.

—Era el escondite de Susana, ella guardaba en este lugar las cosas que le parecían relevantes y quería esconder solo para ella.

—Parece que no hay nada en él.

Ginés alcanzó a ver un trozo de papel blanco, deslizó sus dedos por debajo de la holgura que desprendían las tablas de madera y tiró con fuerza hacia él. Una nueva lámina se desprendió dejando visible un pequeño sobre. Lo

alcanzó y un escalofrío lo hizo temblar.

—Solo puede ser de ella —susurró.

—¡Ábralo!

Dejó de contener el momento y las lágrimas recorrieron su rostro mientras Elena se impacientaba esperando ver el contenido que se apreciaba desde el exterior. Lo rasgó y la expresión de ambos mostró el desconcierto.

—Es una ficha de casino junto a una fecha. Diecinueve de abril de dos mil uno.

—Igual es el recuerdo de un momento agradable que pretendía conservar — dijo Elena.

—Hay algo más.

Ginés desgarró el sobre por los laterales para poder leerlo con comodidad. En su interior, escrito en pequeñas letras aparecía un nuevo nombre.

—Adrián Bellido —alcanzó a decir.

—¿Quién es?

Ginés no respondió, su mente permanecía bloqueada en la imagen de Susana. Elena intentó hacerle reaccionar zarandeándole pero el hombre parecía no tener más conciencia que la de su propio recuerdo.

—No existen las casualidades —susurró.

Márquez lo guio de nuevo hasta la puerta y se situó frente a él.

—Deme el sobre y la ficha —le ordenó.

Ginés obedeció sin desviar la mirada del suelo.

—Escúcheme bien. Su amiga lleva muerta diez años, la mía está en esa habitación rodeada de su propia sangre así que salga de ese colapso

inmediatamente. Es el propio dolor el que debe hacerle sobreponerse a ello. El hombre levantó la cabeza y se frotó la sien con fuerza retirando las lágrimas de su rostro.

—Y escúcheme algo más. Vaya a casa, lávese las heridas y diríjase a esta dirección en dos horas. Yo comprobaré algunos datos y si me ha mentido o descubro alguna inconsistencia en su relato o no está allí cuando llegue le buscaré y le mataré sin posibilidad de juicio justo. ¿Me ha comprendido?

### **Capítulo 31**

Comenzaba a anochecer y la ciudad había encendido sus luces, la iluminación de los edificios provocaba que resaltasen ceremoniosamente ante los ojos que se posaban sobre ellos. Elena había aparcado el coche frente a su casa y había permanecido en él unos minutos, necesitaba reposar lo ocurrido y mantener las emociones que le provocaba la muerte de Irene alejadas de sí misma. Necesitaba mantenerse imparcial para avanzar en la investigación. Miró hacia su edificio y supo que no lo conseguiría si se adentraba en él, en su casa los recuerdos le sacudirían y no podría mantenerse despejada para vislumbrar lo acontecido.

Pensó en un alojamiento alternativo, sabía que la ciudad estaba colmada de hoteles y pensiones para acoger a los miles de turistas que la visitaban a diario pero no supo darse el nombre de ninguno al que dirigirse.

—Cuando vives en una ciudad pasas por sus puertas pero no te fijas en ellos —pensó arrancando el viejo Opel azul que compró de segunda mano años atrás. Se adentró en las principales arterias del centro hasta que encontró la plaza de Tirso de Molina, las casas de Irene y Susana no distaban mucho de ella y decidió que mantenerse cerca de esos lugares le ayudaría. Giró hacia la calle Cortezo que desembocaba en la plaza de Jacinto Benavente y observó el rótulo luminoso del hotel que había adquirido el nombre de la vía.

—Este me sirve —se dijo dirigiéndose a la entrada del parking.

Aparcó y se miró en el espejo retrovisor. Tenía marcadas las ojeras en negro y las líneas de expresión de su rostro se mostraban con dureza. Buscó una goma para el pelo en su bolso y se lo recogió amasándolo entre sus dedos. Buscó el ascensor con la mirada y se encaminó hacia él. En la recepción le explicaron los detalles de su estancia y adquirió la habitación para una semana.

—Espero que disfrute de su alojamiento con nosotros —le dijo el chico ofreciéndole la tarjeta que simulaba la llave.

—Lo dudo.

Encontró la habitación 201 y accedió a su interior, miró alrededor y se dirigió al teléfono que se encontraba en la mesilla.

—Le llamo de la 201, ¿serían tan amables de proporcionarme un ordenador portátil?

Le respondieron afirmativamente y colgó sin despedirse. Se tumbó en la cama y pensó en Irene. La visión de su cuerpo en aquella habitación le hizo estremecerse, las lágrimas comenzaron a deslizarse por su rostro y su cuerpo comenzó a convulsionarse acompañando al sollozo de su pecho. No pudo reprimir el dolor que le producía la muerte de Irene y decidió darse a sí

misma el tiempo que su mente necesitara para expulsarlo. Golpeó con rabia la almohada mientras maldecía con exabruptos incoherentes lo que pasaba por ella.

Eliminó parte de la tensión acumulada y quedó tumbada boca arriba sintiendo evaporarse su entereza. Sintió sus extremidades débiles, su rostro serio y apagado y su mente bloqueada. Se dejó llevar por esa sensación unos minutos hasta que con gran esfuerzo se incorporó y se dirigió al mini bar. Se sirvió un whisky con hielo y dejó que este quemase su garganta con el primer sorbo.

—No es el momento del duelo —se dijo a sí misma—, debes enfrentarte a todo esto y aclarar su muerte.

Escuchó golpear la puerta y pidió que le respetaran un minuto. Se dirigió al baño y se lavó la cara esperando con ello que también desapareciera la hinchazón que las lágrimas habían dejado en sus ojos.

Abrió y recogió el portátil agradeciéndole a la chica que se lo mostraba la rapidez con la que se lo habían proporcionado. Lo depositó sobre la cama y pensó que antes de encenderlo debía realizar una llamada.

Buscó en su bolso y observó su teléfono móvil destrozado por el impacto en casa de Susana, pasó sobre él y encontró su pequeña agenda que siempre le acompañaba. Elena intentaba adaptarse al avance imparable de las nuevas tecnologías pero no reconocía en ellas el poder de anotar y dar el contenido de toda una vida a un smartphone, le sobrecogía que la existencia de un individuo cupiese en un dispositivo. Abrió la libreta y se dirigió al teléfono de la habitación, marcó el número y esperó impaciente a que su interlocutor respondiera.

—¿Dígame?

—Alonso, soy Elena.



—¡Inspectora!, ¿cómo está? Ha pasado mucho tiempo desde la última vez.

—Muy bien —mintió—, disfrutando de los días libres. Te llamo porque necesito una información.

—¿De qué se trata?

—¿Puedes enviarme lo que aparezca en la base de datos relativo a Adrián Bellido?

—Claro, por usted lo que sea. Se lo envío por email en unos minutos.

—Gracias.

Colgó y extrañó a su anterior compañero, Rubén le hubiese preguntado el motivo de requerir una información como esa y se hubiese preocupado por ella. Unos días antes de que a ella le apartaran de la comisaría, Rubén solicitó el traslado a otra ciudad, con su marcha había llegado Alonso al equipo y a pesar de su energía a Elena siempre le había parecido que le faltaba intuición y le sobraba servilismo.

—Espero que estés bien —dijo pensando en Rubén.

Se sirvió un nuevo whisky y se sentó sobre la cama. Buscó en su bolso el sobre que había encontrado Ginés y lo dispuso a su lado. Cogió la ficha del casino y la contempló un instante.

—¿Qué carajos significa esto? Me lo han dado relacionado, está claro que va vinculado al nombre de Adrián, pero ¿de qué forma? ¿Trabajaría en un casino?

Encendió el ordenador y abrió el buscador de internet. Frente a ella aparecieron multitud de casinos en la ciudad y alrededor de ella, buscar de donde procedía esa pieza no iba a ser fácil. Volvió a observarla entre sus dedos, el color negro aparecía en mayor medida que el blanco y supuso que

significaba el valor monetario de la ficha en una apuesta. Fue analizando cada trazo de pintura que contenía esperando encontrar un emblema o un símbolo distintivo que le indicara su origen pero no parecía contener nada relevante y la dejó junto al sobre.

Se sintió cansada y recordó que no había comido nada desde la noche anterior cuando después de dejar a Ginés en el anatómico llevó a Irene a su casa y esta le invitó a una tapa de jamón regada con una copa de vino. Recordó como al despertar esa mañana había telefonado a su amiga para que le acompañara a una obra de teatro, Irene no había respondido ni a esa llamada ni a la multitud de mensajes que le había dejado y se llegó a preocupar. Fue a su casa y al anatómico pero la forense parecía no haber dejado señal de su rastro y buscó su teléfono móvil. Cuando se compró el mismo modelo que su amiga unos meses atrás, esta le insistió para activar el localizador que tenían incorporado e intercambiar las claves por si necesitaban hacer uso de él en algún momento para encontrarse. A Elena le había parecido una burda broma pero accedió a la petición de Irene y ahora necesitaba utilizarlo.

—No encontré su móvil junto a ella cuando llegué —se dijo levantándose exaltada—, se lo llevaron.

Elena deambuló por la habitación poniendo en orden sus pensamientos, se acercó a la ventana y contempló el transitar de la calle.

—¡Cuando localicé su posición quien fuera que hiciera esto aún estaba allí! Sintió la cólera instalarse en ella, apretó la mandíbula sin apenas percibir el dolor que ello le causaba y fijó la mirada en el suelo.

—¡Ginés! ¡Él estaba junto a su cadáver cuando llegué!

Se abalanzó sobre el teléfono y marcó de nuevo el número de Alonso.

Intentó controlar la agitación de su respiración antes de que el hombre respondiera y exhaló profundamente.

—Elena, te acabo de enviar la información que me pediste.

—Gracias, Alonso, ¿ya reconoces el número?

—Sí —escuchó—, tengo buena memoria inspectora.

—Oye..., una curiosidad, ¿tú puedes rastrear un teléfono móvil o hay que pedírselo a los técnicos?

Elena era consciente de lo que implicaba para Alonso proceder a saltarse las normas de la comisaría y romper el protocolo de actuación en una investigación pero ahora la validez de la prueba o la contaminación de la misma en el proceso le daba igual. Sabía que para la ingenuidad del chico el cuestionarle sus conocimientos daría lugar a que lo hiciese.

—Si me esperas dos minutos lo hago —escuchó susurrar al otro lado de la línea.

Elena le facilitó el número de la forense como si fuese el suyo propio y se excusó en poder encontrarlo porque se lo había dejado en un parque.

—Está apagado, inspectora, lleva sin emitir señal desde las tres de la tarde.

—Pues tendré que comprar otro, gracias por todo.

Colgó y se dejó envolver por el resentimiento, el dolor comenzaba a transformarse en una furia desmedida, cada palpito llevaba consigo el golpe de la exasperación hasta hacerle perder los resquicios del juicio racional que siempre estaban presentes en ella.

Se acercó al ordenador y leyó el email de Alonso.

—Adrián Bellido, cuarenta y dos años. Fallecido el cuatro de noviembre de dos mil cinco, la autopsia dictaminó que su muerte se produjo por un fuerte

traumatismo craneal producto de un accidente de tráfico. Lo único reseñable que aparece en el informe es que la víctima sostenía en su mano izquierda una ficha de casino.

Elena desvió la mirada un instante hacia la ficha negra que tenía junto a ella y continuó leyendo.

—No hubo investigación y se cerró como muerte accidental. No pudieron ponerse en contacto con ningún familiar y cumplido los plazos temporales establecidos el cuerpo pasó a la facultad de medicina. Espero haberte ayudado.

Márquez se frotó la sien con fuerza sintiendo cómo las yemas de sus dedos se clavaban en ella.

—¿Y si es simplemente el recuerdo de un amigo fallecido lo que guardaba?

La explosión de ira anterior dejó paso en su organismo al desasosiego. Pensó en Ginés y sintió una punzada de frustración.

—Debes calmarte y analizar los datos —se dijo a sí misma—, Irene fue asesinada de forma calculada para revestir el crimen de homicidio pasional cuarenta minutos antes de mi llegada, cuando entré en el apartamento Ginés no supo de mi presencia por lo que me hubiese encontrado con un asesino frío y metódico y no con un hombre atormentado.

Se giró hacia el pequeño reloj situado al lado del teléfono e hizo una mueca de desagrado.

—Llego tarde.

## Capítulo 32

El viento gélido se colaba en su interior dejando una sensación de desconsuelo a su paso. Intentó resguardarse en uno de los soportales que encontró, deslizó sus manos al interior de los bolsillos del pantalón y arqueó la cabeza para apoyarla en la pared. Se encontró nervioso, no reconocía el lugar ni sabía qué debía esperar en él. La calle comenzaba a estar desierta a pesar de encontrarse situada en un lugar céntrico y salvo el rugir de algún coche parecía que el silencio sería su compañero en los próximos minutos. Arqueó las cejas y se sentó sobre el pequeño escalón que daba paso al interior de uno de los inmuebles.

En las horas previas Ginés no había podido contener el llanto, la imagen de Irene rodeada de sangre quedaba eclipsada por el temor de su rostro, como si de una figura de cera se tratase las líneas de expresión de su cara habían quedado inmobilizadas en lo que a Ginés le pareció el momento en que la mujer comprendió que sería su final. Supuso que ver el arma blanca acercándose a ella, sentir el calor de su propia sangre recorriendo su cuerpo y

poder mirar a los ojos a su asesino hizo que quedase grabado el terror en sus pupilas.

Desconsolado, se acurrucó bajo el agua de la ducha sin apenas percibir el dolor que con ello le causaban sus heridas. Permaneció unos largos minutos sin poder diluir lo acontecido y deseó morir en ese mismo momento.

Cerró el grifo y alcanzó la vieja toalla que colgaba en soledad sobre una pequeña barra de aluminio, se secó y se sentó en el suelo. Posó la cabeza sobre sus manos y se deshizo en sollozos. La convulsión de su cuerpo y su respiración eran arrítmicas lo que le produjo que en más de una ocasión se quedase sin oxígeno en su interior y necesitase forzar la bocanada de aire que introdujese a sus pulmones un instante de calma.

Se incorporó con esfuerzo sobre el lavabo y contempló en el pequeño espejo las heridas de su rostro, pasó sus dedos por ellas y una mueca de dolor le salpicó en los labios. Buscó algodón y alcohol para limpiarlas y con la mano temblorosa lo posó sobre las lesiones. Su garganta lanzó un grito agónico y tuvo que sujetarse con firmeza sobre una pequeña repisa para no caer al suelo. En ese instante Ginés dudó de si el dolor procedía de los golpes recibidos o de sus propias entrañas.

Arrastrando los pies se dirigió hacia el salón, allí permanecían sobre la mesa las fotografías de Lucía y Roberto y se detuvo a contemplarlas. Sin tocarlas, desde la distancia comprendió que no le quedaban muchas fuerzas para intentar vislumbrar lo sucedido. Giró la mirada y continuó hacia su despacho.

Se sentó frente al ordenador y sacó de uno de los cajones del escritorio un pequeño cuaderno. Los trazos de línea negra sobre el papel le desgarraron la garganta, tuvo que esforzarse por continuar mientras las lágrimas se vertían sobre la libreta. Terminó de dibujar y se retiró unos metros del dibujo para verlo con mayor perspectiva. Al observarlo su mente comenzó a mostrarle tal

sucesión de recuerdos que giraban a gran velocidad que necesitó vomitar. Lo hizo sobre sus propios pies, sin apenas desviar la mirada del papel. Se sujetó con firmeza el estómago y un escalofrío le recorrió el pecho dejando a su paso un rastro de sudor que le provocó un leve mareo. Cerró los ojos y contuvo la respiración esforzándose por recuperar el control de su cuerpo, respiró y posó de nuevo la mirada en su dibujo.

—Infinito —se deslizó de sus labios en un susurro.

Por primera vez había dibujado el símbolo, por primera vez se había atrevido a enfrentarse a la firma del maniaco que estaba jugando con él, con su recuerdo de Susana y con la vida de infinitas personas.

Se aproximó de nuevo al cuaderno y desprendió del dibujo unas líneas. Un poco más abajo escribió el nombre de Irene junto a una pequeña cruz que indicaba su muerte y a su lado anotó una equis, el hombre de la biblioteca.

—No tengo más piezas —se dijo enjugándose los ojos.

Al final de la página escribió el nombre de Susana junto a tres interrogaciones.

—Aún no sé qué implica tu nombre en toda esta locura.

Recordó que el dibujo de los puntos del cuerpo de Jimena se lo había quedado Elena e intentó buscar en su memoria los elementos exactos. Cerró los ojos y la imagen de la chica llegó hasta él.

—¡Once! —exclamó—, e imagino que tú no te incluyes por lo que aún existen nueve potenciales asesinos a tus órdenes en las calles de esta ciudad que desconocemos.

Dibujó nueve casillas en blanco al lado del nombre de Irene y lanzó un suspiro. En ese instante recordó que no había leído el último email de Infinito, Márquez no se lo había mostrado. Encendió el ordenador y se giró hacia la

ventana recordando la sensación que había experimentado mientras en la ducha el agua caía sobre él. Se sentía mayor, extenuado para continuar en los días. Los últimos acontecimientos pasaban sobre él dejando una impronta de dolor con la que Ginés era consciente que sería difícil convivir. Deseaba dejar de pensar, aliviar su mente con alguna banalidad que le hiciese sonreír, cerrar los ojos y sumergirse en la letargia del sueño disfrutando del placer de dormir. El sonido al encender del ordenador lo sacó de sus pensamientos, se giró hacia él y esperó a que el aparato le diese paso a su contenido. Abrió el correo electrónico y leyó despacio. Por un momento se encontró desorientado ante las frases y necesitó releer conversaciones previas en la cadena de emails. No recordaba haber retado a Infinito hasta que leyó lo enviado antes de encontrar el cuerpo de Irene.

—¡Eres estúpido! —se recriminó—, debiste darte cuenta en ese momento que era demasiado sencillo para su retorcida mente. Antes de que yo llegase alguien limpió y ordenó el despacho, ¿por qué iban a dejar los libros y dibujos? ¿Por qué no llevarse el ordenador?

Le envolvió el silencio mientras su rostro comenzaba a compungirse, sabía la respuesta a esas preguntas y lo que significaban. Se llevó las manos a los ojos y sin que estas pudiesen contener de nuevo las lágrimas susurró:

—Para que lo encontrara..., si hubieses prestado más atención a los detalles podrías haber evitado su muerte..., debiste entender que Irene estaba en peligro..., no estás a su altura...

En ese momento frenó el llanto, entrecerró los ojos y fijó la mirada en la pantalla. Esta se mostraba en negro y pudo ver su reflejo en ella.

—¿Estás midiéndote con ese monstruo?

No supo qué responderse a sí mismo y salió con calma de la habitación.



Miró el reloj y pensó en Elena. Recogió su chaqueta y antes de llegar a la puerta giró sobre sus pasos y se situó frente a su librería. En el interior de uno de los estantes Ginés archivaba los mapas de todas las ciudades que había visitado en algún momento de su vida. Buscó el de Madrid y se lo guardó.

Vio llegar a Elena por la acera de enfrente, cabizbaja y le pareció que el sufrimiento había quedado grabado también en su rostro. Le hizo un ademán con la mano y Ginés se aproximó a ella cruzando la calle.

—¿Ya hizo sus comprobaciones?

Márquez no lo miró, se limitó a sacar un llavero y sujetando la puerta lo invitó a entrar.

—¿Dónde estamos?

—Ahora lo sabrá.

Ginés la observó un instante mientras subían las escaleras y pensó que el espacio entre esa mujer y él aún era de gran desconfianza.

Elena le indicó con la cabeza una puerta en el rellano y le dio acceso a su interior. Ginés dudó un instante pero le pareció mejor idea adentrarse en lo desconocido que contrariar a la mujer.

—¿Ya sabe dónde se encuentra? —preguntó al tiempo que pulsaba el interruptor de la luz.

Un leve recorrido visual por el pasillo de entrada a la vivienda le fue suficiente para discernirlo, afirmó con la cabeza y se quedó paralizado esperando que ella le ordenara el siguiente paso.

—Venga por aquí.

Siguió a Elena en silencio, sin atreverse a pronunciar una palabra que rompiese el leve equilibrio que parecía transmitir la estancia. Llegaron al

salón y la inspectora pareció empequeñecer ante los objetos allí presentes, lanzó un suspiro al aire y necesitó sentarse un instante antes de volver a girarse sobre el hombre.

—¿Por qué me ha traído a casa de Irene?

Márquez hizo caso omiso a su pregunta y fijó la mirada sobre la alfombra negra que presidía el centro de la habitación.

—¿Ve eso?

Ginés contempló el punto indicado y encogió los hombros.

—No sé a qué se refiere, inspectora.

—La esquina inferior derecha está doblada.

Elena se levantó y se acuclilló sobre el tapiz. Ginés la observaba desde la distancia junto al marco de la puerta, el abatimiento le recorría las extremidades y dudó si en ese instante era capaz de caminar y situarse junto a ella. Miró a su alrededor y sintió una punzada en el pecho, no comprendía el motivo por el que la inspectora le había llevado hasta allí pero le acongojaba el saber que estaba quebrantando la intimidad de la forense. Ginés consideraba el elemento más intrínseco a una persona la soledad de su hogar, era el lugar donde se establecía la conexión con uno mismo y sus pulsiones, donde se guarda la esencia de un individuo.

Aun sabiendo que ella no regresaría a su espacio Ginés decidió contaminarlo con su presencia lo menos posible como último gesto de respeto a la que había sido su jefa. Desvió la mirada hacia el sillón desplazado junto al balcón y emitió una triste sonrisa.

—¿Horas de contemplación?

—Horas de cuestionamiento —expresó Elena levantándose y situándose

junto a él—, Irene era una persona dubitativa que requería de horas de reflexión para la toma de decisiones. Ese era su lugar favorito para hacerlo.

—No lo parecía.

—No todos somos lo que parecemos ser...

En ese instante le llegó el recuerdo de una de sus conversaciones con la forense y sus ojos lanzaron una expresión de terror. Se llevó las manos al rostro y comenzó a girar sobre sí mismo mientras balbuceaba expresiones incomprensibles para Márquez. La inspectora quedó descolocada un instante viendo como el hombre se lanzaba a una espiral de agitación emocional a su alrededor. Le vio desvanecerse con cada recuerdo que lo arrastraba consigo hasta devastarle y hacerle caer sobre el piso sumido en una angustia que no era medible desde el exterior de sí mismo.

—¿Qué ha ocurrido?

Volvió a balbucear.

—Siento tener que hacer esto —dijo al tiempo que le abofeteaba.

Con la respiración entrecortada Ginés acertó a decir la frase que le había punzado la mente.

—Me avisó y yo no supe interpretarlo.

—¿Irene te avisó?

El hombre acertó a expresar una afirmación con la cabeza y se recogió sobre sí mismo introduciendo su rostro entre sus piernas.

—¿Qué quieres decir con eso? —le inquirió Elena comenzando a perder la paciencia.

Ginés necesitó dar grandes bocanadas de aire para continuar.

—Dijo estar reflexionando en voz alta y me expresó su convicción de que todos escondemos secretos que no mostramos a nuestro alrededor.

Elena necesitó levantarse para eliminar la tensión que se había instalado en ella, apretó los dientes y se dirigió al centro del salón. Fue contemplando el que había sido el hogar de su amiga los últimos siete años y comprimiendo los puños junto a sus piernas lanzó un grito al aire: «¿Quién eres, Irene?».

### **Capítulo 33**

“Admirado Ginés:

Debo admitir que me entristece tu silencio, me encontraba expectante ante tu respuesta pero me resulta perfectamente comprensible tu alejamiento de estas líneas. Es mucho más elocuente la falta de palabras que las palabras mismas en la gran mayoría de situaciones y esta además es excepcional.

No todos los seres humanos sienten dolor por la muerte de personas desconocidas, ambos somos conscientes de que lo ajeno se percibe levemente o se normaliza. ¿Qué más les da el sufrimiento de lo que desconocen, de aquellas personas que no forman parte de su entorno? Sé que no eres así por lo que estarás sumido en el desconcierto y el dolor. Una batalla que conoces, no te resultarán ajenas sus emociones pues llevas enfundado en ellas demasiado tiempo, mucho antes de que yo apareciera en tu vida. Creo en la firmeza de la desubicación pues de ella nacen los genios, normalmente incomprensibles e incompresible el mundo para ellos. Ya sabes lo que dicen, la inteligencia hace infelices a las personas, la sapiencia provoca que no se puedan ignorar las situaciones que suceden a su alrededor y provoca desasosiego y congoja.

Sonríó al escribir estas frases para alguien que ya discierne lo que significan,

querido Ginés, el mundo no está hecho para nosotros pero aún nos queda la posibilidad de escoger y en esto aún no te has definido. Yo sí.

Acabo con una frase que seguro te parecerá acertada para esta humanidad:

«De todos los animales el hombre es el único que inflige dolor por el placer de hacerlo».

No es mía pero me permito tomarla prestada de Twain. Puedes responderme a algo: ¿Qué tiene de íntegro el ser humano? ¿Existe la bondad o solo es una falacia inventada por el hombre para establecer los límites del mal y premiar a los que esconden su verdadera naturaleza?

Conoces la vida de los genios, ya sabes de su locura, ya sabes el por qué...

Espero tu respuesta con ansia y discúlpame que haya dejado nuestro juego de lado para conversar contigo sobre incertidumbres mayores pues no es algo sencillo tener enfrente a alguien que pueda seguir con criterio mis diálogos.

Un afectuoso saludo.

Infinito”.

## Capítulo 34

—¿Qué define a una buena persona?

—Supongo que sus actos.

—¿Y sus pensamientos? ¿Si no se llega al acto se sigue considerando que una persona refleja bondad?

Elena no supo que contestar, lo miró desconcertada y comprobó que las pupilas de Ginés contenían un leve brillo.

—¿Qué quiere decir?

—Que nos equivocamos con las definiciones. El ser humano tiene una imperiosa necesidad de definir y acotar todo lo que sucede a su alrededor y en la mayoría de los casos la urgencia hace que no se analice en profundidad lo que se contextualiza.

—No consigo entender lo que quiere decir.

—Que la bondad es esencia y no hecho. No es mejor persona el que piensa en hacerlo y no lo hace que el que lo desarrolla, aunque esté mejor considerado.

—¿A qué viene todo esto?

Ginés movió la cabeza en un gesto de negación, se acomodó en el sillón y se masajeó levemente las piernas para intentar contener su pesadez, se

encontraban entumecidas como si sobre ellas estuviese dispuesto un gran peso que provocara su falta de energía.

—Estaba pensando en Irene... es el mejor ejemplo de que no conocemos realmente a las personas que nos rodean. Si yo definiera a su amiga es probable que mis frases no tuvieran nada que ver con las suyas, si lo hiciese usted yo me sorprendería con algunas de sus descripciones.

—Supongo que depende del grado de intimidad que tengamos desarrollado con esa persona, mi proximidad a ella hará que mi definición sea más acertada que la suya.

Esta vez el hombre se masajeó la sien.

—Cierto, aunque la proximidad siempre será un acercamiento y nunca la definición completa y real. ¿Y ahora qué hacemos?

Elena no supo que responder, miró a su alrededor y suspiró lentamente. Aún podía percibir la presencia de Irene entre sus cosas, la casa estaba situada en un tercer piso y la balconada del salón impregnaba de luz el pasillo desprendiéndose de él hacia los dormitorios. Se levantó y suavemente fue posando sus dedos en la mesa principal que nunca vio utilizar a Irene, siempre prefirió almorzar en la cocina y para ello dispuso una mesa metálica de color negro junto a dos banquetas. La forense no recibía demasiados invitados en casa por lo que imaginó que su amiga compró la segunda pensando en ella.

Avanzó hasta el dormitorio principal y se encontró de bruces con el rastro de saberla desaparecida. La cama estaba perfectamente conformada, sin una sola arruga que hiciese presagiar un mal día. Irene solo dejaba la cama deshecha cuando al levantarse se encontraba triste, era su forma de decirse a sí misma que no compensaban los momentos de malestar emocional. Cuando después de un día de trabajo llegaba a casa animada y se encontraba con su pequeña alegoría torcía la cabeza y sonreía. Contaba los días que su estado de ánimo

había cambiado con el paso de las horas y Elena sabía que eran más numerosos que los días que había llegado a casa y se había tumbado en ella a sentir la aflicción.

Acarició la colcha y se tendió sobre ella, deseaba dejarse envolver por la pérdida y poder llorarla sin consuelo. Se abrazó a la almohada y respiró su olor en ella entornando los ojos. Durante unos minutos sintió el vacío sin pensar en nada más a su alrededor, sin recordar la presencia de Ginés en la casa ni el motivo de encontrarse en ese lugar. Clavó su mirada en el techo y recordó la sonrisa de su amiga.

—Permanecerás siempre conmigo —susurró al tiempo que algo cruzó sobre sus pensamientos.

Se levantó y corrió hacia el salón, se situó en el centro y desde allí visualizó lo que quedaba a su alrededor. Ginés la observaba desde la distancia, prudente ante sus sensaciones y la vio volver a correr esta vez hacia el resto de las estancias. Regresó jadeando y se sentó junto a él.

—Todo está perfectamente ordenado, ella era obsesiva en eso, adicta al orden...

—¿Adicta?

—Puede haber adicciones de muchos tipos.

Ginés dio validez a su afirmación con un gesto de cabeza.

—Pero este no es su orden.

—¿Cómo dice?

—Que hay algo extraño en esta casa, como si hubiesen intentado emular la disposición de Irene pero sin conseguirlo. ¿Ve las fotos sobre la mesa?

Ginés alzó la mirada hacia el punto que le indicaba la inspectora.



—Ella nunca hubiese puesto su fotografía junto a la de su hermana, entre ellas siempre estaba la de sus padres.

—Igual no le dio más importancia esta vez.

Elena lanzó una carcajada.

—El orden establecido era lo más importante para Irene, no hubiese podido vivir sin él. Son pequeños elementos modificados en los que nadie hubiese reparado.

—Pero usted conoce esta casa...

—Sí, siempre reí de su obsesión, bromeaba con su apego a lo establecido y su miedo a los cambios y ahora son estos objetos los que nos indican que no todo lo que vemos es obra de ella aunque sean sus cosas.

—Tiene lógica, limpiaron su despacho y ahora han limpiado todos los detalles de otra presencia en su casa, no encontraremos nada en este lugar que nos aproxime a lo sucedido.

—Parece que pusieron algo pesado sobre parte de la alfombra y doblaron la esquina.

—¿Tampoco hubiese permitido que estuviese curvada?

Elena negó con la cabeza y se levantó de nuevo acercándose al balcón. Miró hacia el exterior y sin volverse hacia el hombre expresó:

—Tenemos que vengar su muerte.

Ginés enmudeció ante la afirmación de la inspectora y sintió su cuerpo flaquear. Algo parecido al miedo le acució en su pecho mientras la firmeza de las palabras de Márquez resonaban en su mente. Se mantuvo inmóvil sin atreverse a emitir el más leve sonido.

La mujer se giró hacia él y por primera vez desde que se conocían le mostró

una sonrisa de complicidad.

—Está a mi lado en esto, ¿verdad?

—¿Qué está pensando? —susurró desconcertado.

— Debemos poner en orden los pocos elementos que tenemos, algo se nos está escapando. Algo no estamos intuyendo de la manera correcta.

Ginés buscó en su chaqueta y con la mano temblorosa le ofreció el mapa de la ciudad.

—¿Me tiene miedo?

—La dureza siempre me provoca temor, inspectora.

—No se permite ser frágil en este mundo, Ginés, te devoran. ¿Para qué necesitamos un mapa?

—Es su tablero y ya tenemos una de sus fichas.

El hombre creyó ver un gesto de desconsuelo en su rostro mientras buscaba en su bolso. Elena encontró un bolígrafo y abrió el mapa hasta que quedó extendido sobre el suelo, arrodillada sobre él buscó la calle Bárbara de Braganza y marcó una equis sobre la situación de la casa de Irene.

—¿Señalo la casa de Susana?

Ginés afirmó con la cabeza mientras encogía los hombros.

—No es una pieza de su tablero en estos momentos pero nos ha llevado hasta esa calle, al menos deberíamos marcarla de algún modo.

—Y eso es todo lo que tenemos más tres muertes voluntarias y dos asesinatos —espetó irónicamente la mujer.

—Y una ficha de casino.

—Olvidé contarle, la ficha de su amiga corresponde con un hombre muerto

en accidente de tráfico hace años.

—Entonces tenemos cuatro suicidios.

Elena lo miró con desgana, no se encontraba con fuerzas para que Ginés bromeara con la situación.

—El suicidio por accidente de tráfico es de los más comunes —prosiguió Ginés—, no se recogen en las estadísticas pero es la forma más sencilla de acabar con tu propia vida mientras dejas que tus seres queridos no se sientan culpables de tu muerte pensando en qué podrían haber hecho para modificar tu decisión.

—¿Quiere decir que el suicida acaba con su vida de ese modo para evitar el sufrimiento de su familia?

—Entre otras cosas, un accidente es más sencillo de digerir.

— Sí, tiene razón, nunca llegaremos a saber el alcance de infinito.

—Creo que ni siquiera estamos próximos a saberlo.

Elena le posó la mano sobre su brazo en un gesto de consuelo aunque sabía que esa frase era la misma que ella percibía desde que había comenzado a sumergirse en la locura.

—Vayámonos.

—¿Hacia dónde?

—Hacia donde podamos encontrar un poco de calma para analizar todo esto, vayamos a mi hotel.

—¿Su hotel?

—Luego le cuento el porqué de esa decisión pero ahora debo hacer algo.

Dejaron atrás la casa de Irene y salieron a la calle, Ginés vio dirigirse a Elena

hacia una de las cabinas y se mantuvo a unos metros de distancia. La observó hablar un instante por teléfono y dirigirse de nuevo hacia él.

—Sin el aviso no encontrarán su cuerpo, no puedo permitirle que le robe la dignidad de su muerte aunque tenga que hacerlo de manera anónima. Irene se merece llegar a su anatómico antes de que su cuerpo se descomponga.

—Se sentirá cómoda en el lugar por el que tanto trabajó.

Irene lo miró turbada.

—Es solo una forma de hablar. ¿No localizará la policía la llamada?

—Es una cabina, hasta que lleguen a mí les queda un largo camino. Son los únicos teléfonos que no dejan un rastro para el sistema, lo analógico es lo único que te permite conservar tu privacidad.

Elena se quedó pensativa al concluir su frase y miró a Ginés con las pupilas encendidas.

—¡Nuestro juego de niñas! —dijo al tiempo que salía corriendo.

Ginés la siguió sin comprender lo que pasaba por su mente y regresaron a la casa de Irene. Elena fue hasta el dormitorio y le señaló el teléfono.

—Ella tenía únicamente este teléfono, lo compró en Perú hace quince años y no quiso nunca cambiarlo por uno digital.

—Discúlpeme, pero no entiendo a dónde pretende llegar.

—De niñas teníamos un juego, si algo nos ocurría dejábamos un mensaje oculto en algún lugar para que la otra pudiese encontrarlo. Este teléfono no indica si existen mensajes por medio de una luz o un panel, si alguien estuvo aquí puede haberlo pasado por alto.

—¿Quiere decir que ella le puede haber dejado un mensaje?

Elena descolgó el teléfono y esperó a que la locución le indicara si tenía actividad.

—¡Hay uno! —dijo pulsando el número dos para escucharlo.

“Hola, Elena, espero poder eliminar este mensaje antes de que acabe el día. Creo firmemente en la bondad de Infinito pero se ha equivocado con Ginés, seguro lo comprende cuando le presente mis argumentos.

Si estás escuchando esto es que algo salió mal, busca el 548. Suerte y protege a Ginés”.

## **Capítulo 35**

J.A. estaba sentado en su despacho con el teléfono en la mano, había marcado

el número en dos ocasiones pero ambas habían colgado sin saber cómo continuar. Sabía que debía afrontar la conversación pero le costaba encontrar las palabras para verbalizar una información de esas características. Enfrentarse al dolor le incomodaba, no sabía cómo protegerse de la espiral de aflicción que desencadenaban sus palabras. Aún recordaba la primera vez que tuvo delante la incertidumbre en una mirada, las pupilas fijas en él esperando con impaciencia la confirmación de la desesperanza. En aquella ocasión su compañero había encontrado el cuerpo de un joven en el cauce del Manzanares con signos de violencia, la autopsia confirmó la muerte por traumatismo craneal con un objeto similar a un bate de béisbol. Sus padres habían denunciado su desaparición unos días antes y tuvo que enfrentarse al momento de pronunciar ante ellos la muerte de su hijo.

Se le secó la garganta al recordarlo y volvió a marcar el número de teléfono. Estaba apagado y sintió alivio. Se aproximó al teclado y escribió en un correo electrónico dos líneas precisas: “Necesito hablar contigo con urgencia. Llámame en cuanto lo veas”.

Pensó en Elena y respiró con fuerza. Ella era una mujer fuerte que no le mostraría congoja ante el hecho lo que mitigó su desasosiego. Se levantó e intentando imprimir firmeza a sus pasos se dirigió hacia la habitación contigua.

—¿Sabes algo de ella?

Alonso negó con la cabeza sin desviar la atención de los informes que le habían proporcionado los técnicos sobre la llamada.

—Sin identificar, imagino.

—Una cabina. A unos metros de donde encontramos el cuerpo de la forense.

—Eso es lo mismo que nada. ¿Tienes la transcripción?

Alonso asintió y se aclaró la voz.

—Deben llegar lo antes posible a la calle Ave María número veintiuno. En el tercer piso a la izquierda. Les espera.

—¿Quién es?

—Ella es la que importa, vengan rápido.

—Un momento, no cuelgue. ¿De qué se trata?

—De demasiada sangre.

—¿El tono de voz?

Alonso entrecerró los ojos y buscó entre las palabras escritas.

—La chica del servicio de emergencias que atendió la llamada lo definió como intenso y firme. No pudo especificar si era hombre o mujer.

J.A. se evadió un instante, algo en su interior estaba confrontado y luchaba por darle una emoción definitiva a experimentar. Desde que accedió al cargo de inspector de homicidios deseaba poder demostrar su valía, la sombra de Elena le perseguía en esa comisaría y sus hombres parecían cuestionar sus órdenes al tiempo que pensaban en cómo lo hubiese gestionado ella. La resolución de un caso como ese le daría la credibilidad y el orgullo necesario. Sin embargo, no podía dejar de pensar en la forense, Irene no se lo había puesto fácil desde su llegada pero los días de puesta en común y contacto habían hecho que su relación fuese lo suficientemente cercana como para sentir su muerte.

—¿Llegó al anatómico?

—Hace algo más de una hora.

—¿Algún dato relevante del preliminar?

—El agente que llegó al edificio indica que el suelo estaba lleno de sangre y parecía que el cuerpo contenía un número indeterminado de lo que le parecieron heridas de arma blanca.

—¡Determínalo e infórmame! Quiero ser el primero en conocer el resultado de la autopsia.

Alonso gesticuló ante la orden y se abalanzó sobre el teléfono del escritorio. J.A. cerró la puerta con fuerza tras de sí y observó la ciudad a través del ventanal que recorría el pasillo, agachó levemente la cabeza y un pensamiento incómodo le cruzó por ella. Tenía que encontrar a Elena.

—Señor, tiene una llamada urgente.

Al girarse vio el teléfono inalámbrico en la mano de la chica y tuvo que respirar suavemente antes de enfrentarse a él.

—¿Elena?

—Leí tu email, ¿ocurre algo?

La contundencia de Elena siempre le sorprendía, se humedeció los labios e intentó concentrar su diálogo en frases breves y concisas.

—Será mejor que vengas a comisaría.

—No tengo ni el tiempo ni la paciencia para llegar hasta allí. Dime qué ocurre J.A.

—Está bien —dijo nervioso—, se trata de Irene. Recibimos un aviso y al llegar encontramos su cuerpo.

—¿Su cuerpo? ¿Quieres decir que está muerta?

—Lo siento, Elena.

—¿Cómo? ¿Dónde? ¿Qué ha ocurrido?



Las preguntas de Elena giraban en su mente, intentó verbalizar una respuesta aséptica a ellas que condujera la conversación a términos profesionales que dejaran fuera las emociones del momento.

—Aún no sabemos gran cosa, cuando tengamos la autopsia podré darte más información.

No pudo continuar, el aparato emitió sonidos entrecortados que indicaban que Elena había cortado la conversación. J.A. respiró aliviado e imaginó que la mujer había preferido no mostrar su debilidad ante la muerte de su amiga y estaría intentado reponerse entre lágrimas envuelta en su propia soledad.

—Diecisiete puñaladas.

La voz de Alonso le sorprendió e instintivamente lanzó un gesto de desagrado.

—Siento interrumpirle, señor, pero creo que es importante.

—¿Qué tenemos?

—Aún no concluyeron la autopsia pero ya sabemos que murió por herida de arma blanca. Su cuerpo tiene diecisiete puñaladas de baja profundidad y dos que desgarraron arterias principales. Murió desangrada por incisión en la femoral.

—¿Diecisiete?

Ambos permanecieron un instante en silencio, sin apenas poder contener la imagen de la mujer en sus mentes rodeada de sangre.

—Ensañamiento y pulsión. Vaya al anatómico y espere allí a que le den el informe completo. Solo espero que muchas de esas heridas se produjesen una vez muerta...

—Y yo.

J.A. cogió su libreta y anotó el nombre de Irene. Negó con la cabeza y pensó en la vehemencia del crimen. Buscó el teléfono y marcó de nuevo.

—¡Enciende el maldito móvil!

Se acercó al ordenador y sobre el email anterior escribió: “Elena tiene que venir, necesitamos conocer el entorno más próximo de su amiga”.

## **Capítulo 36**

La falta de individualidad del lugar le desconcertó. Estaba acostumbrado a sentirse entre sus cosas, a la familiaridad que otorga lo propio. Alzó la

mirada hacia el final del pasillo y observó cómo se repetía el diseño en cada una de las puertas de las habitaciones mientras avanzaban por la moqueta que silenciaba sus pasos.

—Cientos de personas pasarán por este lugar cada año, saben que están rodeadas de desconocidos con los que probablemente se cruzarán pero prefieren evitar sus sonidos.

—Deje de hacer eso.

—¿El qué?

—Analizar cada situación. Es solo un hotel.

Ginés asintió.

—Disculpe si la he incomodado.

Elena se frotó la cara y paró un instante.

—Siento haberle contestado mal, es solo que... —Elena hizo un ademán con la mano y continuó caminando.

—Preguntarle si se siente bien es absurdo —dijo Ginés alcanzándola—, pero debe mantener la mente lo más racional que le sea posible.

—¿Servirá de algo?

Ginés no supo qué responder y continuaron en silencio hasta encontrar la habitación de la inspectora. Elena se tumbó en la cama y Ginés se sintió de nuevo incómodo. Se acercó a la ventana y sin girarse hacia la mujer lanzó la pregunta al aire.

—¿Qué quiere decir 548?

—Ni idea, llevo dando vueltas a ese número desde que lo escuchamos, intentando relacionarlo con alguna conversación de Irene, con algún dato en

su vida..., pero no encuentro nada.

—Pero si se lo trasladó debe estar a su alcance.

Elena se incorporó con desgana, sentía el desasosiego recorrer su cuerpo sin encontrar una salida y la tensión se le iba acumulando en el pecho.

—¿Por dónde comenzamos?

Ginés la miró sin comprender la pregunta.

—Necesitamos situar la línea temporal de sucesos e intentar analizar los datos, en algún punto deben de haber cometido un error aunque este sea mínimo.

—Lo dudo —expresó el hombre tras un suspiro.

Elena hizo caso omiso al comentario y encendió el ordenador. Ginés le vio leer y alcanzar el teléfono. Un minuto después colgó la llamada.

—Encontraron a Irene —dijo sin apenas mirarlo.

—Comencemos por el principio, Susana conoce a un hombre llamado Adrián hace al menos diez años y este aparece muerto en un accidente de tráfico. Ella guarda una ficha de casino junto a su nombre en su casa.

—En la mano del chico encontraron una ficha similar.

—¿Cómo dice? —expresó sorprendido.

—Quedó registrado en el informe de su muerte, su cuerpo apareció con una ficha de casino en una de sus manos.

Ambos permanecieron en silencio, sumidos en sus propios pensamientos intentando encajar las piezas de un puzle que cada vez más escapaba a su entendimiento.

—¿Sabe el día que murió?

Elena regresó sobre el portátil y buscó el email que le había remitido Alonso.

—El cuatro de noviembre de dos mil cinco.

—¡Eso son tres días antes de antes de la muerte de Susana! —gritó intentando asimilar la información.

La mujer frunció el ceño y posó la mirada sobre la pantalla del ordenador, su mente giraba en busca de una respuesta lógica para la causalidad pero no encontraba nada en los datos que le sirviera para calmar a Ginés y recordó una de las frases del hombre.

—¿No existen las casualidades? —dijo dubitativa—, creo que no es un recuerdo, Ginés, creo que sus muertes están relacionadas de algún modo, ¿ella se suicidó?

—Según la policía fue una sobredosis.

Márquez lo miró perpleja.

—¿Consumía alguna sustancia de forma habitual?

El hombre negó con la cabeza.

—¿La vio esos últimos días?

—Estuvo en casa una semana antes de morir, charlamos un rato y... —Ginés alzó las cejas mirando fijamente a Elena.

—¿Y qué? —preguntó ella nerviosa.

—¡Tengo que regresar a casa! —dijo saliendo rápidamente de la habitación.

Elena lo observó un instante antes de recoger su chaqueta e ir tras él. Lo alcanzó en el rellano esperando el ascensor.

—¿Qué ha ocurrido?

—Necesito ir a casa —repitió acongojado.

—Está bien —dijo intentando calmarse—, vaya, yo iré a comisaría y después paso a buscarlo.

—¿Para qué va a ese lugar? —espetó extrañado Ginés.

—No se preocupe, no voy a delatarlo. Necesitamos saber cómo va el curso de la investigación y si tienen algún dato que nosotros desconocemos.

Ginés asintió y se dirigió a las escaleras, en su interior el recuerdo le golpeaba y le cruzaba el pecho hasta hacer que la presión le produjese un dolor intenso. Dejó a Elena tras de sí y salió a la calle. El viento rodeando su cuerpo hizo que el sudor que le recorría se enfriara hasta hacerle temblar, se arqueó y sujetó sus manos a sus rodillas mientras intentaba respirar y controlar la tensión que le atenazaba. Pensó en Susana y corrió hacia la plaza de Tirso de Molina en busca de un taxi que le acercara a la incertidumbre.

Alcanzó a ver su edificio desde la ventanilla del coche mientras este se hacía a un lado indicando que había llegado a su destino. Intentó caminar deprisa pero la tensión hizo que sus piernas se entumeciesen y necesitó patear el suelo un instante antes de poder continuar.

Llegó a casa temblando, el rostro de Susana en ese último día ahora le parecía distinto, pensó en cómo sus labios permanecían apretados mientras sus líneas de expresión marcaban una dureza que no supo entender.

Se dirigió hacia el baúl y buscó con urgencia el último folio. Lo encontró y una punzada en el corazón le hizo caer al suelo. Necesitó respirar lentamente para acometer de nuevo la lectura y se arrastró hasta una de las paredes para apoyar la espalda en ella.

### *TODO PERMANECE*

*La luz me hizo cerrar los ojos un instante para acomodarme a ella, al*

*abrirlos de nuevo su rostro quedó enmarcado entre los reflejos. Me pareció que sonreía levemente. Adrián esa noche parecía distinto, desprendía una alegría que hacía meses no estaba presente en él. Su vida había sido dura. Le conocí una noche de hace dos años en uno de los bares en los que había sido camarera pero no fue hasta hace unos meses cuando coincidimos de nuevo en un mercado y nos pusimos a charlar. Estaba deprimido, decía que la vida le había sobrepasado. Intenté animarlo pero tenía interiorizado el suicidio. Lo defendía con su propia vida mientras conversábamos y esto me parecía la más cruel de las ironías.*

*Nos hicimos amigos y compartimos momentos brillantes pero a cada instante le veía apagarse más. Un día noté algo extraño, ante mis argumentos vitales me pareció que hablaba en tercera persona, como si un ente superior le hubiese otorgado las palabras precisas. Yo buscaba en cada lugar, en cada noche junto a mi almohada, en cada mirada extraña las palabras que le hiciesen desistir de su intención. No podía permitirselo a él ni permitírmelo a mí misma. Su muerte era un sin sentido pero él se empeñaba en hacer real el título del gran autor, Crónica de una muerte anunciada.*

*Indagué en él, junto a él y lo perseguí por las calles, algo lo estaba desconectando del mundo. Lo vi esperar en la puerta de un edificio que le era ajeno, al menos según lo que yo conocía de él. Adrián no jugaba en los casinos, no le gustaban las apuestas.*

*Esto pudiera resultar algo trivial si no fuera porque las miradas de las personas que lo saludaban y rodeaban estaban teñidas con la misma tristeza de Adrián.*

*Unas horas más tarde llegó a casa y encaré mis hallazgos. Su respuesta fue más abrumadora si cabe, ese era el único lugar en el que se encontraba*

*bien, rodeado de aquellas personas la tristeza desaparecía. Lo decía con una mezcla de fascinación y rencor hacia lo externo a ese lugar. Me pareció que incluso hacia mí misma.*

*—Mañana es el día, mañana es el doble cero.*

*—¿El doble cero?*

*—El día en que todos ganamos.*

*—¿Qué día es ese?*

*No me respondió pero necesité que mis lágrimas borbotaran ante la certeza.*

*—¿Qué puedo hacer? —me pregunté.*

Ginés temblaba violentamente, sus labios sangraban ante la presión ejercida por sus dientes pero parecía no sentir el dolor físico. Un alarido intenso iba formándose en él, lo notaba ascender por su cuello al compás de sus espasmos hasta llegar a su garganta. Lo dejó salir, agitado y descomunal pero él apenas logró escucharlo, sus oídos permanecían en silencio escuchando bombear la sangre que le regaba de manera incontrolable cada punto nervioso de su cuerpo. Necesitó golpear el suelo hasta sentirse desfallecer y rodeado de sus lágrimas se agazapó en sí mismo. Cerró los ojos sintiendo el papel en su mano, las palabras escritas por Susana le quemaban en los dedos. A su mente llegó de nuevo el instante en el que tras la pregunta le entregó el folio para que continuara el relato. Pudo ver sus ojos expectantes, tensos ante la posibilidad de que él le diera una respuesta que le sirviese de ayuda.

*—¡No supiste entenderlo!*

La agonía del recuerdo hizo que se incorporara de nuevo balbuceando entre sollozos.



—Lo siento..., lo siento...

### **Capítulo 37**

Habían pasado diez meses desde la última vez que estuvo en ese lugar, aún podía recordar cada detalle con el que se encontraría tras empujar con firmeza la puerta de entrada. Situada en el centro de la ciudad, la comisaría pareciera querer gritar al viento que se encontraba envejecida, las paredes grisáceas y el desgarramiento en la pintura de las verjas daban al lugar un aspecto anacrónico.

Elena cruzó la calle deprisa, casi corriendo hasta situarse a pocos metros de la entrada, se colocó la chaqueta y se recogió el pelo.

—Buenos días, inspectora.

—Buenos días, Simón —dijo al tiempo que cruzaba el umbral sin detenerse.

Miró a su alrededor un instante y cruzó el pasillo en dirección al despacho de J.A. Lo vio en la distancia, gesticulando con fuerza ante la presencia de un chico que sin levantar la mirada se limitaba a afirmar ante las palabras de su superior.

—Buenos días, José Antonio —le interrumpió.

J.A. se volvió hacia ella con gesto incómodo, Elena sabía que no le gustaba que pronunciasen su nombre completo y utilizarlo en ese momento le otorgaba una mayor firmeza mental ante el hombre.

—Pasa por aquí —le dijo haciendo un gesto al chico para que los dejase solos.

Elena entró a su antiguo despacho y sonrió con desgana.

—No ha cambiado demasiado, salvo el sillón... yo jamás hubiese tenido uno en blanco —espetó con una carcajada.

—Eso no es lo importante.

—Está bien J.A. ¿Qué ocurre?

El hombre buscó entre sus cajones y le ofreció una carpeta.

—¿Qué es?

Será mejor que nos sentemos un momento, tenemos que conversar sobre algo que supongo te resultará incómodo.

Elena intuyó el contenido de la carpeta, contendría las fotografías del crimen de Irene y todo lo relativo a los informes de los agentes que encontraron su cuerpo. Recogió el portafolios y lo depositó sobre el escritorio sin abrirlo.

—No estoy aquí para jugar a las adivinanzas, señor inspector, ¿qué es lo que necesita de mí?

Observó a J.A. perturbado ante la situación y la dureza empleada en su última frase hizo que el hombre diera unos pasos en círculo midiendo la circunstancia y buscando en él las palabras correctas.

—¿Y bien? No tengo todo el día —inquirió sabiendo que le superaba la situación de la muerte de Irene en su presencia.

—Sé que no es un buen día, Elena, pero yo no soy su enemigo.

—¿Por qué me llamaste?

J.A. se sentó apesadumbrado, cruzó sus dedos sobre su pecho y miró fijamente a la mujer que tenía delante.

—Diecisiete puñaladas, Elena, sabes lo que eso significa...

La imagen de Irene rodeada de su propia sangre regresó a su mente, se frotó con fuerza los ojos e intentó centrarse en la conversación conteniendo las lágrimas en su garganta.

—¿Diecisiete?

J.A. volvió a entregarle la carpeta.

—Alguien se ensañó con su cuerpo y este tipo de crímenes habitualmente son realizados por conocidos de la víctima...

Elena le hizo un gesto con la mano interrumpiendo el argumento del hombre.

—Ambos sabemos lo que significa y quieres saber si yo conozco a alguien en la vida de Irene con la capacidad de apuñalarla hasta la extenuación, ¿verdad?

La ironía de Elena le punzó el estómago.

—Es difícil afrontar algo así pero debes decirme lo que intuyas, lo que sepas, lo que creas.

—Intentaré ser de ayuda, se lo debo a ella. Si no te importa prefiero que me cuentes el contenido del expediente y no ver sus fotografías ni su nombre impreso en el lugar de la víctima.

J.A. respiró aliviado mientras asentía con la cabeza. El trato con Elena le resultaba difícil pero prefería tenerla de su lado en la investigación.

—El preliminar de la autopsia dictaminó que se desangró por sección de la aorta.

Elena lanzó un suspiro y apretó los dientes.

—No me cuentes lo previsible, por favor, ahórrame los detalles triviales que no aportan nada al caso.

—Está bien... —expresó dubitativo—, encontramos el cuerpo por una llamada anónima realizada cerca del lugar de su muerte. ¿Sabes qué relación pudiera haber tenido con la calle Ave María?

Elena fijó la mirada en una de las paredes de la estancia y negó con la cabeza. A J.A. le pareció que buscaba entre sus recuerdos alguna conexión

con los datos.

El piso estaba vacío, su propietario es un anciano que nos dijo no haber conocido nunca a Irene.

—¿Cuánto tiempo lleva deshabitado?

—Unos dos años.

—Conocían el lugar.

J.A. asintió y prefirió dejarla continuar con sus reflexiones.

—Fuese quién fuese sabía que no encontrarían el cuerpo de Irene a no ser que avisaran del mismo, ¿por qué llamar a la policía?

—¿Remordimientos?

—Pudiera ser —continuó Elena—, el perfil criminal de un asesinato de estas características otorga al sentimiento de culpabilidad una posición clave.

—Exacto, creemos que quien lo hiciese conocía a Irene, que ella confiaba en él. Creemos que no fue algo premeditado, este tipo de ensañamientos corresponde con la visceralidad criminal del momento, pasada esta llega el remordimiento y la llamada. Por eso necesitamos que nos ayudes a saber quién pudiera estar cerca de ella.

—¿Por qué hablas en masculino?

J.A. alzó la mirada desconcertado.

—Has dicho «confiaba en él», ¿por qué no en ella?

—No tenemos el resultado definitivo de la autopsia pero el preliminar ya nos indica que la dirección de las heridas es producto de una persona de mayor peso y tamaño que Irene, diestra para más datos.

Elena asintió mientras anotaba mentalmente la información.

—¿Tenéis algo más?

—Aún no, estamos intentando ordenar sus últimos días para ver si en ellos hay algo que nos lleve hasta algún lugar.

Elena se levantó y le tendió la mano.

—Gracias, J.A. Intentaré recordar y te llamaré si encuentro algo, espero me informes del definitivo cuando concluya la autopsia. ¿Quién la está realizando?

—Daniel.

Márquez asintió y salió del despacho. Antes de dirigirse al pasillo giró de nuevo la mirada hacia J.A. y negó sobre sus propios pensamientos: «Estáis demasiado lejos de la verdad».

Salió de comisaría y respiró hasta llenar sus pulmones, se sentía temblar y se miró las manos un instante. No era perceptible ante sus ojos, temblaba su interior acompasado por la imagen de Irene.

Se sentó en un peldaño que sobresalía del escaparate de una tienda de ropa y se llevó las manos al rostro. Necesitaba llorar, elevar de su pecho la angustia hasta su garganta y dejarla salir sin contención. Se frotó la cabeza con fuerza y pensó en ella.

—¿Qué hiciste Irene?, ¿qué te ha llevado a esto? Engañaste a todo el mundo... incluso a mí. ¿Por qué? Pensaba que eras feliz o al menos estabas cerca de serlo... ¿Qué voy a encontrarme, Irene, después de todo esto? ¿A una persona absolutamente extraña después de tantos años?

No encontró ninguna respuesta, miró fijamente hacia el punto más distante y lanzó un gran suspiro. Se levantó y recordó a Ginés. El hombre parecía agitado cuando lo dejó, había recordado algo que no quiso compartir con ella y un sentimiento de urgencia por llegar hasta él se instaló en Elena.

## **Capítulo 38**

Escuchó golpear la madera pero hizo caso omiso. Sus ojos estaban fijos en la pantalla mientras su desaliento aumentaba en cada línea. Las frases de Infinito se le clavaban en las pupilas, le atenazaban la garganta hasta asfixiarle y le golpeaban la sien hasta dejarle aturdido. Llevó sus dedos hasta el teclado y releyó de nuevo los dos emails recibidos, pulsó en responder y sintió sus manos entumecerse por la ansiedad.

“Te desprecio. No me despiertas más sentimientos que el desprecio y el asco. No vuelvas a intentar equipararnos, tú eres un simple asesino. Tal vez ni eso, pues eres demasiado cobarde para mancharte por ti mismo las manos con su sangre, necesitas que otro lo haga por ti. Esa es tu definición, eres un cobarde sediento de sangre que disfruta de la agonía de sus víctimas y no solo del momento de su muerte. Disfrutas del proceso de quitárselo todo, de arrebatarle a una persona su identidad, de despojarle de todo lo que es. Eres un vil asesino mucho antes de disparar o apuñalar con mano ajena.

Deberías hacerle un favor al mundo y aplicarte a ti mismo el suicidio que tanto avalas”.

Escuchó golpear de nuevo con fuerza la puerta y regresó mentalmente a la estancia, pulsó en enviar y se dirigió a abrir.

—¿Está bien?

Ginés le devolvió un gesto afirmativo.

—¿Qué ha ocurrido?

Elena le observó un instante, tenía el rostro desencajado, cada línea de expresión era agónica, la representación visual de su agotamiento. Parecía distante, sumido en sus pensamientos sin noción de realidad externa. Lo vio caminar delante de ella arrastrando sus pies, despacio como si cada movimiento le representara un suplicio difícilmente soportable.

—¿Seguro que se encuentra bien?

El hombre fijó la mirada en ella un instante y la posó sobre el suelo.

—Máteme.

La palabra retumbó contra las paredes, contundente y decisiva.

—¿Cómo dice?

Ginés se tumbó sobre el sofá y cerró los ojos.

—Quiero dejar de sentir. Dejar de sentirme ajeno a un mundo que no comprendo, que no le intereso y no me interesa a mí. No pude ayudarla, no supe darme cuenta de su petición de auxilio. Es demasiado para mí..., todo esto me supera. Usted es una mujer fuerte, valiente ante la adversidad. Yo seré un lastre para que avance en esta locura y pueda detenerla. Le cedo el testigo, es la única manera de que llegue hasta el final y pueda conseguir vencer. No lo haré al lado de alguien agotado que ha perdido la capacidad de luchar...

—¿Pero qué coño dice?, ¿de qué está hablando?

Ginés le entregó el folio escrito por Susana.

—¿Y cómo ibas a saberlo? —le gritó.

Sintió cómo la cólera se apoderaba de ella, la rabia le borboteaba en la garganta, sentía ganas de volver a golpearlo hasta hacerlo reaccionar.

—¡No pienso matarte! —chilló—, ¿lo has entendido?

Lo único que consiguió fue un gesto del hombre para que se dirigiera a una habitación contigua, encontró el ordenador y leyó los últimos correos electrónicos de Infinito y la respuesta de Ginés. El hombre se había levantado y la observaba apoyado en la puerta.

—Por favor, acabe conmigo.

Elena perdió el equilibrio emocional y lo agarró con fuerza de la camisa a la altura del pecho, a escasos centímetros de su rostro podía sentir cómo se estremecía ante ella. Apretó los dientes y sin pestañear le habló imprimiendo toda la furia que permanecía en ella a sus palabras.

—¿Así que eres igual de cobarde que él?, ¿o acaso ya has tomado la decisión



que te indica? ¿Ya te has rendido ante él?

Ginés bajó la mirada sin defenderse de la presión que ejercía Elena en su cuerpo.

—No me quedan fuerzas.

Elena lo soltó y comenzó a gritarle presa del desconcierto.

—¡Piensa en ellos, piensa en Irene, en Susana y en todos los demás! ¡Joder, Ginés, apele a los sentimientos más negativos, apele a la venganza! ¡Apele al odio y a la destrucción si quiere pero continúe conmigo! ¿Ni siquiera quieres vengar su muerte?

Ginés hizo una mueca de dolor y Elena pensó que al menos esa última frase le había conmovido. Se acercó de nuevo a él y cambiando el tono de voz le sujetó firmemente los brazos.

—No dejes que te venza..., recuerda, Ginés, la guardia muere pero no se rinde.

—Cambronne —balbuceó—, pero eso era Watterloo.

Estamos en guerra, los analistas lo definirían como asimétrica. No podemos ver al enemigo, no podemos saber sus posiciones, no es un cuerpo a cuerpo pero tenemos que vencer en la batalla. Tenemos que ser más inteligentes que él para adelantarnos a sus posiciones y eliminarlo.

—¿Eliminarlo?

Elena suspiró y alzó los ojos al techo.

—No sé cuál será el final de todo esto..., pero necesito creer en el resarcimiento para continuar, necesito creer que la muerte de Irene no se diluirá en la nada.

Ginés se retiró de ella y se sentó de nuevo. La miró fijamente un instante y

permaneció en silencio.

—¿Se quedará a mi lado?

—¿Venceremos?

—No lo sé, pero al menos lo intentaremos.

Pudo ver al hombre regresar a sí mismo, regresar con sus últimos pensamientos, a su decisión de morir. Cuestionar los minutos, la determinación de la que disponía y sentir el miedo recorrerle.

—Procuraré resistir pero debe prometerme algo.

Elena asintió expectante ante sus palabras.

—Si no lo conseguimos, si descubrimos que no podemos ganar en la batalla debe prometerme que lo hará. Prométame que no me dejará seguir con vida.

La severidad de su tono de voz le estremeció, en un primer momento quiso negar ante la posibilidad, gritar ante el desconcierto, suplicar ante la decisión que le estaba inquiriendo. Elena se levantó sintiendo los ojos del hombre clavados en ella, ansiosos ante su respuesta. Durante unos minutos permaneció en silencio, midiendo su capacidad de promesa.

—Está bien, le prometo que lo haré —expresó contundente.

Ginés sonrió mientras les envolvía el silencio. Márquez no pudo acercarse a él, permaneció a unos metros del hombre mientras observaba un gesto de alivio en su rostro. Delineó mentalmente su figura mientras dudaba de sí misma y de sus palabras llegado el momento.

—¿Qué hubiese escrito hoy al texto de Susana?

Ginés la miró desconcertado.

—No escribió nada cuando su amiga le pasó el relato, ¿no?

El hombre negó con la cabeza.

—No me gustó el tema y saqué dos copas de vino. Ella insistía para que continuara pero conseguí cambiar de tema todas las veces que ella lo planteó aquella noche.

—¿Y ahora?, ¿qué le hubiese dicho?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Porque su situación de aquel momento ahora es la mía. Tengo que intervenir para intentar que alguien rompa con su deseo de morir.

Ginés se sobresaltó, su similitud con Adrián le encogió y necesitó volver a cerrar los ojos un momento.

—¿Sabe qué? Yo no voy a acabar con su vida y usted tampoco lo hará.

—¿Cómo está tan segura?

Porque es demasiado inteligente para dejarse vencer por un loco.

Las palabras salieron de su boca con solidez pero ella las sintió envueltas de incertidumbre. Miró el rostro del hombre y la duda sobre el poder de la decisión de su compañero se instaló en ella.

—¿Y ahora qué hacemos?

Elena sonrió ante la pregunta.

—Creo que tu email de respuesta lo habrá irritado. Necesitamos aprovechar su enfado a nuestro favor pero no sé la forma de hacerlo.

—¿Y si le respondemos a lo que quiere? ¿Y si le damos una elección?

Márquez asintió ante la idea de Ginés, lo instó a levantarse y se dirigieron a la pequeña habitación que hacía las veces de despacho.

—Al menos veremos su reacción, aunque tenemos que pensar que ante la

réplica ya tendrá una situación preparada de antemano. No podemos darle la respuesta que espera...

—¿Y qué cree que debemos escribirle?

Elena se encogió de hombros.

—Debemos tener en cuenta que es un psicópata pero altamente instruido. Es un ser inteligente que ha puesto su inteligencia al servicio de la perversidad. No será fácil engañarlo.

—¿Y si le hacemos creer que se rinde?

Un pequeño brillo se desprendió de la mirada de Ginés ante su pregunta, se sentó en el escritorio y le ofreció a Elena sentarse a su lado.

—Si le hacemos creer que acabaré con mi vida el juego habrá terminado, habrá vencido y sin su presencia y su control sobre mí tendremos más espacio para acercarnos a él y detenerlo. Si lo creamos bien y conseguimos que piense que estoy muerto sus energías estarán destinadas en otro lugar y nos será más sencilla la sorpresa. Solo hay un problema con ello...

—¿Cuál? —preguntó con insistencia Elena.

—Que querrá comprobar mi muerte.

—Eso déjeme a mí, podemos montar una falsa muerte desde comisaría.

Ginés observó a la inspectora con una mezcla de asombro y pavor.

—¿Pueden hacer eso?

—Será mejor que no sepa todos los detalles.

El hombre asintió y se dispuso a escribir las líneas finales del juego.

“SIN MÁS,

Alguna vez escuché que los caminos que conducen a la decisión final son

extasiantes, no sé si yo he sido capaz de vivirlos de ese modo, si bien es cierto que al menos han sido agonizantes y retadores.

Ante todo quiero pedirle disculpas por mi anterior email, no fueron mis palabras aunque sí las escribieron mis dedos, ya sabe que antes del éxtasis viene el golpe de placer o el dolor más intenso que conocemos. No debí escribir algo así pero estoy tranquilo pues sé que sabrá disculparme.

El juego llega a su fin, sin más partidas a las que enfrentarnos, sin más batallas que intentar vencer... tomé la decisión a la que me apremiaba. En la vorágine de los días me he dado cuenta de que la supervivencia en la que he instaurado mi vida no compensa el sufrimiento emocional de llevarla a cabo. De este modo acepto mi derrota, me arrodillo y pongo a su disposición mi vida.

Es el precio y el sabor amargo del fracaso, he intentado adelantarme a sus movimientos, pararle en el desenfreno de las horas, detener sus acciones y darle caza pero es un enemigo demasiado poderoso para un ser insignificante como yo.

Ha vencido justamente, sin farsas ni enredos. Es el momento de que yo le dé algo a cambio por su victoria. Es suyo el momento y la forma de mi muerte.

Espero sus instrucciones.

Fin del juego.

Ginés”.

Un estertor le cruzó el pecho ante las palabras del hombre, lo miró fijamente y dudó si lo escrito por Ginés eran palabras simuladas.

## Capítulo 39

El cristal golpeó la pared hasta desprenderse de ella en mil pedazos. Lo observó caer al suelo mientras el líquido que contenía la copa se derramaba sobre el piso. Respiró hasta llenar sus pulmones y alcanzó una nueva copa sobre la que vertió el mismo whisky que había estrellado.

Tomó un sorbo y apretó los puños. Se acercó al inmenso ventanal que rodeaba la habitación y contempló el mecer de los árboles.

—Idiota —farfulló entre dientes.

Escuchó un leve sonido a su espalda y supo que eran las tres de la madrugada. Se mesó el pelo y se acomodó las zapatillas antes de dirigirse a la pantalla. Un leve reflejo de esta mostró la ira que desprendían sus pupilas.

“Admirado Ginés:

Me entristece tu decisión pero más aún leer lo escrito por tu persona. En estos momentos dudo de si la valía que te tenía otorgada es la que mereces.

Es desalentador pensar que intentaste detenerme, desentrañar mi obra no estaba a tu alcance, llegar a mí no te era posible. Creí que alguien como tú lo comprendería pero observo con dolor que eres uno más, que no has llegado a alcanzar la comprensión que este juego requiere.

Tu arma no era la persecución si no las palabras. Solo los argumentos válidos pueden cambiar los caminos marcados. Ese era tu campo de batalla. Esa era tu posibilidad de detenerme.

Acepto tu decisión, recibirás un último email en breve. En estos momentos mi frustración con tu persona alcanza cotas demasiado elevadas, tanto que no me permiten desarrollar la última escena como debiera.

El final del juego lo marco yo.

Un saludo.

Infinito”.

## Capítulo 40

El mapa de la ciudad permanecía abierto sobre la mesa, a su lado manchas de tinta recorrían las vetas de la madera. Elena abrió los ojos despacio, necesitó mirar a su alrededor unos instantes para recordar el lugar en el que se encontraba. Se frotó con suavidad la frente y llamó a Ginés. El hombre no le respondió.

Volvió a pronunciar el nombre de su compañero y el silencio le vino en forma de respuesta, se incorporó y fue a buscarlo al dormitorio. Lo encontró tendido en la cama de costado, con la mirada fija en la pequeña ventana, alrededor de su rostro sobre la almohada aparecía una gran mancha que Elena interpretó como lágrimas.

—¿Estás bien?

Ginés no contestó, se limitó a continuar posando su mirada sobre el cristal. Suspiró lentamente y se aclaró la garganta.

—Hemos olvidado un detalle...

—¿Un detalle?



—El tablero...

—No le comprendo, Ginés.

—Sabe que no estoy solo en esto.

—¿Se refiere a mí?

El hombre intentó incorporarse pero regresó a su posición de costado e introdujo las dos manos bajo la almohada.

—He pensado en todo lo ocurrido desde el inicio y hemos pasado por alto su estrategia.

—¿Cómo dice?

—El tablero, Elena, el tablero.

—Pero ya anotamos los puntos en el mapa que conocemos, no tenemos nada más.

Ginés sonrió levemente y cerró los ojos.

—¿Hay respuesta al correo electrónico?

—¡Levántese! —le ordenó irritada.

—Vaya y léamelo en voz alta —respondió Ginés pasando por alto la intranquilidad de Elena.

A pesar del desasosiego que el hombre le había transmitido y su necesidad de respuestas en la conversación decidió obedecerle y se dirigió hacia el ordenador.

Pulsó el interruptor de encendido y esperó a que la pantalla le diese acceso.

—Allan Poe.

Elena lo miró desconcertada

—Es la contraseña de acceso al email, Allan Poe.

Ginés se había incorporado y se situó a su lado. En ambos era perceptible el temor en la dilación, sabían que la respuesta estaría allí pero albergaban la esperanza de no hallar nada.

—¿Está segura de que podrá fingir mi muerte?

Elena no respondió pero notó el miedo en su duda. Tecleó el acceso al correo electrónico y parpadearon simultáneamente al ver el correo en la bandeja de entrada.

Lo leyeron en silencio, ambos consigo mismo encogiendo la garganta con cada palabra que llegaba hasta ellos. Arrastraron las sílabas, masticaron con dolor las frases hasta que la desazón se hizo presente y Elena rompió el momento con un alarido roto por el dolor.

—Cada una de sus frases es acertada —susurró Ginés—, hemos sido derrotados.

—¡Y una mierda! —le gritó—, esto no está acabado.

Ginés agachó la cabeza y entre sollozos se dirigió a ella:

—No nos dio las claves de sus posiciones, nos mostró su fuerza con ellas. Quería darme a entender que era demasiado poderoso para mí, que mi batalla estaba en otro lugar, en otros conceptos y una vez más no lo he sabido ver...

—¿Y qué? ¡Eso no implica ninguna derrota, Ginés! ¡A este tipo de psicópatas debe pararlos la fuerza no las palabras! Hasta que no le tengamos seguirá matando a su antojo.

—Se equivoca, Elena..., podrá meterlo entre rejas pero su palabra seguirá fuera, otro ocupará su lugar..., solo el argumento válido que le hubiese

hecho ver que estaba equivocado, podría haber supuesto su fin, el desvanecer de todo lo que ha creado..., recuerde que no está solo en esto..., recuerde a Irene...

—¡Mierda, Ginés! ¿Le da la razón? ¿Es solo un loco! ¿Y quién le dice que le hubiese escuchado? ¿Por qué cree que hubiese otorgado a sus argumentos alguna validez?

El hombre alzó la cabeza y miró a Elena pero esta no supo intuir qué pensamientos le cruzaban por su mente.

—¿Recuerda el GO, el tablero?

Elena afirmó con la cabeza.

—No alcanzaremos a saber sus posiciones pero sí nos ha mostrado algo sin darse cuenta, ha cometido un error... ese juego implica dos jugadores y el objetivo es rodear las piezas del contrario en el tablero para eliminar su libertad, cuando una pieza está rodeada queda suprimida

—No entiendo qué quiere mostrar con ello.

—Que el otro jugador soy yo..., por lo que cerca de mí tendrá posicionado a alguien que me controle, que controle mis movimientos...

—¿Físicamente quiere decir?

—Sí, y es por ello que deben tener ya la información de su presencia en mi casa.

—¿Alguien que no conozca para que pase desapercibido?

—Quizás no, el mayor control vital a una persona lo realizan los amigos, la gente cercana que sabe de su vida...

—¿Un amigo entonces?

Ginés se incorporó y paseó momentáneamente alrededor de la habitación concentrado en sus análisis.

—Si yo fuera él... habría puesto a alguien neutro. Alguien que conozca pero no implique demasiado en mi vida, alguien con la capacidad de llegar hasta mí pero sin que su presencia sea reseñable. Eso o alguien nuevo que se instale en mis días...

La frase sonó retadora, Elena dio un respingo y se aproximó a él. Su cuerpo expresaba una mezcla de furia y contención que no le permitían respirar con normalidad.

—¿Ahora desconfía de mí?

Ginés se sintió intimidado y negó con la cabeza.

—Avancemos en esto —le ordenó—, ¿quién puede haber en su vida que pase de puntillas por ella?

—Mis compañeros del anatómico.

## Capítulo 41

Se sentía estallar, sentía cómo la tensión se adentraba por sus brazos y colisionaba produciendo pequeños estallidos hasta desbordarse por sus poros. El estómago se le contraía y necesitaba retener el dolor que procedía de él. Paró en el semáforo en rojo y abrió la ventana, dejó que el viento que entraba por ella la envolviera y respiró profundamente antes de sentir cómo el sudor frío que cruzaba su espalda le transmitía un gran escalofrío. Cerró el cristal con rapidez y miró a su lado, Ginés parecía ensimismado.

Desde la última conversación habían permanecido en silencio, sin apenas rozarse evitando el contacto. Salieron de la casa y subieron al coche de Elena dirección al anatómico. Ninguno verbalizó sus pensamientos pero ambos dudaban si desplazarse hasta ese lugar les serviría de algo.

—¿Le apetece un café?

Ginés la miró desorientado.

—Creo que necesitamos respirar un poco de toda la tensión acumulada, darnos un momento de respiro antes de continuar. ¿Prefiere una cerveza?

—Un té estaría bien —le contestó dulcemente.

Elena le mostró una sonrisa y aparcó en el lateral de la calle. Ginés observó

el tránsito y puso una mueca.

—Hemos perdido la noción del tiempo, ¿no cree?

—Serán las seis o seis y media de la mañana —dijo Elena adentrándose en el bar.

Ginés la alcanzó en la barra y pidió un té con leche. El camarero se dispuso a servirles mientras ellos se acomodaban en una de las mesas.

—No me refería a la hora exacta si no al pasar de los días. No sé si duermo en la mañana o en la noche, si he comido o si me he duchado...

—Es cierto, nos ha hecho girar en los días como una peonza. No hemos tenido un anclaje sobre el que apoyarnos mentalmente para avanzar y no perder el equilibrio. Le hemos dejado dominar la situación y dominar nuestros minutos.

—Necesitamos respirar —dijo suspirando—, me gusta esa expresión que empleó.

—Necesitamos pararnos, respirar y evaluar nuestra situación. Poner todo nuestro intelecto en ello de manera calmada, sin atropellos, sin dejarle vencernos en las emociones que hacen que nuestras acciones no sean inteligentes.

Escucharon al camarero aproximarse a ellos y enmudecieron mientras les servía las bebidas.

—Aunque no lo crea, usted es un hombre fuerte, Ginés —le dijo sonriendo.

El hombre le devolvió una tímida sonrisa mientras alcanzaba el té.

—Lo digo en serio, no conozco a mucha gente capaz de sobreponerse a las emociones extremas que le ha hecho vivir este desgraciado.

—¿Cómo hace para ser una persona tan fría?

—Quizás el carácter, quizás la creencia de que sin expresar emociones la gente te respeta más, quizás solo muestro frialdad cuando más intenso es el dolor, cuando la rabia hace que necesite expresarla con violencia. No siempre lo que vemos de una persona es lo que siente su interior.

—Entiendo —dijo el hombre a la vez que regresaba a su ensimismamiento.

Elena alcanzó su café y lo saboreó lentamente mientras creyó advertir que Ginés estaba experimentando la furia que llevaba implícita el ansia de resarcimiento por la muerte de Susana.

—No entiendo algo —dijo aletargando la frase—, en realidad a nosotros no nos ha atacado en ningún momento, no ha empleado ninguna clase de violencia física para dañarnos. ¿Por qué le tememos?

La pregunta la sorprendió, bebió el resto de café que le quedaba en la taza y experimentó la necesidad de encenderse un cigarrillo.

—A eso me refería, nos ha situado en una vorágine de angustia que no nos

permite pensar con claridad. Solo experimentamos dolor y sufrimiento y el temor por cada paso que decida dar pero es cierto que ni siquiera se ha aproximado a nosotros. Al menos que sepamos.

—Tememos a una sombra, es algo inconsciente —dijo Ginés con una sonora carcajada.

—¿Por qué ríe? —dijo molesta ante la reacción del hombre.

—Hemos caído en sus redes sin ser conscientes de ello.

Elena entrecerró los ojos y le dejó continuar su argumento.

—Ya sabemos que asesina las mentes no los cuerpos... asesina por agonía. Lleva a las personas al suicidio despojándolos de su ser, de su personalidad, de su capacidad vital. Solo si alguien se revela aplica el castigo físico y nosotros ni siquiera nos hemos revelado..., hemos entrado en su juego de castigarnos emocionalmente hasta el agotamiento...

Elena se dejó caer sobre el respaldo de la silla, cogió el servilletero de metal que estaba sobre la mesa y se observó en él. Comprobó cómo el vago reflejo del objeto le devolvía parte de su rostro, fatigado y con ojeras.

—Intentemos olvidar lo ocurrido, sé que es difícil pero centrémonos únicamente en los datos objetivos... —dijo solicitando un nuevo café.

—No tenemos nada —suspiró Ginés—, solo un ente que ha asesinado a su amiga y probablemente a la mía. Si ellas pertenecían a su entramado no es relevante...

—¡El 548! ¡Lo hemos olvidado! —le interrumpió.

—Ginés deslizó sus manos por los pantalones, era un gesto que repetía inconscientemente cuando se encontraba nervioso, una y otra vez frotaba sus muslos mientras intentaba controlar su estado de ánimo.



—¿No sabe qué puede significar?

—Elena negó con la cabeza.

—De primeras no me dice nada. Nunca escuché a Irene hablar de algo similar.

—Ella consideraba que era asequible para usted. Piense un poco.

—¿El número de una calle? No tengo ni idea.

Ginés se encogió de hombros y se levantó para abonar la consumición. Elena salió de la cafetería y lo esperó en el coche.

—¿Vamos al anatómico?

—Es el único lugar que Irene y tú teníais en común, el único donde te relacionas con alguien, es el único punto de referencia que tenemos ahora mismo. Por cierto, ¿cómo relacionaste los primeros suicidios?

Ginés palideció ante ella.

—En estos momentos me da igual lo que hicieses, solo quiero intentar enlazar o entender algo...

—Por unas fotografías —contestó titubeante.

—¿Vistes los expedientes?

—No, las realizo yo.

Elena frenó al instante, se hizo a un lado de la calle y lo miró perpleja conteniendo de nuevo el deseo de abofetearlo.

—¿Cómo dice?

Ginés se encogió sobre sí mismo y permaneció en silencio observando el caminar de dos hombres a través de la ventana.

—¡Que me lo cuente! —le chilló.

—Solo hago fotografías de algunos rostros —dijo temeroso—, de los que me transmiten calma en su muerte.

Elena respiró profundamente mientras tensaba la mandíbula y se frotaba la frente con fuerza.

—Paso de lo que quisiese hacer con ellas, tengo ya desbordado el cupo de raros en estos momentos... ¿había algo más en esas fotografías?

—No..., nada más...

—¿Está seguro?

Ginés asintió sin apenas mirarla.

—¿Alguien sabía que realizaba esas fotografías a los cadáveres?

—Creo que no...

—¿Cree? ¡No me joda, Ginés, piense en si alguien conocía su puto secreto!

—Tal vez alguien me vio en algún momento.

—No nos sirven los “tal vez”. ¡Piense, joder!

Ginés comenzó a temblar, las manos le sudaban y podía sentir las palpitations de su corazón golpeando con fuerza en su frente. Se sintió desfallecer, la mirada penetrante de Elena no le permitía concentrarse y necesitó salir del vehículo para respirar. Necesitaba forzar las bocanadas de aire, se arrodilló en el suelo y clavó sus manos en el pavimento. Las lágrimas le recorrían cada centímetro de su rostro y las sintió saladas en sus labios.

—Ma... ma —balbuceó.

Elena se sentó a su lado y le ofreció una pequeña bolsa de plástico.

Ginés respiró dentro de ella durante unos minutos hasta que su cuerpo fue expulsando la ansiedad y le permitió respirar con naturalidad.

—María. Entró un día sin avisar en la sala y vio la cámara apoyada sobre la repisa.

—¿Sabe su apellido?

—Crespo. María Crespo.

—Déjeme su teléfono.

Buscó en el bolsillo y le tendió el aparato. Elena se retiró unos metros del hombre y realizó una llamada. Regresó junto a él y se lo devolvió.

—Tenlo controlado, nos llamarán en un instante —dijo dirigiéndose al coche —, beba un poco, le sentará bien.

Ginés observó la botella de whisky que le tendía y negó con la cabeza.

—Hágame caso, solo un sorbo.

Alcanzó el líquido y se mojó los labios con él.

—Un poco más.

Bebió despacio mientras sentía su garganta arder al contacto con el whisky. Le devolvió la botella y se llevó ambas manos al cuello. El móvil comenzó a sonar y lo buscó de nuevo en su bolsillo para entregárselo a Elena. Vio a la mujer asentir con la cabeza ante la información que le ofrecía su interlocutor y colgar rápidamente.

—¿Sabe dónde está la avenida de la Emperatriz Isabel?

—Es paralela a Quince de Mayo, paralela a mi calle.

Elena sonrió y miró al horizonte.

—Levántese, creo que tenemos su pieza de control.

## Capítulo 42

Se apartó de la calle para dejar pasar a una furgoneta de reparto, la siguió con la mirada y la vio detenerse en la esquina de Quince de Mayo con Pablo Montesinos en la puerta de la farmacia. El luminoso de la botica le hizo saber que eran las siete y media de la mañana, llevaba más de veinte minutos en ese lugar y Elena se retrasaba.

Comenzó a ponerse nervioso, sabía que tras el edificio que quedaba en su espalda se encontraba la casa de María y por un instante se sintió desalentado, le pesaban las piernas y un hormigueo constante hacía que se apretara los dedos de las manos continuamente.

—Vete de aquí —se dijo.

Miró a su alrededor con impaciencia, saberse en aquel lugar hacía que su mente se bloquease en un solo pensamiento.

“Hasta este momento las lágrimas procedían de una fantasía que leía entre las

paredes de mi casa. Ahora... ahora se ha hecho realidad. Descender la fantasía al terreno de lo real es peligroso”.

El claxon de un coche lo devolvió a la rutinaria calle y vio cómo a pocos metros Elena le hacía gestos con la mano. Caminó hasta ella y se subió al vehículo.

—Tardaste demasiado.

—No fue fácil —le dijo haciendo un gesto con la cabeza hacia el asiento de detrás.

Ginés alcanzó a ver lo que le parecieron unas camisetas negras y unas máscaras y su desconcierto fue en aumento al observar a Elena. El rostro de la inspectora se había tensado, sus líneas de expresión se mostraban con toda dureza alrededor de sus labios y su mirada le penetró hasta la sien.

—Pasamos a la acción, abra la caja.

El hombre balbuceó sin atreverse a responder a sus palabras, a sus pies vio una pequeña caja marrón y la situó sobre él. Miró a Elena que parecía impacientarse ante su lentitud de movimientos y descubrió el contenido.

—No, no..., no puedo...

Elena aparcó y se volvió hacia él.

—Verá, Ginés, estoy cansada de ir por detrás de este maniaco. No sé si es una oportunidad o nos estarán esperando pero estoy dispuesta a comprobarlo. ¿Está conmigo en esto?

—¿Y para qué es esto? —musitó.

—Para que lo lleve, es solo un pequeño revolver..., escúcheme..., si por un instante nos hemos adelantado necesitamos la información de la que dispone María.

—¿Vamos a...?

—¿A matarla? ¡Claro que no! Vamos a montar una escena fingida..., póngase la camiseta.

Ginés no supo qué decir, atónito solo podía sentir el peso del arma sobre sus manos, abrasándole al contacto del metal con su piel. Lo dejó a un lado y obedeció a Elena, retiró su vieja camisa y la cambió por la camiseta.

—Vamos, le cuento la operación cuando estemos dentro —le ordenó.

Siguió a Elena por la calle Pablo Montesinos hasta encontrarse con Emperatriz Isabel, pararon un instante para situarse y cruzaron a su derecha hasta encontrar el número del portal que buscaban.

Elena lo sintió agitado a su espalda, convulso y temblando. Se giró hacia él y pudo ver su rostro asustado mientras no dejaba de acariciar la silueta de su faltriquera.

—¿Se le hace extraño llevarlo en el bolsillo?

Ginés agachó la cabeza, sacó un pequeño pañuelo y se limpió el sudor de las manos.

—El miedo es bueno, Ginés, le permite estar alerta.

Empujaron levemente la puerta de entrada al edificio y esta cedió de inmediato, Elena le apremió a pasar y se encontraron en un espacio con falta de iluminación. Instintivamente la inspectora pegó su espalda contra la pared.

Ginés la siguió y avanzaron lentamente recorriendo los metros de pasillo hasta llegar a las escaleras, continuaron subiendo sin dejar espacio entre sus cuerpos y el tabique y Elena le ordenó parar unos escalones antes de llegar. Permanecieron en silencio durante unos minutos y Ginés sintió la agonía del momento recorriéndole todo el cuerpo, le costaba respirar pero aun así hizo

acopio de toda la fortaleza mental que le quedaba para no salir corriendo.

—No parece un lugar muy ruidoso —le susurró.

—Elena... ¿y si saben que venimos y están preparados para recibirnos?

—Entonces dispare a todo lo que se mueva —le inquirió—, póngase esto.

La máscara negra solo consiguió que su respiración fuese más agitada, sentía cómo el sudor empapaba la lana de la que estaba hecha y el corazón parecía querer salir al exterior de su pecho.

Márquez sacó una navaja y abrió la vieja puerta de madera que aparecía desconchada ante ellos. El silencio siguió presente en el lugar y accedieron rápidamente a él.

—No hay nadie.

Ginés respiró hasta sentirse desmayar, se sentó en el hall de entrada y necesitó unos minutos para recomponerse. Se quitó la máscara y miró a Elena.

—¿Qué se supone que vamos a hacer?

La inspectora le apresuró a llegar hasta ella. Se incorporó lentamente y arrastró los pies por el largo pasillo de acceso. Algunos rayos de sol se colaban por las viejas persianas de lo que debiera ser el salón de la vivienda, parpadearon para adaptar su visión a la nueva iluminación y ambos enmudecieron al instante.

Ginés se adelantó y pulsó el interruptor, contempló la estancia y se volvió hacia Elena.

—¿Un colchón, una nevera portátil y varias toallas? ¿No hay nada más?

—Es un lugar de paso... —dijo pensativa—, algo improvisado con la finalidad de estar cerca de usted.

—¿Cuánto llevará aquí?

Según los registros alquiló el piso hace casi seis meses.

—¿Y no necesita nada más en todo este tiempo?

—Supongo que le es suficiente, su objetivo en este lugar no es el bienestar de un hogar, Ginés, si no la misión que le han encomendado... —dijo desplazándose hacia el pequeño pasillo de acceso a las habitaciones—, aquí hay algo más.

Ginés corrió a su lado. Las habitaciones estaban vacías pero encontraron un gran armario empotrado en una de ellas.

—Aquí está su ropa y algunas conservas, supongo que no pasa demasiado tiempo en esta vivienda.

—¿Y dónde lo pasa?

—Trabajando o siguiendo tus pasos, en realidad nos da igual.

Ginés se sentó de nuevo sobre el piso vacío, pensativo, intentando digerir las paredes que se situaban a su lado. Elena se acomodó frente a él.

—Es momento de que me escuche atentamente. He intentado hacer memoria para sacar un perfil de María con los comentarios que hizo Irene de ella, como sabe era su persona de confianza en el anatómico, su chica de los recados. J.A. tenía razón en algo, debimos haber analizado el entorno de Irene, tardamos demasiado en hacerlo pero ya estamos aquí. He podido intuir algunos rasgos sobre ella, parece una chica extrovertida pero es insegura en sus pasos lo que juega a nuestro favor.

Ginés atendía a sus palabras sin apenas pestañear.

—Pregunta demasiado para asegurarse de realizar las cosas correctamente y tiene poca iniciativa...



—¿Y por qué confiaría mi control a alguien como ella?

—Elena sonrió ante su pregunta.

—Porque este tipo de perfiles son a su vez los más fáciles de moldear y controlar. Nunca cuestionará las órdenes recibidas ni actuará por su cuenta.

—Nunca le sorprenderá una de sus acciones...

—Exacto. Son gente eficiente para la labor encomendada salvo si sobre ellas actuaran vínculos emocionales. Son personas leales, se debatirán entre la lealtad a la orden y su cariño hacia otra persona y esto es lo que vamos a aprovechar...

—Pero Infinito nunca dejaría que el vínculo que ha creado con María fuese roto por otra persona...

—Es por ello que debemos emplear la muerte de Irene con ella.

Ginés la miró desconcertado.

—Vamos a recrear una escena, vamos a fingir ante ella ser secuaces de Infinito...

—¿Cómo dice?

—Tenemos que hacerla creer que Infinito ha puesto en duda su lealtad. Irene le cuestionó y acabó muerta, si la hacemos creer que él desconfía de ella por su proximidad a Irene es muy probable que María se desestabilice y tema para su persona el mismo desenlace. Es ahí cuando podremos tener algún tipo de información...

—Es maquiavélico.

—Es nuestra única posibilidad.

—¿Y cómo hacemos para que no nos reconozca, para que crea que es cierto?

—Es en este punto donde necesito su máxima concentración, donde necesito que controle el temor y no se asuste.

Ginés se llevó las manos a la cabeza, apretó la mandíbula y necesitó mover inconscientemente las piernas para liberar la tensión.

—¿Cree que podrá hacerlo?

—No lo sé..., espero..., quizás no..., lo intentaré.

—Solo dos cosas más. Intente no hablar, si le es posible no verbalice nada, puede reconocer nuestra voz. Si tiene que hacerlo procure poner un tono más grave y utilice frases cortas.

—¿No hablar?

—En situaciones no controladas por un sujeto es frecuente que las personas verbalicen lo primero que les pase por la mente, no necesitamos el diálogo. Cuando se sienta en peligro no pensará demasiado y hablará. Dejémosle disertar sobre lo que quiera.

—¿Y la otra?

—Manténgase en una segunda posición, yo dirigiré la acción. Esté atento y vigile la entrada del piso.

—¿Y si no viene sola?

La pregunta la desconcertó un instante, había elaborado la situación sobre la hipótesis de encontrarse a solas con María. Observó el rostro de Ginés, sonrió y dijo: «Improvisaremos».

## Capítulo 43

El sonido de la cerradura le hizo temblar, las piernas parecían no tener la fuerza suficiente para sujetar con firmeza su cuerpo y un leve mareo le cruzó tras los ojos. Se sujetó sobre el marco de la puerta que tenía a su lado y miró a Elena. La inspectora le apremió a sacar el arma al tiempo que empuñaba la suya y fijaba su mirada en el pasillo de entrada. En la espera habían ajustado el diferencial de la vivienda para que los interruptores no emitieran luz al pulsarlos. La oscuridad les garantizaba una mayor ventaja sobre ella.

Escucharon maldecir a la joven cuando intentó encender las bombillas y sintieron sus pasos aproximarse hacia ellos. Elena le marcó un uno con su mano derecha y Ginés sintió cómo los latidos de su corazón bombeaban con insistencia en su cuello.

Agarró el revólver y se sintió flaquear, necesitaba todos sus sentidos para intentar detener la convulsión en sus manos. La garganta se le resquebrajó en el instante en el que Márquez empujó a la mujer y la precipitó sobre el suelo. Pudo ver el terror en sus ojos al sentir el arma de la inspectora apuntándole a la sien y deseó estar en otro lugar.

—Lo siento..., lo siento..., no sabía que era... ella me lo pidió.

Elena se mantuvo a una distancia prudencial de la chica mientras le ordenaba gesticulando que apoyara la espalda sobre la pared y se quedara sentada. María obedeció de inmediato.

—Le juro que no lo sabía, si no no le hubiese hecho caso.

La frase sonó implorante y Ginés anheló por un segundo poder ayudarla. Márquez comenzó a caminar alrededor de la chica, haciendo caso omiso a sus súplicas.

María rompió a llorar cuando se aproximó levemente a ella y se agachó para quedar a su altura.

—¿Vais a matarme como a ella?

Elena negó con la cabeza y a Ginés le pareció que eso aliviaba tenuemente a la chica.

—¿Dónde está? —preguntó Elena con voz ronca.

María pareció dudar un instante ante la pregunta y Ginés percibió un leve cambio en su mirada. El miedo le encogió el estómago y miró apresuradamente hacia la entrada del edificio, la máscara le asfixiaba y el sudor le recorría cada línea de su piel. Tragó saliva y se desplazó sigilosamente sobre la sombra del pasillo dejando a las mujeres a su espalda, llegó hasta la puerta y permaneció inmóvil frente a ella. Pensó en abrir, salir corriendo y refugiarse en un lugar seguro pero en ese instante escuchó pasos en el comedor. Corrió hacia él y vio a Elena acompañando a María a otra habitación. Las siguió desde la distancia y observó cómo la mujer le entregaba un pequeño papel a la inspectora.

Regresaron al salón y Elena la ordenó que se tumbara boca abajo sobre el mullido colchón. Se situó junto a él y susurrando le ordenó salir de la casa. Antes de hacerlo observó a María un segundo, la vio contener los sollozos por el terror que le estaban provocando y cerrar los ojos con fuerza intentando no pensar en lo que le estaba ocurriendo.

Llegó hasta la puerta y sintió a Elena tras de él.

—Vámonos —dijo quitándose la máscara.

Ginés guardó la suya en un bolsillo y bajaron rápidamente las escaleras.

—Camine despacio, con normalidad —le inquirió al salir a la calle.

Ginés la contempló atónito, podía sentir las palpitaciones de su cuerpo en su boca, le temblaba cada centímetro de su organismo y ella aparecía ante él con una dureza desmedida para lo que acaban de realizar.

—¿Cómo le es tan fácil?

Elena le agarró del brazo e hizo que adaptara sus pasos a los suyos.

—Le dije una vez que apelara a los sentimientos más oscuros que tuviese dentro.

Caminaron en silencio, sin apenas mirarse hasta llegar al coche de la inspectora.

—¿Por qué ha sido fácil?

—Porque temía su presencia desde que murió Irene, ni siquiera ha imaginado por un instante que no fuéramos ellos.

—¿Lo temía?

—Parece que Irene le mandó realizar algo, imagino que ella no sabría de qué se trataba pero con su muerte ha entendido que debe ser nocivo para Infinito.

—¿El 548?

Elena permaneció pensativa mientras deslizaba el coche hacia la izquierda y se acomodaba en la intersección para regresar al centro de la ciudad.

—¿Qué le dio?

Márquez buscó en el bolsillo de su pantalón y le ofreció un pequeño papel manuscrito.

—¿Qué significa esto?

No lo sé pero es momento de averiguarlo.

—¿Estará bien?

La inspectora no desvió la mirada de la carretera mientras entrecerraba los ojos.

—Si es inteligente se irá muy lejos.

## Capítulo 44

“Estoy desconcertado, digiriendo tu presencia en esta ciudad e intentando comprender tu camino. Imagino tu figura, tu rostro en la oscuridad y solo alcanzo a establecer el negro profundo de tus ojos... ese es tu color. Rodeado de tinieblas que probablemente alcancen los recónditos lugares de tu mente. Y me descubro dudando, sometido a los preceptos sociales que condicionan la percepción que gira a nuestro alrededor..., siempre me gustó el negro, me parece el color más puro por su impenetrabilidad..., y ahora te revisto a ti de él. Pensaré en ello pues debo otorgarte una tonalidad distinta...

Me vas a permitir en estos últimos momentos que sea yo quien tome el control del juego, espero no molestarte aunque probablemente tu ego no te permita aceptarlo..., lo siento, será de este modo..., me lo apropio para delinearte, para jugar a evaluar tu imagen..., no pretendo descubrirte ante el mundo simplemente determinar mi destreza..., aún sin pretenderlo te has mostrado ante mí y es momento de que desarrolle mi conocimiento sobre ti...

Este será mi final del juego..., tú tienes el tuyo..., recibiré complacido tus líneas para tu punto y final..., si bien sé que esperarás a que yo escriba el mío. Eres demasiado vanidoso para no hacerlo..., querrás saber hasta dónde puedo llegar... ¿me equivoco?

Comenzaré con una simple línea..., te aproximas a mi edad..., quizás algo más joven..., y si no me equivoco eres MUJER.

Continuará...

Bienvenido a mi juego.

Ginés”.

El agua dejó de correr en la ducha y Ginés se apresuró a cerrar el portátil de Márquez mientras esta salía del baño.

—¿Encontró algo?

Ginés alzó los hombros mientras dudaba de sus palabras.

—He encontrado seis hoteles de la cadena Catalonia, un restaurante en la periferia con ese nombre y una asociación sin ánimo de lucro de ayuda a la infancia.

—Nada de eso parece tener demasiado sentido —dijo absorta—, solo nos queda la opción de que tenga alguna relación con el número que nos dio Irene.

El hombre recogió el pequeño papel y vio el trazo convulso de María, apenas era legible por el estado de ansiedad en el que se encontraba la mujer al escribirlo. Entrecerró los ojos e intentó leerlo de nuevo por si lo hubiesen interpretado de manera errónea. Una única palabra que los envolvía en la incertidumbre del hallazgo.

—Escribió “Catalonia” y no puede estar fuera de esta ciudad, su partida se desarrolla en Madrid.

—¿Me presta el teléfono móvil?

Elena lo recogió de la mano tendida del hombre y marcó un número en él, lo dejó sobre la cama y puso el manos libres para que ambos escucharan la conversación.

—¿Elena? —dijo la voz al otro lado.

—Hola, J.A. ¿Sabes algo ya?

—No demasiado —escucharon tras un suspiro—, el definitivo ha confirmado la previa de la autopsia pero alguien la quería muy mal..., el que lo hizo manejaba perfectamente la situación, las puñaladas están dadas de modo que ninguna de ellas fuese mortal en un primer momento...



—¿Fue una muerte lenta?

—Quisieron que así fuese.

Ginés vio cómo las manos de Elena se tensaban y apretaban con firmeza las sábanas intentando controlar la rabia que provocaban esas palabras en ella.

—¿Y la investigación?

—No hemos avanzado demasiado..., estamos esperando la resolución de la científica sobre las características del arma utilizada e intentando acotar la actividad de sus últimos días.

—¿Hizo algo fuera de lo normal?

Elena escuchó la respiración entrecortada del hombre al otro lado del teléfono mientras buscaba entre los informes.

—No, el registro del anatómico marca su actividad laboral ininterrumpida en los últimos diez días y su tarjeta de crédito no fue utilizada. Tampoco tenemos ningún dato de empresas de transporte a su nombre ni reservas de ningún tipo. Parece que esos días fueron rutinarios.

—¿Y su teléfono?

—No lo hemos encontrado y sin el aparato el análisis de sus actos en él es más complejo.

—Pero podrá hacerse, ¿verdad?

—Claro, pero tardaremos un poco más.

—Ya sé que se puede, me refería a si lo haréis —espetó Elena perdiendo momentáneamente la calma.

—Tenemos todos los efectivos de los que disponemos en esto, Elena, sé que es extremadamente importante para ti pero debemos tratarlo con la máxima

diligencia. Era tu amiga..., dime qué sabes de ella en esos días.

Márquez fijó la mirada en la pared, parecía esforzarse en encontrar una respuesta que pudiese ofrecer algo de luz a la rutina de Irene.

—Irene no tenía demasiada vida fuera del antónimo..., si estuviera en tu lugar fijaría mi mente allí.

Ginés la miró atónito, se acercó a ella con expresión incrédula y carraspeó para llamar su atención. La inspectora parecía ausente, tanto que ni siquiera aproximó su mirada al hombre y Ginés dejó de escuchar el resto de la conversación. Se puso la chaqueta y recogió las llaves de su casa que había dejado sobre la mesita.

—¿Dónde va?

—Dijo que esto era cosa nuestra y ahora les lleva hasta María.

—¿Qué le ocurre, Ginés?

—¡Solo le importa Irene!

—¿Y si fuera cierto que más le da? Es simple, estamos por delante de J.A. en esto pero si nosotros fallamos al menos que ellos tengan la opción.

Ginés se llevó las manos a la cara y apretó los dientes.

—¡No lo entiende! —le chilló—, la policía puede coger al asesino de Irene pero no llegarán hasta Infinito. ¡Eso no sirve!

—¿Y por qué cree que no llegarán hasta él?

—¿Y a usted quién le dice que en la policía no está ubicada una de sus piezas?

Elena palideció un instante antes de intentar que Ginés se calmara.

—Tiene razón en algo, seguimos sin conocer su alcance pero no debemos

desconfiar del mundo, alguien puede ayudarnos en esto.

Ginés negó con la cabeza y se acercó a ella.

—Tenemos que irnos —susurró—, si María desaparece o le llega la información de que hemos dirigido a la policía hasta el anatómico perderemos el rastro, perderemos la opción...

—Está bien —le interrumpió—, ¿qué hotel Catalonia era el más grande?

El sonido de la calle hizo que ambos sintieran un alivio momentáneo, el habitual ruido que incorpora la ciudad les situó entre en sus calles mientras a su alrededor multitud de personas se concentraban en sus actividades. Respiraron al unísono y se dirigieron al punto que María les había establecido sobre el papel.

De manera inconsciente iban imprimiendo a sus pasos mayor velocidad en cada metro recorrido, tenían en mente un lugar al que dirigirse y la ansiedad hizo que llegaran a las puertas del majestuoso hotel de la calle Atocha jadeando.

—¿Y ahora qué hacemos?

Elena alzó la mirada sobre la fachada del Catalonia e hizo un gesto de incomprensión con los hombros. Regresó sobre el papel y pensó en las palabras que su amiga le había dejado grabadas.

—Probemos con la habitación 548.

—¿Y cómo entramos en ella?

Elena lo miró con indulgencia y sonrió.

—¿Sabe algo? Creo que es la primera vez que me encuentro con la esencia de la honestidad en una persona.

—¿Se refiere a mí?

Ella no respondió y el hombre la vio dirigirse hacia las puertas giratorias de la entrada del hotel. La alcanzó en el hall, rodeada de turistas que pasaban a su lado sin apenas prestarle atención. El amplio espacio de la entrada les supuso poder pasar desapercibidos para el personal del hotel y pulsaron el cinco en el ascensor que llegó a recibirlos.

La puerta se abrió dándoles acceso a un largo pasillo enmoquetado en color beige, se situaron sobre las placas que indicaban el itinerario numérico de las habitaciones y comenzaron a caminar en dirección a la 538.

Con cada paso que les acercaba al número indicado por la forense Ginés sentía una punzada en el estómago y agarró instintivamente el brazo de Elena.

La mujer no respondió a su gesto pero le dejó calmar la ansiedad con el contacto físico entre ambos.

—Llegamos.

El número en el lateral de la puerta mostraba la cifra que desde que descubrieran el mensaje de Irene los había acompañado. Elena se acercó a la madera y la empujó con cautela. Estaba cerrada. Comprobó el mecanismo de apertura de la misma y se volvió hacia Ginés.

—Necesitamos introducir la tarjeta específica o una maestra que abra todas las habitaciones —dijo girando sus pasos a ambos lados del pasillo—, vamos.

Ginés no supo qué decir, miraba ensimismado la entrada de la habitación y sintió que les urgía entrar.

—¿Y de dónde la sacamos?

—Espéreme aquí, a unos metros de la habitación y disimule si ve a alguien entrar en ella.

La vio marchar a través del pasillo lateral y se sintió angustiado. Miró hacia ambos lados y respiró aliviado al comprobar que estaba solo, se acercó a la puerta, la palpó suavemente y apretó los puños. Necesitaba que Elena regresara, sin ella se sentía vulnerable a los acontecimientos así que decidió obedecer y se situó a escasos metros de la habitación mientras se mordía el labio insistentemente en la impaciencia de la espera.

Permaneció unos minutos casi agazapado en sí mismo observando el lugar por donde ella había salido e intentando disimular su nerviosismo cuando uno de los huéspedes se cruzaba con él. El sonido del móvil lo sacó de la situación contenida de temple y lo alcanzó de su bolsillo rápidamente.

La alerta de un nuevo correo electrónico le hizo agonizar, no necesitaba pulsar sobre él para saber el origen del mismo y necesitó buscar una salida. El pasillo le comenzó a parecer un espacio minúsculo que progresivamente iba aletargando su respiración hasta hacerle perder las fuerzas en sus extremidades, se apoyó en una de las paredes y forzó las bocanadas de aire procurando mantener la conciencia.

—Acérquese.

La voz de Elena le pareció llegar desde la distancia, fijó su mirada en ella y necesitó parpadear varias veces para recuperar la visión nítida de la mujer. Llegó hasta ella en el momento en el que la luz verde del cierre de la puerta le daba acceso a la habitación.

Instintivamente contuvieron el aliento al dar los primeros pasos hacia el interior, Ginés se aproximó al cuerpo de la inspectora buscando cobijo en ella mientras Elena parecía no percibir la presencia del hombre.

La luz del exterior alcanzaba a cruzar la habitación a través de la ventana, llegaron hasta la cama situada en el centro de la sala y observaron el interior de la misma detenidamente, expectantes ante el deseo de no haberse

equivocado con el lugar numérico indicado por Irene.

—¿Le resulta algo familiar?

Ginés negó con la cabeza al tiempo que recorría visualmente los recovecos y detalles que tenía frente a él. La habitación aparecía ante ellos aséptica, limpia de ninguna presencia anterior que hubiese pasado por ella. Los muebles impolutos contenían únicamente los detalles de bienvenida que el hotel ofrecía a sus clientes y se conjugaban con líneas claras que ofrecían una sensación de comodidad al entrar en la estancia.

Elena comenzó a desalentarse mientras abría cajones y armarios en busca de algún elemento que les hiciese comprender que estaban en el camino correcto.

—¿Nos hemos equivocado?

—Eso parece —dijo Ginés sentándose en el borde de la cama.

—Salgamos de aquí .

Ginés arrastró los pies sintiendo la derrota en la garganta mientras acariciaba con los dedos el teléfono que marcaba la presencia de Infinito y cerró los ojos con fuerza. Sabía que el desafío de su último email tendría consecuencias que no podía medir pero creía poder obviarlas con la información proporcionada por María. Tragó saliva y necesitó ver su reflejo en el gran espejo que se situaba por encima del escritorio principal.

—¡Quiere darse prisa!

Elena alcanzó a escuchar el sonido de un balbuceo mientras corría hacia el hombre para sujetar con firmeza su mareo.

—¡Ginés! —le gritaba mientras abofeteaba su rostro para que recuperara la consciencia.

Lo posó con esfuerzo sobre el suelo y se dirigió al baño en busca de un vaso

de agua. Se lo ofreció y Ginés lo bebió despacio intentando evitar el temblor de sus manos.

—¿Qué le ocurre?

—El espejo.

Elena se levantó sobresaltada y se posicionó frente a él. Durante un instante permaneció boquiabierta frente al cristal, giró sobre sí misma y corrió hacia la esquina lateral.

—Es el lugar, Ginés, es el lugar —chilló sonriendo.

El hombre se había incorporado apoyándose en el escritorio y permanecía ensimismado frente a ella, se giró hacia el espejo y lo tocó suavemente.

—Es imperceptible desde la distancia —expresó—, solo si te acercas puedes comprobar que el cristal está posicionado levemente hacia la izquierda para enfocar a la ventana.

—¿Y qué tenemos ahí? —dijo eufórica Elena—, ¡el símbolo!

Dibujado sobre la pared de manera minúscula el símbolo de infinito quedaba colocado en el reflejo del espejo en su epicentro.

Elena llegó hasta el objeto y con urgencia lo descolgó de la pared. Lo posó con ayuda de Ginés sobre la cama y lo contemplaron durante unos minutos.

—Ayúdeme a girarlo.

La parte trasera de la luna estaba forrada por una lámina de cartón marrón que parecía no tener fisuras. Elena buscó sus llaves y desgarró el material.

—Lo tenemos.

## **Capítulo 45**

Miró su reloj y comprobó que apenas le quedaban diez minutos. Se subió al coche y miró a su alrededor esperando encontrarle en calma. Bajó la ventanilla y esperó a que el viento le enfriase el rostro. Se descalzó y posó sus dedos en la planta de su pie derecho, lo acarició suavemente y sonrió



ante las cosquillas que se desprendían de su gesto.

Se quitó la chaqueta y la dobló para dejarla en el asiento de al lado, la observó durante unos segundos y suspiró con tristeza. Observó sus pantalones y bajó el retrovisor en dirección a su pecho. El atuendo diario de un hombre que siempre deseó vestirse con él cada mañana.

Alargó el brazo hasta alcanzar un cigarro y lo encendió con calma. Aspiró con fuerza la primera calada, la sintió en sus pulmones e inspiró expulsando el humo de sí mismo disfrutando del momento.

Pensó en ella, en su silueta, en sus líneas de expresión definidas cuando le sonreía, en su aliento recorriéndole el cuello. Se estremeció en el recuerdo.

Aspiró de nuevo con fuerza sobre el cigarro y las lágrimas comenzaron a recorrerle sintiendo bajo los dedos el peso de sus fotografías. Su evocación giró al tiempo para mostrarle su sonrisa bajo la sangre, sus ojos aterrados en las instantáneas.

Quiso maldecir pero la garganta no respondió a su agonía, se llevó las manos a la cabeza y lloró hasta quedar extenuado.

Miró de nuevo el reloj y le pareció que era el momento adecuado, cogió el teléfono móvil y escribió un mensaje de texto. Se quedó esperando una respuesta que sabía no iba a llegar y lo dejó sobre su regazo.

Abrió la guantera y sacó un pequeño bote. Lo miró detenidamente y sonrió ante él. Cerró los ojos y se concentró en escuchar el silencio de la calle mientras una tras otra tragaba las pastillas que tenía junto a él.

Un total de veinte píldoras se deslizaron a su interior junto con el whisky de la botella que le acompañaba. Se dejó caer sobre el asiento y esperó el efecto en su cuerpo de la mezcla.

Regresó sobre la pantalla de su teléfono y cerró los ojos ante ella mientras

sus labios repetían bajo una sonrisa las líneas escritas: “La maté pero no quería hacerlo. Seguí tus órdenes y con ello me resquebrajé. A ti no te importa, no te importa nada..., no me quitarás la decisión sobre mi propia muerte”.

## **Capítulo 46**

El sudor les recorría la espalda produciéndoles pequeños escalofríos que apenas sentían mientras expectantes aguardaban a que el ordenador encendiese. Elena comenzó a dar señales de impaciencia llevándose las uñas entre sus dientes.

—¿Lo tienes?

Ginés abrió su mano derecha que permanecía apretada sobre sí misma y le mostró el pequeño USB que habían encontrado en la habitación 548 escondido tras el espejo.

—Creo que Irene me sobreestimaba, nunca hubiese encontrado el USB ni hubiese relacionado ese número con un hotel.

—¿Y quién lo hizo entonces?

Elena lo miró fijamente, atónita e hizo una mueca de felicidad.

—Tiene razón, llegué hasta él.

El portátil que Elena había solicitado en la habitación de su hotel mostró la pantalla de inicio y se apresuraron a introducir el USB para ver su contenido. Pulsaron sobre la ruta informática y dos archivos de texto aparecieron ante ellos.

—¿548A? y ¿548B?

El título de ambos los desconcertó momentáneamente, se miraron intentando comprender los pensamientos del otro por si eso les ayudaba con los suyos propios y regresaron sobre la pantalla.

—Púselos —inquirió Elena.

Frente a ellos apareció el logotipo del anatómico junto a los datos de un informe de la autopsia de una persona firmado por Irene.

Visualmente recorrieron las letras hasta encontrar el nombre del fallecido.

—Susana Guerrero Ortega, ¿le dice algo?

Ginés no pudo comprender la pregunta de la inspectora, sus sentidos se habían clavado en ese nombre, sus pupilas no podían retirarse de esa línea escrita a máquina por alguien hace más de diez años. Intentó verbalizar sus pensamientos pero la velocidad de los mismos hizo que de su garganta solo

resurgieran pequeñas alocuciones sin conexión.

Respiró agitado y deslizó el dedo por la pantalla hasta localizar la causa de la muerte.

—Sobredosis por barbitúricos —leyó.

—¡Abra el B!

Ginés se encontraba paralizado, intentando digerir el por qué Irene les había llevado hasta el informe de la autopsia de su amiga, Márquez recogió el portátil y pulsó sobre el documento B.

—¿Es el mismo informe?

Ginés regresó sobre él y leyó hasta encontrar de nuevo la causa.

—Causa fundamental de la muerte: sobredosis inducida.

Ginés se llevó las manos al vientre, se arrodilló en el suelo y arqueó la espalda llevando consigo su rostro junto a su pecho. Los espasmos eran visibles desde el exterior de su cuerpo, respiraba con dificultad mientras entre los dientes se desprendían las sílabas: «La mató... la mató».

Elena lo observó un instante y dejó que experimentara su dolor sin interferir en él, quiso acercarse y consolarlo pero comprendió que a veces el desconsuelo de una persona necesita vivirse en soledad. Se aproximó al informe y leyó el resto del contenido.

—Parece que tenía un pinchazo cerca del occipital, un lugar demasiado recóndito para que se lo hubiese provocado ella misma. Mínimo y difícil de localizar para un forense, pero Irene lo hizo... y lo escondió..., creó un segundo informe mintiendo sobre su resultado que fue el que entregó a la policía.

Ginés intentó seguir la conversación y entender las palabras que le estaba

transmitiendo Elena.

—¿Por qué? —alcanzó a balbucear.

—No lo sé, pero alguien junto con Irene no quería que se hiciese público el asesinato. Irene no era forense jefe en aquel momento..., hará algo menos de nueve años que lo era, siempre celebrábamos con una cena ese día que para ella era el culmen de su profesión.

—¿Eso significa que comenzó a dirigir el anatómico con apenas treinta años?

Elena se quedó inmóvil, sus pensamientos se diluían para afrontar la situación. No encontraba una respuesta clara al comportamiento de Irene y todo lo que le pasaba por la mente le parecían vagas excusas.

—Sí, unos días después de cumplirlos. Unos meses después de falsificar el informe de tu amiga...

—¿Qué pasó con el anterior director?

—No lo recuerdo bien..., creo que murió.

Ambos fijaron sus miradas en la pantalla, contuvieron la respiración sin atreverse a especular nada más sobre el contenido del mismo.

—Irene nos llevó hasta aquí, sea del modo que sea este informe contiene la presencia de Infinito.

El sonido de la llamada en el móvil los sobresaltó, Márquez corrió hacia la mesita donde el hombre lo había depositado y reconoció en la pantalla el teléfono de la comisaría. Pulsó la tecla de respuesta y el manos libres hizo que el sonido llegase hasta la presencia de Ginés.

—Hola, J.A.

—Elena, lo tenemos...

Ambos enmudecieron.

—Tenemos al asesino de Irene.

—¿Quién es? —acertó a expresar con nerviosismo.

—Será mejor que te desplaces a la comisaría...

La voz de J.A. les pareció una mezcla de tristeza y desamparo.

—No pareces alegre por la resolución.

—No tengo motivos, te espero. Ven lo antes posible.

La llamada se cortó en ese instante y Ginés necesitó tumbarse en la cama mientras intentaba ordenar la sucesión de acontecimientos en su mente.

—Se viene conmigo —decretó Elena.

Ginés quiso negarse pero la mirada penetrante de la mujer le hizo desistir. Se incorporó lentamente y siguió a Elena hasta el garaje.

—No es Infinito.

—Lo sé —espetó ella conteniendo la rabia—, es su brazo ejecutor.

## Capítulo 47

Era consciente de que desentonaba en aquel espacio, las miradas de la gente que pasaba a su lado le hacían comprender que su presencia era inesperada. Recordó las veces que se había sentido así en un lugar y sonrió al pensar que eran demasiadas.

Márquez le había pedido que permaneciera en esa sala mientras ella iba al encuentro del inspector.

—¿Quiere un poco de agua? —le ofreció un chico uniformado y con la seriedad de quien está obediendo un mandato que no le agrada.

Ginés negó con la cabeza y le agradeció el gesto. Miró a su alrededor y pensó en Susana. La imagen de la chica llegó hasta él pero esta vez no sonreía como en la mayoría de sus evocaciones, sus labios permanecían

cerrados y su rostro era inexpresivo.

—Te asesinó —susurró—, y yo no supe ayudarte.

Con esfuerzo contuvo las lágrimas y sacó el teléfono. La ira se iba apoderando de su pecho mientras sujetaba el aparato con fuerza, por primera vez sintió con solidez el deseo de venganza en su interior, el deseo de acabar con la persona que había puesto un fin indigno a la vida de su amiga.

Respiró y apretó los puños antes de leer su respuesta:

“Ha sido toda una sorpresa recibir tus palabras. Aún no sé si me agrada este giro inesperado de nuestra relación o simplemente estás evadiendo mi final y pretendes hacerlo de este modo. Sea como fuere tengo todo el tiempo del mundo así que esperaré tus líneas de descripción..., no por ti si no por mí, aceptar que cometí un error al considerarte mi igual no es sencillo por lo que te dejaré enmendar tu torpeza.

Aunque sinceramente me cuesta creer que lo vayas a hacer..., no por tus palabras si no por tus actos, has demostrado una vez más ser un ignorante al enfrentarte a mí en la vida real..., esto era un terreno virtual para medir intelectos que tú has convertido en acción..., y ahí no tienes posibilidad de vencer..., procura tener cuidado en tus pasos.

Un saludo.

Infinito”.

Guardó el teléfono al instante y se frotó nervioso el pantalón. Intentó encontrar a Elena entre los presentes en el pasillo contiguo pero no la vio y necesitó salir a buscarla. Alcanzó el rellano de entrada de la comisaría y escuchó su nombre detrás de él. Se giró y vio a Elena hacerle un gesto para que fuese junto a ella.

—Está muy pálido.



—Tengo miedo —dijo arrastrando las sílabas.

Elena lo miró turbada pero la presencia de J.A. llegando hasta ellos hizo que omitiera el comentario. El inspector fijó su mirada en Ginés y se dirigió a Márquez.

—Será mejor que hablemos a solas.

—No, está bien así.

—Como prefieras, es tu confianza no la mía.

Le siguieron hasta su despacho, J.A. les ofreció entrar primero en él y cerró la puerta al pasar al interior apoyando su espalda en ella. Miró a Elena y negó sobre sus propios pensamientos.

—¿No quieres acercarte a mí? —dijo irónica.

El inspector bajó la mirada al suelo y carraspeó para aclarar sus palabras.

—¡Venga, dime lo que sea!

—Alonso.

—¿Cómo?

Encontramos el cuerpo de Alonso esta mañana, muerto.

—¿Y qué tiene que ver eso con Irene? —dijo exasperada intentando digerir la noticia de la muerte de su compañero.

J.A. dio unos pasos hacia adelante, dudando si aproximarse a la mujer o mantener su furia en la distancia para que no le salpicase demasiado.

—Se suicidó, tomó un bote completo de ansiolíticos acompañado de alcohol sobre las cinco de la madrugada. Cuando lo encontramos no pudimos hacer nada por él.

—¿Y por qué iba a hacer algo así? ¿Tenía problemas?

El inspector se agarró ambas manos por la espalda y caminó hasta su escritorio, se sentó frente a Elena y Ginés con la madera interponiéndose entre ellos y buscó entre sus papeles.

—Léelo.

La mujer observó el folio manuscrito que le entregaba con cautela, leyó despacio, manteniendo firme la mano con la que sujetaba el papel mientras sus piernas temblaban levemente.

—¡Hijo de puta!

Los labios mostraban un blanco tenso producto de la presión ejercida por su mandíbula, intentó contener la rabia pero necesitó estallar su puño contra la mesa mientras la imagen de Alonso quedaba fija en su mente.

Ginés observaba la escena expectante, no comprendía lo que estaba sucediendo e intentaba recordar si el nombre del chico muerto lo había escuchado en algún momento.

—Maldito bastardo —repitió estrujando el papel y tirándolo al suelo.

J.A. lo recogió e intentó calmarla pero Márquez había perdido el control sobre sus emociones.

—¿Y a ti no te importa? ¡Era uno de tus hombres! —le chilló.

Ginés alcanzó el papel de la mesa del inspector y leyó para sí: “Soy la persona que estáis buscando, yo asesiné a Irene. Siento haberos mentido. Alonso”. Recorrió el escritorio instintivamente y junto a la carpeta que contenía los datos de la muerte de Irene vio su rostro, los rasgos delineados en una fotografía del hombre que había llevado a la forense hasta la muerte. Era él, lo conocía. Tragó saliva y recordó su presencia en la biblioteca mientras el temor iba incrementándose en su cuerpo.

—Encontré la nota esta mañana, estaba sobre su escritorio. Quise no creerlo, no aceptar que esas líneas existían. Tardé diez minutos en salir del ensimismamiento que me produjo y cuando lo hice estallé mi furia contra todo lo que encontré a mi paso. Maldije y pataleé..., pero no me hizo sentir mejor. Un policía es el asesino de Irene, no podemos hacer nada por evitar lo sucedido, debemos aceptarlo y continuar..., punto y final.

Elena lo miró fijamente, sus pupilas reflejaban la rabia que le nacía desde el estómago.

—¿Y por qué hizo algo así?

—No lo sabemos, estamos intentando averiguar cuál era su relación aunque creemos que tenían algún tipo de relación sentimental o sexual.

—¿Sexual? —La palabra le sonó desconcertante—. ¿Tenía algún tatuaje en su cuerpo?

J.A. no supo qué decir, la observó desconcertado y alzó los hombros como respuesta.

Ginés comenzó a mostrarse tenso y se levantó incómodo para situarse cerca de la mujer.

—No lo haga —le susurró.

Ella pareció no escuchar y Ginés comprendió que el momento le superaba hasta perder la conciencia de la situación. Necesitaba acabar con la presencia de J.A. junto a ella y llevarla lejos de la comisaría antes de que Elena continuase hablando.

—Elena, si no le importa llegamos tarde.

La frase sonó desordenada en el diálogo que se estaba produciendo, fuera de lugar. Ambos le miraron perplejo y J.A. mostró una mueca de enfado por su

intromisión.

—¿Nuevo compañero?

—Sí —dijo desconcertada ante la petición de Ginés—, solo un minuto más, necesito que me hagas un favor.

—Lo que pidas.

—¿Puedes buscar el expediente de la investigación de alguien?

Ginés palideció ante la pregunta, su cuerpo reaccionó mostrándole un sudor tenso que le recorría la espalda y necesitó tragar en seco para aliviar el momento.

—Dime —dijo J.A. llegando hasta su ordenador y situándose frente a él—, ¿cuál es el nombre?

Los datos de Susana flotaron en la estancia y Ginés comenzó a marearse, se sentó de nuevo en el pequeño sillón para visitas y cerró los ojos.

—¿Qué necesitas saber?

—Solo dos cosas, quién reclamó su cuerpo y quién llevó la investigación de su muerte si es que la hubo.

J.A. la miró de soslayo, no quería enfrentar el rostro de Elena en esos instantes pero el nombre de Susana se le grabó en la memoria.

—Lo reclamó su hermana Delia a los cinco días de su muerte, hay una anotación del policía que recogió el caso indicando la imposibilidad de comunicar con un familiar. Fue ella quien se puso en contacto con la comisaría pasado los días. La autopsia marcó suicidio, Elena, no hubo investigación.

—¿Aparece algún documento asociado a esa persona? ¿Su DNI?

J.A. negó con la cabeza.

—Supongo que los trámites se harían desde el anatómico.

—Gracias por la información, inspector —dijo girando sus pasos hacia la puerta.

Ginés se incorporó rápidamente y se situó junto a ella, antes de salir vio cómo ella se dirigía de nuevo a J.A.

—Sé que no he sido muy amable con usted desde que me sustituyó..., pero me alegro de que haya sido así. Es el mejor para reemplazarme.

J.A. le devolvió una sonrisa complacida y se mesó el pelo.

Salieron de su despacho y Ginés dudó si preguntar a su compañera. Elena observó su rostro y supo sus pensamientos.

—No, no creo que sea bueno, ni siquiera creo que esté a la altura de la dirección del cargo pero era el momento del halago.

—¿Por qué ahora?

—Porque se preguntará quién es Susana..., pero si a una persona le complaces el ego confiará más en ti.

Ginés se quedó perplejo pero supo que el análisis de Elena era el correcto.

—Susana no tenía hermanas.

—Lo imaginaba..., debemos saber quién es Delia..., si es que ese es su nombre..., por cierto ¿por qué dijiste que tenías miedo?

—Elena —dijo frenando en seco—, si Alonso estaba con Infinito en esto sabe nuestros pasos.

—Sí y una vez más tenía razón. No sabemos su alcance, si está dentro de la comisaría o dónde no estará...

El hombre miró al horizonte y un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—Lo sabe —dijo turbado—, sabe que continuamos intentando alcanzarlo. Y ahora sí estamos en peligro, ahora sí somos objeto de su diana.

—Hace unos días pidió morir, ¿ahora le importa hacerlo?

Ginés buscó dentro de sí la excusa que le permitiera contestar afirmativamente a la pregunta. Sonrió a Elena y respondió rotundamente.

—No, ¿y a usted?

—Un poco más que a ti.

## Capítulo 48

El anatómico aparecía imperante, ansioso en su fortaleza para acoger la pérdida de vidas y su análisis. Frenaron a unos metros de él y ambos lo contemplaron extasiados, observaron sus paredes blancas que se alzaban tres pisos sobre el suelo y quedaban en sus esquinas arrulladas por las copas de los árboles. La placa central se enmarcaba en metal con una frase en latín que ninguno de los dos alcanzó a comprender pero que intuyeron debía pronunciar la dignidad de la profesión.

—Regresamos al punto de inicio.

—¿Le apetecería ir al teatro?

Ginés pestañeó varias veces antes de intentar entender el giro de la conversación de Márquez.

—¿Cómo dice?

Elena continuó sin desviar la mirada del edificio.

—A mi alrededor no interesa mucho el teatro, la única compañía que tenía para ir era Irene. ¿Le apetece ver una obra? —dijo arrancando el motor de

nuevo.

Bajaron del vehículo en silencio y a unos metros de la entrada Elena cogió la mano de Ginés obligándole a parar.

— No sé si cerramos el círculo en este lugar pero sí que debemos salir con vida de él, ¿de acuerdo?

—Espero poder hacerlo.

—¿Lo lleva?

Ginés acarició el revólver en el bolsillo de su chaqueta y respiró con fuerza.

Entraron al edificio al tiempo que David cruzaba el rellano, parecía estresado pero esperó junto a la recepción para saludar a Elena.

—¿Cómo está inspectora?

—Intentado sobrellevarlo, ¿llevas la autopsia de Alonso?

—Aún no he comenzado, lamento todo lo que ha ocurrido, Elena. No consigo entender...

—¿Puedo ver su cuerpo? —le interrumpió.

David accedió sin preguntar los motivos, conocía lo suficiente a Elena como para saber que no respondería a ellos.

Bajaron al sótano escuchando el sonido de sus propios pasos rebotando sobre las paredes, apenas forzaron alguna frase trivial sobre el frío del lugar y continuaron en silencio. David les abrió la puerta para ofrecerles pasar a la habitación.

—¿Inspeccionaste ya el cadáver?

—Solo de forma visual.

—¿Tiene alguna marca de nacimiento o algún tatuaje en él?

—Tiene dibujado en una de las plantas del pie un pequeño símbolo, algo parecido al ideograma de infinito. ¿No va a pasar?

—No es buena idea, siento haberte molestado pero no sé si podré contenerme ahí dentro aunque sea un cuerpo inerte...

David expresó un gesto de comprensión.

—¿Dónde puedo encontrar a María?

La pregunta descolocó a Ginés que la miró exasperado.

—No lo sé, lleva dos días sin venir al trabajo, la hemos intentado localizar pero no responde a nuestras llamadas. Imagino que la muerte de Irene la ha sobrepasado y necesita un tiempo para sí misma.

—Supongo que sí, llámame si la localizas, por favor. Una última cosa, ¿sabes si han reclamado el cuerpo de este mal nacido?

—Esta mañana vino un hombre a rellenar los formularios. Consulta en recepción, identificamos a las personas que entran en el edificio.

Agradeció la deferencia de David y regresaron al ascensor que les llevase al primer piso.

—Habrá mandado a un esbirro.

Elena asintió y se dirigió a la chica que sentada sobre una pequeña silla apenas le era visible parte de su frente en el mostrador de admisión.

—Disculpe, soy la inspectora Elena Márquez.

—Sé quién es —respondió con una gran sonrisa—, ¿puedo ayudarle?

—Necesito saber el nombre de la persona que vino a reclamar el cuerpo de Alonso Villa.

—Sí, claro. Espéreme un segundo tiene que estar anotado por aquí. Qué



desastre de noticia, había venido por aquí los últimos días y no parecía un demente, era amable y siempre...

—¡Basta!

La chica enmudeció y la miró sorprendida.

—No me interesa su opinión sobre Alonso ni sobre ninguna otra cosa, ¿tiene el nombre de la persona que le he solicitado?

La dureza de las palabras de Elena encogieron a la mujer que se diluyó en el orden de entrada del anatómico.

—Nueve y dos de la mañana, entrada de Delfín Antiño.

—Bonito nombre —ironizó—, gracias por su amabilidad.

Se giró hacia Ginés pero el hombre no estaba a su lado, lo vio a escasos metros sentado en una de las filas de banco que ganan espacio a la estancia para acoger a más personas en ella. Se sentó junto a él con las manos enlazadas y agachó la cabeza sobre sus rodillas.

—No tenemos nada, esto parece un puto laberinto.

—¿No han anotado su documento de identidad?

—¿Y qué más da? —contestó irritada—, será falso o en el mejor de los casos nos llevará a un pobre hombre al que asesinarán cuando nos acerquemos a él. Controla nuestros pasos y controla su entorno, quizás sea hora de...

—¿De abandonar?

Elena no pudo dirigir su mirada al hombre, tan solo se limitó a mostrar una mueca de resignación.

—De ir a comisaría y contar todo. Ellos tienen más efectivos y más canales de

acción que nosotros..., creo que hemos llegado al final, no tenemos por dónde continuar.

Ginés no respondió, se limitó a mirarla y algo le sacudió el pecho.

—¡Me dedicó el gesto!

La inspectora alzó la sien y expresó un gesto de incompreensión al tiempo que el hombre corría de nuevo hacia el mostrador. Retiró con urgencia a la chica que anonadada la miró implorando su ayuda y esta desde la distancia le hizo una mueca para que lo dejase hacer. Lo vio teclear en el ordenador y tensarse ante él, respirar de manera agitada hasta la extenuación y temblar con cada movimiento. Su sufrimiento le había acompañado para adaptarse al suyo propio y no pensar demasiado en la muerte de Irene. Suspiró y se sintió derrotada en las emociones, decepcionada consigo misma por no haber podido avanzar en la investigación. Se frotó los ojos y contuvo la tristeza. Miró de nuevo al hombre y se encaminó hacia él, debían afrontar el fracaso.

—Ginés, se acabó. Nos han vencido.

—¡Más bien nos han dirigido! —chilló—, mire esto.

Lo observó con admiración teñida de melancolía y pensó que para Ginés aceptar el desaliento sería más difícil. Llegó hasta él y miró la pantalla que le indicaba el hombre.

El grito fue desgarrador, lo expulsó desde las entrañas para estallar contra las paredes que lo devolvieron a sus propios oídos produciendo en ella una cólera visceral. Arrancó el ordenador y lo precipitó contra el suelo haciendo que el aparato se difuminara en mil pedazos, golpeó la mesa hasta que sus nudillos comenzaron a emitir el color rojo de la sangre mientras exhaló el estertor final que le hizo caer de rodillas sobre el piso. La rabia emanaba de sus poros mientras intentaba respirar con firmeza y apretó los dientes

conteniendo el deseo de resarcirse contra todo o contra todos.

Ginés se acercó a ella con cautela y midió si emocionalmente Elena estaba preparada para el contacto físico, se quedó a medio metro de la mujer y se arrodilló junto a ella.

— Aún la necesito cuerda.

Las pupilas de Elena desprendían odio cuando se fijaron en Ginés. Su garganta comenzó a verbalizar algo pero quedó interrumpida por el sonido del teléfono móvil del hombre. Lo buscó y lo depositó en el suelo para que la pantalla fuese visible a ambos.

—¿Preparada?

Elena asintió y Ginés pulsó para abrir el contenido del SMS que desafiante marcaba el número de teléfono del emisario como desconocido.

—“El único lugar donde me permito ser yo es entre mis libros, es el lugar donde siento la paz de las letras. FIN DEL JUEGO”.

Elena se incorporó desconcertada, agónica en sus pensamientos.

—¿Y eso qué mierda significa?

—Sé dónde está —dijo retador—, en mi casa.

## Capítulo 49

La tormenta azotaba el vehículo con fuerza mientras se esforzaban por ver las líneas de la carretera a través del cristal. En el horizonte la luz de un relámpago los cegó momentáneamente. Estaban a varios minutos de distancia de la casa de Ginés cuando Márquez se hizo a un lado y permitió el paso del coche que circulaba tras ellos.

—¿Por qué disminuye la velocidad?

—No lo sé..., quizás no quiera llegar.

El hombre fijó de nuevo la mirada en el asfalto y sintió el miedo de Elena como suyo.

—Usted no entrará.

—¿Cómo dice? ¡Eso ni lo sueñe!

—Esta vez no —ordenó Ginés—, la he seguido en cada una de sus acciones confiando en su instinto, es hora de que usted confíe en mí. Quizás ni siquiera debiera estar ayudándome en esto, soy su elección y me enfrentaré a su reto solo.

Elena quiso gritarle, golpearle hasta que entrara en razón pero en vez de eso permaneció en silencio y continuó conduciendo. Aparcó frente a la casa de Ginés y ambos deslizaron su mirada hacia el edificio, comenzaba a anochecer

y la luz del interior de la vivienda del hombre se mostraba encendida. Instintivamente Elena miró a su alrededor, dos grandes coches negros se encontraban apostados a pocos metros de ellos.

—Sabe que ha llegado —le dijo con una mueca dirigida hacia los vehículos.

El hombre miró a Elena y le tendió la mano.

—Ha sido un placer, inspectora, espero poder ir al teatro con usted.

Márquez no le soltó de inmediato, se aproximó a escasos centímetros de su rostro y frente a él apretó la mandíbula hasta que el dolor se hizo presente en sus encías.

—Escúcheme bien..., tiene media hora, si dentro de treinta minutos no ha salido irrumpiré en ese piso con la caballería. ¿Me ha entendido?

Ginés sonrió de manera afectuosa y salió del coche. Se refugió de la lluvia con la chaqueta sobre su cabeza y corrió hacia el soportal de entrada a su casa. Sacó las llaves y escuchó el silencio de la calle antes de acceder, sintió una presencia a escasos metros pero desechó la idea de girarse hacia ella. Entró y se deslizó en la oscuridad.

—Al menos esto ya lo aprendiste, siempre mejor en las sombras —se dijo intentando vencer el miedo que iba apoderándose de él.

Subió los peldaños de las escaleras despacio, intentando controlar su ansiedad por la presencia que se encontraba tras la puerta, respiró con fuerza y notó cómo sus piernas comenzaban a temblar.

—No te importa morir —se repitió tratando de jalearse a sí mismo.

El último escalón estuvo a punto de vencerlo, necesitó de toda su energía para mantenerse en pie y un acuciante mareo le sobrevino. Cerró los ojos e intentó mantener la verticalidad mientras su corazón bombeaba con una

rapidez inusitada para él. Lo sintió en el cuello, se rozó con los dedos y comprobó que sus pulsaciones estaban desbocadas. El pecho comenzó a oprimirle y un latigazo de dolor le recorrió la espalda.

Se situó frente a la puerta y observó su llave, aquella que tantas veces le había permitido acceder a su refugio ahora contaminado por la presencia de Infinito, por la sequedad de sus ojos negros que Ginés imaginaba como desgarradores.

La cerradura emitió el crujido de apertura y abrió con cautela. La imagen de Susana llegó hasta él y la rabia comenzó a hacerse presente en su cuerpo. A cada paso el temor iba difuminándose para dejar su lugar a la aversión. Una mezcla de odio y recelo se mezclaban en él hasta desprender furia en sus pupilas.

Levantó la cabeza y recorrió con firmeza los últimos metros que quedaban del pasillo que comunicaba con la estancia principal. Encontró una figura de espaldas a la puerta, observando la lluvia caer sin preocuparse por la presencia del hombre en la habitación.

—Querido Ginés, por fin tenemos el placer de encontrarnos.

Su voz era suave, casi aterciopelada, sin rastro de la dureza que Ginés había creído que le transmitían sus palabras escritas. Era ella pero ella era distinta.

Se quedó petrificado, esperando que la mujer hiciese el primer movimiento de aproximación.

—¿No va a saludarme?

No contestó.

—No parece muy sorprendido por lo que intuyo que ya sabía quién era antes de llegar. Me alegra enormemente ver que en su rostro no impera el asombro. Tome asiento, tenemos mucho sobre lo que conversar.

Ginés percibió que la disposición de su mobiliario era diferente, en el centro del salón habían situado una pequeña mesa redonda junto con dos sillas de metal. Se sentó sin dejar de mirar su rostro, la mujer se acomodó frente a él y le sonrió.

—No creo que tengamos nada sobre lo que dialogar —dijo desafiante.

La carcajada sonó espontánea, tras ella la dureza de su mirada se fijó en él, y Ginés tuvo que esforzarse para mantener el peso de sus retinas.

—Tenía razón en algo, querido, soy mayor de lo que la gente cree. ¿Su amiga se encuentra bien? Debo de reconocer que su puesta en escena me agradó, no esperaba encontrarlos en esa casa al llegar pero sentir el dolor que experimentabais tras las máscaras fue fascinante. Decidí otorgaros lo que vuestra necesidad os reclamaba, daros elementos sobre los que creer que podríais continuar. ¿De verdad pensaste que algo se me escapaba? ¿Que desconocería las acciones de Irene? Supo entender mi gesto, ¿verdad?

Quiso llorar hasta desfallecer. En ese instante Ginés comprendió que todo cuanto habían tenido entre los dedos había sido dispuesto, perfectamente medido para que llegara hasta ellos. Conocía el contenido del pen drive y todos los pasos que habían dado en los últimos días. Elena y él habían sido unas marionetas con las que divertirse y ejercer a su antojo el control sobre su desconcierto y su agonía.

—Supe que eras mujer en el momento que me dirigiste el gesto ante la voz de Elena pero creí que una voz femenina te había recordado la de Infinito. Pero eso pertenece a otro momento, ¿qué quiere de mí?

—La nada y el todo, amigo mío —dijo alargando los brazos.

—No la comprendo.

La mujer se levantó y paseó en círculo.

—Es sencillo, tenemos un final de juego pendiente. Su reto me ha conmovido, en condiciones normales mi presencia no estaría a su alcance pero sus últimas frases me han convencido de que elegirle para esto ha sido el mejor de los placeres.

—¿Cómo debo jugar en su final?

Se aproximó a él y Ginés se sintió agonizar, tenía delante a la persona que había acabado con la vida de Susana, deseaba abalanzarse a su cuello hasta dejarla sin aliento pero se sentía sin control sobre sí mismo, su mente emitía unos pensamientos a los que su cuerpo no podía dar respuesta, se encontraba atenzado, sin fortaleza física para el enfrentamiento corporal.

—Ya he elegido su forma de morir. ¿Quiere conocerla?

Recordó su email dándole el poder de decidir sobre sí mismo y asintió suavemente.

—Morirá en esta mesa.

Los labios se le tensaron y el miedo regresó a él en forma de escalofrío. La miró y comprobó que ella había vuelto a suavizar sus facciones.

—¿Y cómo será?

—Eso se lo contaré más tarde, no desespere por saber la respuesta. A veces la impaciencia nos lleva a no saborear los momentos que vivimos.

La vio deslizarle una media sonrisa y verter en dos copas un líquido amarillento que le ofreció.

—Será mejor que no beba aún.

Ginés lo depositó sobre la mesa pensando que quizás ingerirlo de inmediato era la mejor manera de acabar con su sufrimiento.

—Verá..., usted quiso alcanzar un imposible, algo para lo que no estaba



preparado, detenerme en las calles no era su opción pero aun así lo intentó..., y eso me agrada, me gusta la gente que no se acobarda ante enemigos más fuertes.

—Quizás solo fue inconsciencia.

—Quizás —expresó volviendo a reír—, pero prefiero pensar que es un gran oponente.

—¿Por qué me eligió a mí?

La mujer se recompuso la camisa y encendió un cigarro antes de contestar.

—Le elegí hace muchos años... para el momento en el que quisiese parar.

El rostro de Ginés se congeló, no podía pensar con claridad ante su presencia y el hecho de saberse observado desde hacía tanto tiempo lo golpeó en el estómago.

—¿De verdad no me recuerda?

—¿Me toma por tonto? Me ha saludado en el anatómico los últimos siete años.

La risa esta vez fue aguda, casi nasal.

—No hablo de esa tonta que reía a su paso..., piense un poco más.

El desconcierto se apoderó de él, intentó bucear en sus recuerdos hasta encajar el rostro que tenía delante sobre el de alguna persona que hubiese estado en su vida en algún momento pero no lo encontró.

—Nunca me reconoció..., y ahora parece que con ayuda tampoco. Recuerde, Ginés, a esa chica que compartía el piso de Ave María con Susana, aquella pequeña mujer que le abría algunas veces la puerta.

Ginés no supo qué decir, intentó recordarla pero en sus evocaciones no aparecía su presencia, sus ojos mostraron la indiferencia que para él le supuso

la mujer en aquellos años y esta enfureció. Arrancó la copa de la mesa y la estalló contra la pared mientras en su cuello aparecía una arteria inflamada por la ira que sentía hacia el hombre.

—Está bien, no tiene por qué recordarme —dijo calmándose.

—¿Por qué yo? —repitió.

—Escuché a Susana muchas noches contarme las bondades de su intelecto y creía en ella, no se equivocaba en esas cosas. Durante muchas noches anhelé tener a alguien como usted en mis días...

—Pero la mataste.

—Sí, y no fue sencillo pero metió demasiado la nariz en un terreno que no le convenía. Le presenté a Adrián en una fiesta y ambos congeniaron, no supe ver en ese momento que Susana no se detendría ante la posibilidad de ayudar a alguien que estaba sufriendo. Se dio cuenta de que algo estaba sucediendo y decidió investigar. Cometió el error de inmiscuirse en mi obra.

—¿Cuándo comenzaste con toda esta locura?

—Unos meses antes de conocerte a ti, en aquel momento todo estaba fraguándose y Susana fue mi primer eslabón con el anatómico.

Ginés perdió el rumbo en ese momento, apretó los puños contra la mesa y le miró fijamente.

—Debería matarte ahora mismo.

—No lo harás..., eres demasiado bueno para eso.

Se levantó y se acercó de nuevo al hombre.

—No eres el único que analiza el comportamiento humano..., no eres capaz de hacer algo así. No perdamos el tiempo del que dispones con amenazas que no serás capaz de cumplir. Regresemos sobre tu final.

—¿Por qué quieres parar?

La mujer se colocó el flequillo que caía inerte sobre su frente y Ginés vio algo parecido a la cordura en sus ojos.

—Me cansé —espetó fríamente—, es tan grande lo creado que su control requiere demasiada energía, ahora me apetece más la vida contemplativa.

—¿Y por qué no lo haces?

Comprendió que había errado la pregunta al sentir la dureza de su mirada atravesándolo.

—Creo que olvidas algo de tu análisis... —dijo mostrando los dientes y deslizando la lengua por ellos—, soy una psicópata.

—Necesitas el calor de la muerte a tu alrededor.

—Exacto, disfruto arrebatando la vida a seres indefensos, los pobres están tan perdidos que incluso creen que hacen lo correcto.

—Los desquicias hasta la extenuación, hasta arrebatarlos el último pensamiento positivo y les haces desear su propia muerte..., y cuando no...

—Y cuando no procuro su muerte violenta. Sí, así de complejo. Es extasiante.

—Si es de este modo te equivocaste en el planteamiento de tu juego, ningún argumento podrá hacer que obvies la necesidad de matar.

Su mirada expresó unas dosis de desconcierto y se deslizó una mueca irónica de sus labios.

—Nunca lo sabremos, no lo intentaste. Me quedaba la esperanza de que fuese posible y decidiste no darme la opción.

—¿Y cómo moriré yo?

—Simple..., beberás de esa copa al final de esta conversación.

—¿Y si no lo hago?

—Morirás mañana con un sufrimiento mayor al que mereces.

Ginés se quedó pensativo, la última frase retumbaba en su interior produciendo estallidos violentos en él, sintiendo sus manos abatidas frente a las palabras. La garganta se le secó y tragar su propia saliva le produjo un dolor desconocido hasta ese momento, miró a la mujer y sintió caer el peso del mundo sobre él.

—Acepto mi muerte pero... ¿no existe posibilidad de que tú me acompañes en el final?

—Pensé darte la opción de la victoria pero sinceramente en estos momentos no me apetece morir.

—Lo comprendo —acertó a decir—, pero sin posibilidad de ganar será mejor que beba y acabemos con todo esto.

—No es necesaria la impaciencia, Ginés, debe saborear el momento. Me gusta conversar con usted, admiro su psique y su integridad y es por ello que le ofrezco la posibilidad de saciar su curiosidad conmigo.

Ginés se levantó y caminó hacia la ventana, la noche cubría ya la calle pero el encendido de las farolas aún no se había puesto en funcionamiento. Midió su interior y se encontró calmado, sorprendido de sí mismo se giró hacia ella y respiró cerrando los ojos. El sosiego le recorrió el cuerpo y comprobó cómo la ansiedad había desaparecido dejando paso a un bienestar que no se supo explicar.

—No me interesa, prefiero beber.

La mujer evadió el enfado que le produjeron sus palabras y mantuvo la pose de dulzura.

—¿No quiere saber qué le ocurrió a Irene?

—No, ya sé qué sucedió.

—Es un impertinente —le chilló—, debería ordenar ejecutarlo ahora mismo.

Ginés rio como no recordaba haberlo hecho en años, las carcajadas se le desprendían desde el estómago para salir por la garganta y las lágrimas se le almacenaron en el interior de sus ojos hasta que se llevó la mano a ellos para impedir su descenso.

La mujer contenía la ira que le producía su comportamiento apretando las manos contra su torso mientras intentaba encajar mentalmente las piezas de una escena descompuesta que no había sabido medir. El caos la exasperaba y reducía su poder sobre el contrincante.

—¡Basta ya! —le gritó.

—Está bien, María, si es que ese es tu verdadero nombre. Acostumbras a controlar todo a tu alrededor, eres muy inteligente y eso te hace evaluar los comportamientos de la gente que te rodea. Analizas y ejecutas lo que no te agrada pero ese no es mi caso. Sé que en la vorágine anárquica te desenvuelves de forma más errónea y además tu personalidad no está preparada para afrontar algo así.

—Ya describió mi edad y mi sexo en su último correo electrónico, ¿debe sorprenderme que su análisis sea idóneo?

El reconocimiento de su capacidad intelectual le sorprendió momentáneamente, en ese instante Ginés supo que el control de la situación había recaído sobre él.

—Solo tendrás esta opción —se susurró mientras el sudor comenzaba a recorrerlo.

Se acercó a ella y se situó frente a su rostro, era escasamente más alto que la mujer lo que propició que sus ojos quedaran a pocos centímetros.

—Mataste a Irene porque quiso protegerme —expresó con firmeza—, ella probablemente creía en ti, les vendiste ser un ángel de la muerte. Alguien que desea el bien para ellos y que acaba con el sufrimiento de las personas ayudándoles a poner fin a sus vidas. Cuando quiso implorarte que yo no era alguien que necesitaba tu asistencia lo tomaste como un acto de rebeldía y la asesinaste de un modo cruel para darnos una lección.

—María mostró una mueca de satisfacción.

—Nos quisiste mostrar tu poder destructor con su muerte, tu violencia desmedida. Probablemente disfrutaste imaginando nuestros rostros compungidos por el dolor...

—Así es..., me alegra no haber errado contigo —expresó con frialdad sin retirar la mirada de las pupilas de Ginés.

—Pero ella debió de sospechar de las bondadosas intenciones que predicas en algún momento porque pidió que me protegieran de ti.

La mujer emitió un pestañeo leve de desconcierto y Ginés supo que no podía retirarse, le temblaban las piernas pero necesitaba demostrar firmeza ante ella, el mínimo gesto de temor haría que María se percatara y tomara las riendas de la conversación.

—Me da bastante igual si fue en un momento u otro donde le sobrevino tu realidad porque la suya son diecisiete puñaladas a lo largo de su cuerpo.

Ginés se retiró de ella y le dio la espalda. Sin mirarle cerró los ojos compungido esperando su reacción, sabía que ese gesto mediría definitivamente quién poseía el control. Dos segundos de intervalo y se giró de nuevo sonriendo, su silencio le había otorgado el dominio de la estancia.

—¿Cómo se disfruta con la muerte de un ser humano?

—Eso no puedo explicártelo —dijo devolviéndole la sonrisa—, y es el momento de que acabemos con esto. No pudiste ganar y eso significa que mi obra continuará activa y mi placer será infinito.

—Te propongo algo... —dijo arrastrando conscientemente las sílabas—, si demuestro que no puedes disfrutar de mi muerte deberás ser tú quien beba de esa copa.

La risotada de María le perforó la garganta, tragó en seco y observó por un instante el líquido vertido sobre el vaso. Necesitó acopiar las pocas fuerzas que le quedaban en la espera de la respuesta de la mujer, era consciente de que sus posibilidades de continuar con vida eran mínimas aunque consiguiera zafarse de ella y salir a la calle. Tarde o temprano lo alcanzarían e imaginó que su muerte sería bastante más cruel incluso que la de Irene. Solo le quedaba el desafío del reto, una mente como la de María no podía dejar de medirse frente a alguien que consideraba un rival digno, no podría dejar pasar la oportunidad de saberse más inteligente que la persona que tenía enfrente. Se cogió el estómago tras una punzada de dolor e intentó mantener la compostura en los segundos restantes.

—El todo o la nada, lo dijiste hace un momento, ¿dejarás pasar la opción?

La angustia le encogía el tórax y pensó en Elena.

—Acepto.

El pulso se le desaceleró levemente mientras intentaba recomponerse frente a su presencia. Vio a la mujer rellenar una copa más y ofrecerle una de ellas.

—Soy una mujer de palabra y sé que usted también lo es.

Le acercó la copa y Ginés llevó la suya hacia ella, brindaron suavemente y María le acució para finalizar el juego.

—Y según usted... ¿por qué no disfrutaré viendo cómo se produce su último aliento?

— Es una persona sumamente compleja que disfruta de placeres concretos, su deleite procede de arrebatarse a una persona su esencia, su fortaleza, su personalidad, su mente..., y todo ello a través de la palabra, manipulando sus conexiones emocionales hasta hacerlos desear acabar con su propia vida. Usted disfruta con el deseo de morir o con el deseo de vivir...

—Continué argumentando, por favor —dijo con una sonrisa embaucadora.

—Con el deseo al fin y al cabo, el suicidio le es complaciente del mismo modo que lo son las súplicas de alguien para que no lo ejecute.

—Me satisface enormemente comprobar que es usted una persona brillante, pero continúa sin decirme por qué no obtendré placer viéndolo beber de esa copa.

Ginés sonrió al pensar que su pobre existencia le estaba salvando la vida.

—Porque yo no me encuentro ni en un lugar ni en el otro..., no disfruto viviendo pero tampoco deseo morir. No suplicaré ante su revólver ni pondré fin a mi vida de manera voluntaria..., me es indiferente morir o vivir. Y de la indiferencia no se obtiene placer alguno.

María lo miró detenidamente, recorrió su cuerpo hasta llegar a sus pies y alzó la cabeza para encontrar su mirada. La tensión era visible en sus mandíbulas, sus pómulos sobresalían arrastrados por la ira que sus manos sujetaban apretadas contra sí misma. Comprimió los dientes y farfulló entre ellos:

—No es cierto, todo el mundo desea vivir o morir.

Es lo suficientemente lúcida para saber que no es así.



Lo miró desconcertada en un primer instante. A Ginés le pareció que buscaba dentro de sí misma las palabras que contrapusiesen sus argumentos. Se frotó la nariz y deambuló durante unos minutos por la estancia.

—Me alegro de haber tenido la posibilidad de conocerlo.

Llegó hasta él y lo envolvió en un abrazo. Se retiró de su presencia y observó la noche que quedaba tras la ventana. Suspiró amargamente y regresó junto a Ginés. Al hombre le pareció que sus ojos continuaban retándole mientras la veía deslizar el líquido por su garganta.

—Susana no se equivocaba con usted. Ha vencido. Enhorabuena.